CARAS Y CARETAS



JUEGOS MALABARES

¿CUAL DE LOS DOS ES MAS HABIL?

Comentarios

— Herrera Vegas surge nuevamente.
— Debía ser así.
— Naturalmente.
Yo prefiero la gente ya probada
que supo anteriormente
demostrar que era culta y era honrada
— Y yo espero impaciente,
que a Matienzo lo nombren cualquier día
jefe de policía.

* * *

— El estilo de Cirilo
resulta anticuado.
— Es cierto.
¡Qué falta le hace un injerto
de Voronoff a su estilo!

* * *



—¿No toma el ómnibus?
— No estoy cansado
de la existencia. Lo observará:
si no ha volcado
ya volcará.
Ese automóvil tan apropiado
para estrellarse, se estrellará.
Si no ha volcado
ya volcará.

* * *

Aunque invoca a las musas del Parnaso,
no le hacen ningún caso.
A su casa modesta
el coplero inspirado las invita,
y le dan la callada por respuesta.
No acuden a la cita,
y él suele preguntar con faz adusta:
— ¿Es que el café con leche no les gusta?

* * *



A una escritora seguía
en Mar del Plata un pelele
y con asombro decía:
— ¡Qué raro! Esta chica huele
a faltas de ortografía.

* * *

— No es un Gallo vistoso,
pero es un Gallo fuerte y animoso
— Es un gallo terrible, según veo,
pues se oye hasta en Jujuy su cacareo.
— ¡No es cacareo; es canto!
— Bien; no se enoje usted. No hay para tanto.

* * *

Crítico en quien molesta la petulancia,
lo que dice no tiene mucha importancia,
y resulta un mosquito muy fastidioso,
aunque, según se dice, no es peligroso.
De modo que parece ue hoy es temido,
no por la picadura, por el zumbido.

* * *



Fumando un cigarrillo,
pensaba, así, un caudillo:
— ¡Qué ganas de embromar!
Molina nos arruina.
¿Qué quiere hacer Molina?
¿Nos va a economizar?

* * *

— Todos sostenemos que es un papanatas
que refiere cosas necias y anacrónicas,
y hoy es más terrible, ¡porque da unas latas
radiotelefónicas!

* * *

— Después de escuchar un vals,
me he enterado el otro día
del bochinche de Canals,
por radiotelefonía.
— Ni el gran Milá y Fontanals
tal progreso presentía.

* * *



Cierto individuo que no es un lince
dice, tratando de don Marcelo:
— Siendo solemne como Luis XV
¿por qué se seca con el pañuelo?
Se me figura
que un presidente,
con esta horrible temperatura,
debe estar fresco completamente.
¿Que eso es mentira?
¿Que Su Excelencia
también transpira? Pues, si transpira,
¿de qué le sirve la presidencia?

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: El último naufragio del capitán O. Jahm, por **el Vizconde de Lascano Tegui.** Los héroes anónimos, por **Daniel Elías.** Cielo de cristal. Milagro de octubre, por **Luis Cané.** Impresión invernal, por **Antonio Zapata García.** Pétalos rotos, por **Carlos C. Sanguinetti.** La muerte de Horacio Bermejo, por **Bernardo Escliar.** El tapado, por **Luis Castelló.** El Caballito, por **Alfredo Bufano.** De la vida inquieta, por **Eduardo Zamacois.** Historia de Carré y de Lerondeau, por **Georges Duhamel.** La confesión del domador, por **José Zahonero.** El deseo de ser hombre, por **Villiers de L'Isle Adam.** Un caso de locura, por **Jaime Dentú.** El tiempo, los relojes y los almanaques, por **Francisco Grandmontagne.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** El caso de los siete enemigos, por **Clarence Kelland.** Hombres célebres: Poe, por **Eduardo del Saz.**

Y apenas lo oye, se le llenan los ojos de lágrimas. Cierto día tuve que recurrir a un «señor Lerondeau», y mostró tal pena, que hube de retractarme sin tardanza... Sin embargo, se cuida de no importunar al enfermero y de no gritar demasiado fuerte en la cura; porque sabe que el día que yo le dijese: «Cállese usted», usted a secas, nuestras relaciones quedarían gravemente tirantes.



Desde los primeros días, Carré ha demostrado que era todo un hombre. Entraba yo en el vestíbulo de la sala de curas, y hallé a los dos amigos tendidos, uno junto al otro, en sendas parihuelas, sobre el suelo.

Carré había sacado de la manta un descarnado brazo y dirigía a Mario un verdadero discurso sobre el valor y la esperanza... Yo escuchaba aquella voz temblorosa, contemplaba aquel rostro desdentado, esclarecido por la luz de una sonrisa, y sentía una cosa indefinible en la garganta, mientras Lerondeau parpadeaba vivamente como un niño que escucha una reprimenda. Salí de la estancia, porque aquello era asunto suyo, que pasaba al ras del suelo y que no tenía nada que ver conmigo, sujeto sano y que vive en pie.

Carré ha mostrado después que tenía derecho a enseñar al infantil Lerondeau.

Cuando le llevan a la cura, se queda en el suelo, con los demás, esperando su turno, y habla poco. Mira gravemente en torno suyo y sonríe cuando sus ojos se encuentran con los míos. No es arisco; pero tampoco de los que traman conversación sea como sea. Aquí no se está para bromear; se está para sufrir, y Carré se recoge, para sufrir lo mejor posible.

Cuando no está seguro de su preparación, me lo advierte, diciendo:

—Hoy no tengo todas mis fuerzas.

La mayor parte de las veces «tiene todas sus fuerzas»; pero está tan flaco, tan mísero, tan ínfimo ante el inmenso deber, que, a veces, le es fuerza batirse en retirada. Lo hace con honor, con grandeza. Acaba de decir: «La rodilla me duele de veras», y su frase acaba casi en un grito. Y al comprender que va a prorrumpir, como los demás, en un alarido, Carré se pone a cantar.

La primera vez que esto sucedió, yo no comprendía del todo lo que pasaba. Carré repetía, sin tregua, la misma frase: «¡Qué dolor, el de la rodilla!» Y, poco a poco, me di cuenta de que el lamento resultaba una verdadera música... Así, durante cinco inmensos minutos, Carré improvisó una canción terrible, admirable y desgarradora sobre «el dolor de la rodilla». Desde entonces le quedó la costumbre, y rompe bruscamente a cantar en cuanto pierde el dominio de su silencio.

En ocasiones echa mano de viejos cantos. Y yo prefiero no mirarle cuando empieza: «Mi vaso no es grande ni bello.» Verdad es que me sirve para no mirarle la excusa de tener mucho que hacer en esa pierna que me atormenta no poco, y que hay que manejar con infinitas precauciones.

Le hago «todo lo que hay que hacer», y repetidas veces, profundamente, introduzco la abrasadora tintura de yodo.

Carré la siente; y así, cuando una hora más tarde pase cerca de su rincón, le oiré ejercitarse en cantar, lentamente, con temblorosa melodía, sobre este tema: «Me ha puesto tintura de yodo».



Carré tiene el orgullo de mostrarse animoso.

Esta mañana parecía tan exhausto de fuerzas, que no cabía más que andar aprisa y cerrar los oídos. Pero, he aquí que ha entrado en la sala una persona extraña. Carré ha vuelto ligeramente la cabeza, ha visto al visitante, y plegando su frente en un profundo surco, ha entonado: «Mi vaso no es grande ni bello».

Aquel señor le ha mirado con los ojos húmedos; y mientras más le miraba, Carré sonreía, sonreía más, agarrándose a los bordes de la mesa con ambas manos crispadas.



Lerondeau tiene buenos dientes sólidos. Carré tiene sólo unos cuantos negros raigones. Lo cual me apena mucho porque un muslo destrozado exige buenos dientes.

Lerondeau no es aún más que un moribundo; pero es un moribundo que come. Ataca la carne con una mandíbula fuertemente armada; muerde con animal energía y parece como que se aferra a algo firme y resistente.

También Carré comería bien; pero, ¿qué hacer con cuatro raíces ruinosas?

—Y que nunca he sido muy carnívoro —añade.

Así que prefiere fumar. Por su sempiterno vivir boca arriba, ha inventado ponerse sobre el pecho la tapa de una caja de cartón, donde cae la ceniza. De este modo, Carré, sin moverse, fuma pulcramente.

Contemplando esa ceniza, ese humo, ese rostro amarillo, demacrado, pienso, con pena, que no basta querer para vivir; que son necesarios los dientes.



No todo el mundo sabe sufrir: y aun sabiendo, es menester acertar con el tranquilo, para lograr salir del trance honrosamente. Apenas está sobre la mesa, Carré mira en derredor, y pregunta:

—¿No habrá hoy nadie que me estruje la cabeza?

Si no responde nadie, repite un poco angustiado.

—¿Quién me estruja la cabeza hoy?

Entonces se acerca una enfermera, le toma la cabeza entre las manos, y aprieta... Ya puedo comenzar; en cuanto «le estrujan la cabeza», Carré es bueno.

Para Lerondeau es otra cosa. Necesita que le sujeten las manos. Cuando no encuentra quien se las coja, grita:

—¡Que me caigo!

Imposible probarle que está en una mesa sólida y que no debe sentir el más leve temor. Busca ansiosamente las manos para agarrarse, y grita bañado en sudor: «¡Sí! ¡Sí! ¡Me caigo, estoy seguro!» Entonces llamo a cualquiera para que le tome las manos, porque no se puede sufrir vagamente, al azar...



Cada uno tiene sus gritos durante la cura. Los que son pobres sólo tienen uno: un simple grito

que sirve para siempre. Recuerdan a las mujeres que para echar un hijo al mundo repiten mil veces, de dolor en dolor, la misma queja elegida.

Carré tiene muchos y muy variados gritos; no dice lo mismo cuando se le quitan las compresas que cuando entran en funciones las pinzas.

En lo peor del trance, exclama:

—¡Oh! ¡Cómo duele la rodilla!

Luego, cuando le agota el dolor, inclina la cabeza, y repite:

—¡Oh! ¡Qué maldita rodilla!

Cuando llegamos al muslo, se exaspera:

—¡Ahora el condenado muslo!...

Y lo repite sin descanso, de segundo en segundo. Pasamos a la herida que tiene debajo del talón, y Carré comienza:

—Pero, ¿qué le pasa al dichoso talón?

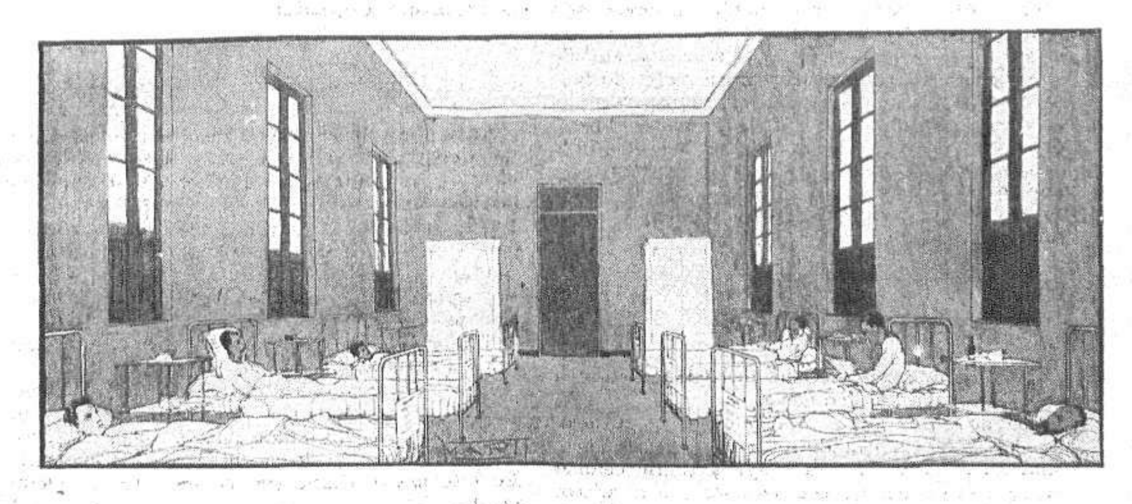
me cuesta trabajo representarme la estatura y el aspecto que tendrá cuando se le pueda poner en pie.

Mario se ha portado muy bien en la batalla: «Se quedó solo con los carros, y cuando cayó herido, los alemanes le dieron unos puntapiés tremendos...» He ahí los resultados más concretos de mi interrogatorio.

A veces, Lerondeau suspende su charloteo y contempla el techo; porque el techo es la lejanía y el horizonte de las gentes que viven boca arriba. Después de un largo y liviano silencio, me mira otra vez y repite:

—¡Hay que ver si yo he sido valiente para quedarme solo con los carros!

¡Qué duda cabe! Lerondeau ha sido valiente y yo quiero que se sepa. Cuando vienen visitas



Al fin, cuando está cansado de cantar, jadea dulcemente, isócronamente:

—No saben ellos lo que me duele esta pobre rodilla... No, no saben cómo me duele...

Lerondeau, que al lado de Carré no es ni será nunca más que un chiquillo, tiene verdadera indigencia de lamentaciones. Pero, cuando oye quejarse a su amigo, se fija en sus palabras, y las repite luego. Así, le oigo decir:

—¡Oh, la maldita rodilla! ¡No saben ellos cómo me duele!...

Una mañana que se desgañitaba gritando, le pregunté muy serio:

—¿Por qué te quejas lo mismo que Carré?

Mario, a pesar de ser un sencillo aldeano, ha mostrado en su expresión que mi pregunta le ofendía:

—¡No es verdad! ¡No me quejo lo mismo que él!

No he insistido; porque aun las almas más rudas no son insensibles a ciertos pinchazos.



Mario me ha contado su vida y su campaña. Como no es muy elocuente, su relato es una especie de confuso murmullo, en el que, sin cesar, se destaca la misma protesta:

—Yo era duro para el trabajo, no crea usted; duro como una bestia.

Y yo no acierto a imaginar que haya habido un Mario Lerondeau que fuese un muchachote sano, aferrado sólidamente a las varas del arado.

El que yo conozco es un hombre tendido, y hasta

durante la cura, les señalo a Mario, próximo a gemir, y les digo:

—Ahí le tienen ustedes: es Mario; Mario Lerondeau. ¡Tiene una pierna rota; pero es un hombre valiente de veras; se ha quedado solo con los carros!

Los visitantes mueven la cabeza con admiración, y Mario se aguanta los gemidos. Se ruboriza un poco y su cuello se hincha de orgullo. Hace un leve gesto con los ojos como diciendo: «Sí, sí; solo, ¡completamente solo con los carros!» Y entretanto la cura está casi terminada.

Todo el mundo tiene que saber que Mario se ha quedado solo con los carros. Me he prometido obtener para él una recompensa y que en ella conste que Mario ha quedado solo con los carros.



Carré entró en fuego una sola vez, y en seguida recibió un balazo. Lo cual le contrarió mucho, porque tenía una buena provisión de ánimo, y ahora tiene que derrocharlo entre los muros de un hospital.

Avanzaba a través de un inmenso campo de remolachas; corría, con los demás, hacia una fina nubecilla blanca. De pronto, ¡plum!, cayó: tenía el muslo partido. Cayó entre las hojas carnosas y espesas, sobre la tierra saturada de agua.

Poco después, su sargento volvía y le dijo:

—Regresamos a la trinchera; ya se os vendrá a buscar más tarde.

Carré dijo simplemente:

—Póngame mi saco debajo de la cabeza.

La noche se acercaba; Carré se preparó gravemente a pasar la noche entre las remolachas. Y allí, solo, recibiendo una lluvia menudita y helada, pasó la noche meditando seriamente hasta la aurora.



Es una suerte que Carré haya guardado tanto valor para el hospital, porque le hace muchísima falta. Las sucesivas operaciones, las curas, todo esto agota los más ricos manantiales.

Le han colocado sobre la mesa, y advierto en su mirada una decisión casi gozosa. Hoy «tiene todas sus fuerzas, absolutamente todas».

Pero precisamente hoy tengo que hacer poca cosa; tiene que sufrir poco. Ha tenido apenas tiempo de fruncir el entrecejo, cuando ya se ha terminado la tarea.

Carré entonces muestra una sonrisa demasiado grande para su rostro escuálido y exclama:

—¿Se acabó ya? ¿Se acabó ya? ¡Ponga un poco más de éter para que escueza siquiera, que escueza un poco!

Carré sabe que el valor desperdiciado hoy, acaso no valga mañana para nada.



Y mañana y los días sucesivos, Carré habrá de apelar sin tregua a esas reservas del alma que ayudan al cuerpo a sufrir, hasta que se apiada la naturaleza.

El nadador abandonado en alta mar mide su energía y se esfuerza con todos sus músculos para no hundirse. Pero, ¿qué hacer, Dios mío, si no hay tierra en el horizonte ni tampoco más allá del horizonte?

Esta pierna, destrozada hasta la médula, parece devorar poco a poco al hombre que la sostiene. La contemplamos con angustia, y el maestro de los cabellos blancos fija en ella sus claros ojillos azules, acostumbrados a evaluar las cosas de la vida y que, sin embargo, vacilan, vacilan...

Busco palabras encubiertas para hablar a Carré de la embarazosa pierna envenenada. Con una sonrisa desdentada, resuelve por su parte la cuestión de una vez:

—¡Si es que estorba la pobre, habrá que mandarla a paseo!

Después de este asentimiento, sin duda se tomará la determinación.



Entretanto, Lerondeau se desliza suavemente hacia la salvación.

Acostado boca arriba, sujeto por las vendas y la gotera, preso por los almohadones, tiene, con todo, el aire de un navío que la marea va a poner a flote al llegar la aurora.

Engorda, y, cosa sobrenatural, parece, sin embargo, cada vez más liviano. Está aprendiendo a no gemir, y no porque su quebradizo espíritu se eleve, sino porque la bestia está mejor nutrida y más robusta. Por su puesto, tiene de la energía un concepto superficial. En cuanto oigo su primer grito, en la sala donde se le hace la cura, le doy ánimo con la mirada y le digo:

—Vamos, Mario, sé valiente. ¡Hay que ser enérgico!

Mario frunce el entrecejo, hace una mueca y pregunta:

—¿Es que tengo que decir *Nom de Dieu*?



La gotera de cinc, en la que descansa la informe pierna de Mario, ha acabado por corromperse, por oxidarse, por resquebrajarse. Hay que cambiarla.

Se la quito, la contemplo y la tiro a un rincón. Mario sigue mis ademanes con ojos consternados. Mientras le pongo la nueva gotera, sólida y confortable, pero de diferente aspecto, él dirige a la antigua una elocuente mirada, llena de sinceras y abundantes lágrimas.

Esta sustitución es suceso sin importancia; pero no hay sucesos sin importancia en la vida de los enfermos.

Lerondeau ha de llorar dos días enteros su vieja gotera roñosa, y ha de pasar mucho tiempo antes de que deje de mirar la nueva con desconfianza y antes de que se olvide de aplicarle esas críticas amargas y nimias que sólo puede comprender o inventar un «conocedor» práctico en la materia.



A pesar de todo, Carré no logra arrastrar su miserable cuerpo tras el bravo arranque de su alma. Si no es su mirada y su ronca voz, todo en su cuerpo da precozmente la sensación del cadáver.

A lo largo de los días invernales y las interminables noches sin descanso, parece que su ser es un mísero despojo jadeante.

Va tirando... con sus cánticos dolorosos y sus animosas frases, que ahora desfallecen y con frecuencia zozobran en un desmayado gemido.

He tenido que hacerle una cura delante de Mario. Lo imponían la abundancia de trabajo y la exigüidad del local. Mario estaba grave y atento, como si aprendiera una lección. Y en realidad eso era: una lección de valor y de paciencia. Pero, súbitamente, el maestro ha vacilado. A la mitad de la cura, Carré, que tenía los labios bien apretados, los ha abierto y ha comenzado a quejarse a su pesar, sin medida, sin contenerse, abandonando desesperadamente la lucha.

Lerondeau escuchaba, grandemente inquieto; y Carré, sabiendo que Mario escuchaba, continuaba gritando como quien ya no tiene nada de qué avergonzarse.

Lerondeau me llama haciendo señas con los ojos. Me dice:

—¡Carré...!

Y se calla.

Le interrogo, le incito tácitamente a hablar. Repite:

—¡Carré...!

Y añade:

—¡He visto sus escaras! ¡Dios, qué mal está!

Lerondeau retiene muy bien los términos médicos. Sabe lo que son escaras. Y ha visto las escaras de Carré, cuyo feo aspecto le impresiona, examinándolas como si fuera un facultativo. El las tiene parecidas en el muslo y bajo el talón; pero la lágrima que crece en sus ojos es para Carré.

Y luego, él sabe, él siente que las escaras suyas curarán.



Pero a Mario de nada le sirve oir gritar a otro antes que le corresponda su turno.

Llega a la mesa con todas las prevenciones del mundo; con los nervios alteradísimos, sumamente irritables.

A nuestros primeros ademanes ya preludia con suspiros y repitiendo: «¡Pobre de mí! ¡Pobre!», que es su ingenua y habitual muletilla para apiadarse de su propio infortunio. Luego, de pronto, grita como hacía mucho tiempo que no gritaba.

Grita con una especie de embriaguez; abre la boca cuanto puede, y grita con toda la fuerza de sus pulmones, y se diría que también con toda la fuerza de su rostro, que enrojece y rompe a sudar. Grita sin motivo, al menor roce, de un modo incoherente y desordenado.

Entonces, cesando de exhortarle a la calma, con palabras dulces y compasivas, levanto de repente la voz y ordeno al muchachillo que se calle, en un tono severo y que no admite réplica.

La emoción de Mario cae súbitamente, como un borbollón de espuma en el que se pone un dedo. Mi imperiosa orden retumba aun en la sala. Una buena señora, que al principio no comprende, me mira con estupor.

Pero Mario medroso y colorado, se libra del sufrimiento indebido, y durante toda la cura le sujeto fuertemente el alma para impedir que sufra en vano, como otros le sujetan y le sostienen los puños.

Luego, súbitamente, todo ha terminado. Le dirijo una sonrisa fraternal, que serena su frente, como un arco que pierde su tensión.



Una dama, que lo menos es duquesa, ha venido a visitar a los heridos. Despedía un perfume tan violento y tan suave, que, de cierto, no podía darse cuenta del olor a dolor que aquí reina.

Le han enseñado a Carré como uno de los casos más interesantes del establecimiento. Y ella le contempla con curiosa y marchita sonrisa, a la que los afeites conservaban aun cierta belleza.

Ha dedicado a Carré varias reflexiones patrióticas, cuajadas de alusiones relativas a su conducta en el campo de batalla... Y Carré ha dejado de contemplar la ventana para mirar a la dama con respetuoso asombro.

Luego ha preguntado a Carré qué podría ofrecerle para contentarle. Su ademán prometía todas las riquezas del mundo.

Carré, a su vez, ha dibujado una bella sonrisa; ha reflexionado y, modestamente, ha dicho:

—Un poquitillo de ternera con patatas nuevas.

La hermosa dama ha creído que era obligado reírse. He comprendido con toda claridad que su curiosidad por Carré acababa de disminuir bruscamente.



De cuando en cuando viene un anciano a visitar a Carré, se detiene ante el lecho, y con rostro helado pronuncia palabras llenas de difusa benevolencia.

—Que se le dé todo lo que pida. Que se le telegrafíe a su familia.

Carré protesta tímidamente.

—¿Para qué telegrafiar? No tengo más que la pobre vieja de mi madre y se asustaría mucho.

El viejecito emerge de sus altas botas relucientes como una planta abigarrada de un vaso doble.

Carré tose; empieza por hacerlo para mostrar aplomo; luego, porque la cruel bronquitis se aprovecha de la ocasión para zarandearle.

Entonces el viejo se inclina, y todas sus medallas cuelgan de su pecho como tetillas desecadas. Se inclina resoplando, sin quitarse el képis, lleno de galones, y, con autoridad aplica al corazón de Carré un oído sordo.



La pierna de Carré ha sido sacrificada. Marchó entera, dejando una triste inmensa herida al ras del tronco.

Y lo realmente sorprendente es que lo que queda de Carré no haya partido con la pierna.

El pobre ha pasado un día terrible.

¡Oh vida! ¡Oh alma! ¡Cómo os aferráis a esa ruina humana! ¡Oh lucecilla que aun se ve en sus ojos! Veinte veces te he visto extinguirte y renacer. Y eras demasiado angustiada, demasiado débil y desesperada para poder ya nunca reflejar otra cosa que angustia, flaqueza y desesperación.



Durante las largas horas de la siesta me siento entre dos camas, al lado de Lerondeau. Le ofrezco cigarrillos y charlamos. Lo cual significa que no decimos nada, o sumamente poco... Pero para charlar con Lerondeau no es necesario hablar.

Los cigarrillos le gustan mucho; pero, sobre todo, le gusta que me siente un rato junto a él. Cuando paso por la sala, da insinuantes golpecitos en las sábanas, como se dan sobre un banco invitando a un amigo a sentarse en él.

Desde que me contó su vida y su campaña, apenas si le queda algo que decirme.

Coge los pasteles, de que su mesita está llena, y se los come con muestras de satisfacción.

— Lo que es yo — me dice, — me paso el día comiendo, ¿verdad? — y se ríe.

Si deja de comer para fumar, se ríe también. Luego calla un rato. De cuando en cuando me mira y de nuevo se echa a reir. Y cuando me levanto para irme, me dice:

— ¿Qué prisa tiene usted? todavía podemos charlar un poco.

La pierna de Lerondeau ha sufrido tales destrozos que ha perdido lo menos doce centímetros de longitud. Esto es para nosotros, que lo vemos desde arriba. Pero Lerondeau, que la ve de lejos no más, durante la cura, alzando un poco la cabeza de encima de la mesa, no se ha dado cuenta sino de una leve diferencia entre esa pierna y la otra.

Al verlo, dijo filosóficamente:

— Se ha quedado más corta; pero con una buena suela...

Cuando Mario ha estado mejor, se ha apoyado sobre el codo y se ha dado mejor cuenta de la importancia del daño.

— Hará falta una suela gordísima — ha observado.

Ahora que Lerondeau puede sentarse y ve sus piernas desde arriba también, advierte su error, pero está contento porque siente bullir otra vez la vida; y concluye alegremente:

— No es una buena suela lo que hará falta; es un banquillo.

Carré, en cambio, está mal, muy mal.

Ha de quedarse sola esa alma robusta: porque todo lo traiciona.

Tenía el pobre una pierna intacta. Ya está rígida e hinchada.

Tenía los brazos sanos y valientes. Ya uno de ellos está devorado por los abscesos.

No existe ya para Carré la alegría de respirar, porque la tos le hace saltar ferozmente en su cama.

La espalda, que es la base del reposo, también la espalda le traiciona. Poco a poco se va ulcerando; porque el hombre no ha sido hecho para permanecer eternamente echado sobre la espalda, sino para descansar sobre ella al dormir, luego de su jornada de trabajo. Porque, realmente, el hombre no ha sido hecho para sufrir con este miserable cuerpo tan poco fiel.

Y el corazón late con angustia.

Y el vientre no marcha bien. ¿Qué digo bien? Marcha tan mal, que un día Carré no ha podido evitar que delante de una porción de gente...

A pesar de nuestra voluntad, a pesar de nuestras protestas fraternales, Carré ha sentido tal vergüenza, que se ha echado a llorar. El, que siempre decía que un hombre no debe llorar; él, que no lloraba ni aun en los más terribles momentos del sufrir, ha sollozado de vergüenza por aquello; ha sollozado sin lágrimas. Y yo no podía consolarle.



No escucha ya todo lo que se le dice. Ni responde siempre a todas las preguntas. A menudo está ausente de una misteriosa ausencia.

El, que gustaba de un tan arrogante lenguaje, se expresa y se queja con palabras y gritos infantiles.

A veces sube de sus profundidades y habla.

Nos cuenta de la muerte con una lúcida imaginación que se diría experiencia.

A veces la ve... Y, para verla, se le agrandan bruscamente las pupilas.

Pero no quiere, no puede decidirse.

Tiene aún que sufrir un poco más.

Me acerco a obscuras a su lecho. Su aliento es tan tenue, que de pronto me pongo, inquieto, a escuchar con la boca abierta.

Carré, entonces, enseña un instante los ojos.

¿Va a suspirar? ¿Va a gritar? No; va todavía a sonreír, y dice de repente:

— Qué dientes tan blancos tiene usted...

Luego sueña como si muriese.



¿Podías imaginar, ¡oh hermano!, martirio semejante cuando empuñabas el arado en tu rinconcillo de tierra parda?

Héte aquí, agonizando, con una agonía de cinco meses, empotrado en esos lienzos lívidos, virgen hasta de las recompensas que reparten...

Es menester que tu pecho, que tu sudario, estén vírgenes de la menor de esas recompensas que se reparten, Carré.

Es menester que hayas sufrido sin objeto y sin esperanza.

Pero no quiero que tu sufrimiento se pierda entero en el abismo. Por eso lo he narrado fiel y exactamente.



A Lerondeau le han bajado al jardín. Allí le encuentro plantado en una *chaise-longue*, con un képis echado sobre los ojos para resguardarlos del primer sol primaveral.

Habla un poco, fuma mucho y ríe más.

Contemplo su pierna; él apenas la mira; ya no la siente.

Y más tarde la olvidará aun más por completo; y acabará por vivir como si fuera natural para el hombre vivir con un miembro rígido y deformado.

¡Olvida tu pierna! ¡Olvida tu martirio, Lerondeau! Pero es menester que no lo olvide el mundo.

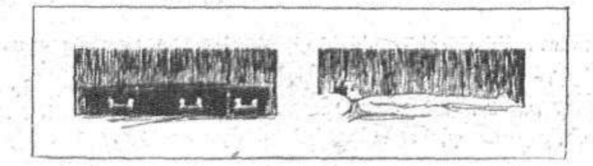
Y dejo a Mario, al sol, con su renovada tez, fresca y rosada, y sus mejillas salpicadas de pecas.

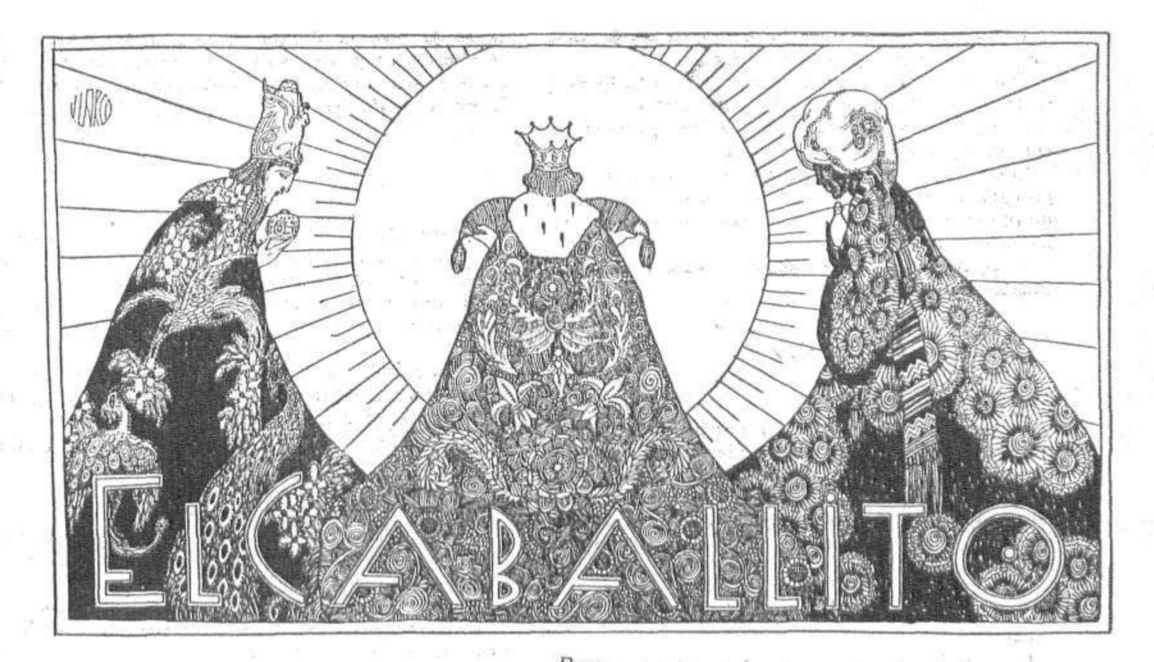


Carré ha muerto a la madrugada.

Lerondeau se marcha mañana.

GEORGES DUHAMEL





Por
ALFREDO R. BUFANO

DIBUJOS DE LARCO



APITO, ¿me compras ese caballito de madera? — Sonó la voz clara del niño asido de la mano paterna frente al escaparte de la juguetería, repleto de muñecas, carritos, soldados de plomo, automóviles y un sinfín de pequeñas cosas que se aparecían grandes a los ojos atónitos de Bebé, bajo la radiante policromía de las innumerables lamparitas de colores.

— Papito, cómprame ese caballito de madera... ¿No ves? ¡Mira cuántos niños como yo salen llevando sus juguetes comprados por su papá!... ¡Cómprame ese para mí, papito...!

Y Alberto, el pobre Alberto, oía la vocecita armoniosa, implorativa en aquella Nochebuena, en que sólo tenía lo indispensable para pasarla un poco mejor que las otras siempre iguales del año.

¡Oh si él hubiera sido rico en ese instante! Habría entrado al bazar con su querido Bebé, y le hubiera dicho:

— ¡Elige lo que quieras... todo lo que quieras!... Y Bebé, loco de contento, azorado, con los azules ojos resplandecientes de júbilo, saltaría de aquí para allá, apartando ésto, dejando aquéllo, analizando rápidamente el andar de un carrito mecánico, haciendo mover los brazos de un autómata, tirando de las cuerditas a un polichinela vestido de colorines para verlo saltar, y él, el buen Alberto, lo miraría satisfecho, sonriendo por aquella íntima y diminuta felicidad. Consentiría a todo, le compraría todo, le llevaría todo, para que hiciera de sus juguetes lo que mejor quisiese... Romperlos, tirarlos, regalarlos a sus vecinitos más pobres para verlos reir y saltar!... Bebé llegaría a su casa, bajaría de su coche con los bracitos llenos de muñecas, soldaditos, caballos, trompos de música, y corriendo hacia el grupo de chicuelos que estarían jugando en la calle, entre ellos mismos, les diría: ¡Eh, amiguitos, tomen juguetes! ¡Toma tú este trompo; toma tú esta escopeta... tomen... tomen!... ¡Jueguen ustedes también, porque yo tengo muchos; todos los que me ha comprado papito, todos los que yo he querido, por que esta noche es Nochebuena, y papá dice que nacerá el dulce Niño Jesús, amigo de todos los niños!... Toma tú... Toma tú... Jueguen, jueguen, que yo tengo muchos, todos los que yo he querido!... ¡Oh, si él hubiera sido rico! Pero no tenía más que lo indispensable y la voz suavísima del niño continuaba implorando, cada vez más triste, cada vez más suave: — ¡Papito, cómprame ese caballito de madera!... ¡Pronto, porque si no vendrá otro niño con su padre y se lo llevarán, y entonces yo me quedaré sin él!... Papito, ¿me lo compras?

— ¡Bebé, esta noche no; vendremos mañana y te lo compraré!

— ¿Cómo mañana? ¿No dices tú que esta noche es Nochebuena, y que vendrá el Niño Jesús, amigo de todos los niños?

Alberto se estremeció ante la pequeña réplica del niño, porque, esta vez, la vocecita de Bebé estaba llena de una tristeza infinita; de una tristeza más triste y más amarga que la suya de hombre... Y el corazón se le llenó de lágrimas.

— Sí, Bebé, pero yo te lo compraré mañana, cuando el Niño Jesús haya llegado...

— ¿Y si no viniera esta noche el Niño Jesús? yo me quedaré sin caballito y tendré que volver a jugar con mi muñeco de trapo...

— ¡Vendrá, Bebé, vendrá, y si no viniera el Niño, dentro de pocos días llegarán los tres Reyes Magos cargaditos de juguetes para ti; y entonces tendrás muchos, porque ellos te los dejarán en tus botines puestos al anochecer en la ventana de tu cuarto!

— Papá, ¿tú no recuerdas que el día de Reyes pasado, cuando estaban por llegar, puse yo mis botines y los Reyes cruzaron de largo, sin dejarme



nada bueno como a todos mis vecinitos pobres? Mientras que a Enrique, el niño rico de enfrente de casa, le dejaron una bicicleta en la que se paseaba todos los días por delante de nosotros. Papá, ¿los Reyes Magos no son amigos de los niños pobres?

Aquel recuerdo del año anterior traído a la memoria del niño, y la desconcertante pregunta final, hicieron temblar a Alberto en un sacudimiento de dolor, y sin responder al niño, entró resueltamente en la tienda.

Bebé, como en el breve sueño de Alberto ante la vidriera, saltaba de contento, los bellos ojos azules le resplandecían de júbilo, y tocaba ésto, movía aquéllo llamando a su padre ante cada nuevo juguete. Pero él no podía decirle como hubiera querido: — ¡Elige a tu antojo! ¡Llévate lo que quieras, toma lo que quieras!... así es que, dirigiéndose al vendedor, preguntó:

— ¿Cuánto cuesta ese caballito de madera que está en el escaparate?

— Cinco pesos, señor.

— Démelo — agregó Alberto inmediatamente, con voz algo cortada.

El mozo fué, trajo el caballito y quiso ponerlo en una caja, pero Alberto se lo impidió diciéndole:

— No, así nomás. — Y tomándolo de manos del empleado lo entregó a Bebé que esperaba con los ojos fijos en todos los movimientos del vendedor desde que el padre había dicho: Démelo. Bebé estaba impaciente, como temiendo que algún otro niño se anticipara a comprar su codiciado juguete. Así es que al vérselo entre sus manitas murmuró con voz dudosa y mirar indeciso:

— ¿Ya es mío, papá?

— ¡Sí, mi hijito, es tuyo! ¿Estás contento ahora?

— Sí, queridito; vámonos a casa ligero para mostrárselo a mamá y después ir a jugar con mis vecinitos que seguramente no tendrán nada. Y si el Niño Jesús me trajese algo, se lo daré a ellos, porque yo tengo ya mi caballito comprado por ti. — Y Bebé tiraba de la mano de su padre mientras oprimía bajo el otro brazo el pequeño juguete tanto tiempo soñado y que ningún Rey Mago quiso traerle en la noche milagrosa en que todos los niños dejan sus botincitos en espera de que los bíblicos viajeros pasen con sus camellos gibosos cargados de juguetes bajo la noche estrellada, mientras que muchos de ellos presienten ya que han de hallarlos vacíos, porque, como los niños de todos los países son tantos los juguetes no alcanzarán para todos...

Y Bebé iba contento con su caballito de madera, porque ya no tenía miedo de que no viniese el Niño Jesús, y que los Reyes dentro de pocos días pasaran de largo por su casa como la vez última, cuando dejó sus botincitos afuera... ¡Qué largo fué el trayecto! Bebé, afiebrado por la alegría de su pequeña riqueza, no dejaba de hablar.

— Papá, ¡cómo se va a poner contenta mamita cuando me vea llegar! Yo lo haré correr sobre sus ruedas; lo pondré de noche junto a mi camita para que no tenga frío; nunca lo dejaré afuera, porque algún gato malo podría robármelo, y yo quiero guardarlo siempre, hasta que sea grande, ¿verdad, papito mío?

Y así llegaron a la humilde casa: entre un charlar copioso de criatura contenta y un responder continuo de padre sonriente y satisfecho de su pequeña felicidad.

Bebé, el alegre Bebé, alborotó toda la casa con sus gritos. Tiraba de su caballo sin reparar en nada. Se atropellaba con todo. Cruzaba las habitaciones, salía al patio y volvía a cruzar por el mismo trayecto una y cien veces, gritando y gesticulando delante de su frágil trofeo.

¡Alegría infantil, dulce y sana alegría que llenas la casa de gloria como una estrella divina, y haces sonreír los rostros con la sonrisa más suave y más intensa que dibujarse puede!

— Mamita, papito — gritó Bebé desde el patio — ahora voy a jugar un poco con mis vecinitos, porque esta noche nace el Niño Jesús, y yo tengo un caballito de madera. — Y salió corriendo sin aguardar el permiso, por la galería hasta la puerta de calle. Llegado a ésta miró para ambos lados y se dirigió corriendo hacia un grupo de chiquillos que cantaban y saltaban bajo una luna magnífica.

La presencia de Bebé con su caballo fué saludada con una larga algarabía, gritos, saltos, exclamaciones, pedidos y mil infantiles halagos. Bebé reía, satisfecho de tanto éxito y tanta felicidad.

El caballo pasaba de mano en mano, arrastrado por toda la vereda.

En esto estaban los niños, cuando Bebé notó la presencia de Enrique, el niño rico, que sentado en el umbral de su puerta miraba la alegre escena sin atreverse a intervenir en ella. Bebé se acercó a él, tirando de su juguete, y le dijo con acento afectuoso:

— ¿Por qué no sacas tu bicicleta y juegas con nosotros?

— ¡No puedo! ¡No la tengo ya! ¡La han vendido ayer!...

— Entonces ven a jugar con nosotros con mi caballito... ¿No sabes que esta noche nace el Niño Jesús, amigo de todos los niños?

— ¡Sí, pero papá, jugando con los caballos de verdad, perdió todo, hasta mi bicicleta, y hoy no tenemos ni fuego siquiera!... — Y la voz de Enrique se humedeció de angustia.

El pequeño rostro de Bebé se contrajo en una mueca, ¡vaya a saber de qué!, y después de un momento de silencio entre ellos, mientras los otros niños continuaban saltando y cantando bajo la luna, tomó su pobre caballito de madera tanto tiempo soñado, y alargándoselo a Enrique murmuró con voz triste pero resuelta:

— ¡Tómalo!

— ¿Y para qué?

— ¡Vaya, para que juegues!

— ¡No, gracias; no tenemos fuego!...

— ¡Bueno, tómalo; llévaselo a tu mamita para que encienda fuego con él!...



DICHO Y HECHO, POR MACAYA

ESCENA DEL JURAMENTO

Ensayo general de la opereta titulada «El antipersonalismo».



EN CORDOBA

El comisionado radical. — Yo he venido aquí para ver lo que hacemos.

Loza. — Yo he venido para ver lo que hace usted.

Elpidio. — Y yo para ver lo que no hacemos ninguno de los tres.



UNA INICIATIVA FECUNDA

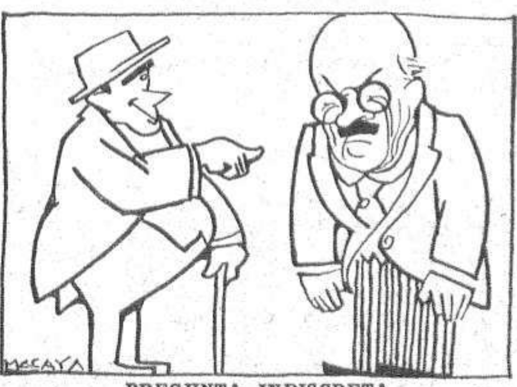
Sagarna. — ¿Qué piensa hacer en Comodoro Rivadavia? ¿Seguir ocupándose de la manteca?

Le Breton. — No; del petróleo. El petróleo, según yo, sirve también para freir la manteca.



CACAREANDO Y CON PLUMAS

Don Hipólito. — A cada intervención le sacan una pluma. Tengo miedo de verlo desplumado.



PREGUNTA INDISCRETA

— Los sesenta millones del Empréstito se han convertido en cuarenta. Dígame, doctor Molina, ¿los veinte restantes forman parte de las economías proyectadas?

Notas varias



Srta. Delia Ferrando, distinguida concertista que ha obtenido medalla de oro en Concurso de piano.



Señorita Lydia Iris Garibaldi, *recibida* profesora de piano con el primer premio, medalla de oro.



Peris Machado, notable *violinista brasileño*, cuya excelente técnica ha sido ya elogiada por la prensa europea y americana.



Señorita Calisa A. Fasidakis, *que obtuvo el* título de profesora de piano, alcanzando medalla de oro.



Srta. Mercedes Casañas *Lemos, primer premio* en el Concurso de Belleza en Mercedes, San Luis.

VIDA Y MUERTE DE LA BELLEZA

La belleza sólo es un bien fútil y dudoso, luciente cristal que se empaña de improviso, flor que muere en cuanto empieza a abrir, frágil vidrio que se quiebra al menor golpe.

Bien perdido, esmalte apagado, vidrio roto, flor muerta en un segundo.

Y como un bien que se pierde, rara vez o nunca se halla, como no hay pulimento que renueve un esmalte empañado, la flor marchita viene al suelo ya seca, como ningún cemento torna al vidrio su ser.

La belleza, una vez ajada, *jamás* se recobra, ni con drogas ni afeites, ni con afán ni dinero. — SHAKESPEARE.

LA MÚSICA

Música, música serena, ¡cómo es dulce tu luz lunar a los ojos fatigados por el rudo brillo de sol de aquí abajo! Al alma que ha vivido y que se ha apartado de la fuente común, donde los hombres para beber necesitan remover sobre su cieno y extraer la fresca linfa de los sueños. Música, virgen madre que contiene en sus entrañas inmaculadas todas las pasiones, que encierras el bien y el mal en el lago de tus ojos color de *junco, color* de agua verde pálida que cae en los glaciares, tú estás más allá del bien; quien se refugia en ti vive fuera de los siglos; la sucesión de sus días no será más que un solo día, y la muerte, que todo lo muerde, se romperá los dientes.

Música que meces mi alma dolorida, música que me la has tornado firme, calma y alegra — mi amor y mi bien — yo beso tu pura boca, yo hundo mi rostro entre tus cabellos de miel, yo apoyo mis pupilas ardientes sobre las dulces palmas de tus manos.

Y nosotros callamos, nuestros ojos se cierran, y yo veo la luz inefable de tus ojos y bebo la sonrisa de tu boca muda, y caído sobre tu corazón escucho las palpitaciones de la vida eterna. — ROMAIN ROLAND.

En la Municipalidad



Parte del personal de la Dirección de Rentas, oficinas de recaudación, sobre el cual, a causa de la derogación de las "nuevas ordenanzas" pesó enorme trabajo, pues en corto lapso de tiempo se recaudaron las sumas correspondientes a dos semestres, dándose algunos días el caso de ingresar en caja más de un millón de pesos.

PELIGRA LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO

Cinco años después de la guerra mundial que se preconizó como el triunfo de la democracia sobre la autocracia, vemos que la primera se halla en gran peligro y que tiende a desaparecer, y así lo declaran políticos como Nitti y David Lloyd George, el primer ministro inglés durante la gran guerra pro la libertad del mundo, quien en un reciente banquete hizo las siguientes declaraciones.

Una ola de autocracia parece p[illegible] sar por el mundo. Rusia desechó la democracia a los pocos meses de ponerla en práctica y adoptó la dictadura comunista de Lenín. Italia, España, Bulgaria, Turquía, de hecho, han caído también en ella; en Alemania se habla de lo mismo y, en general, se mira benévolamente el espíritu dictatorial, sin tener en cuenta que la democracia es el sistema más seguro para la sociedad. No pone fuerzas en acción, como acaso lo hace la autocracia; pero, más lenta, es más segura, por ella el corazón habla y la libertad sostiene el corazón, y sucede que sólo [illegible] se producen hombres que saben y pueden elevarse a las alturas del sacrificio, que es la ciudadela de la libertad en todas las tierras.

En asuntos de amor, toda la importancia está en los principios. El mundo sabe muy bien que el que da un paso adelante dará otros muchos. Sólo se trata de dar bien el primer paso. — FONTENELLE.

Que tus pensamientos sean puros como la nieve y que esa pureza se cristalice en tu alma y en tu conciencia como el blanco en el lirio y el [illegible] en la rosa.


¡Señora, Vd. tiene canas!
No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese día dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.
¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?
¿No sabe Vd. que sus amigas Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa
AGUA SALLES
que devuelve al cabello canoso su color primitivo?
¡Haga usted como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.
El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?
El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.
VENTA EN FARMACIAS,
PERFUMERIAS Y TIENDAS
LOURTAU y Cía.
PARANA 182 - BUENOS AIRES

HABLANDO

—Gallo, yendo y viniendo por el mundo,
probará que es un hombre tremebundo.
—Yo le creía blando.
—Proyectando es profundo,
y nos está probando,
sin mostrarse iracundo,
que hiende y hunde cuando
parece más jocundo.
—¡Me está usted asombrando!
—Gobernante fecundo,
grave y meditabundo,
no pasa su existencia perorando,
sino que dice siempre: «Ordeno y mando».
Conoce lo que han dicho Letamendi,
Oquendo y Otamendi,
y Cutanda y Urquiondo,
y sigue tan orondo
con su modus vivendi.
Prueba que no es cuadrado lo redondo,
estudiando las cosas muy a fondo.
Y, en unión de Lerchundi,
Gando, Aranda y Recondo,
se dispone a sacar del mapamundi
cuanto haya de mefítico y hediondo.
—¡Es un Gallo sabihondo!
—Dígale usted en dónde
la incorrección se esconde,
y, allí, al momento, manda
a un buen interventor que no se ablanda.
No se oculta, y responde
al que pregunta, ¡y linda zurribanda
le espera a la facción, torpe y nefanda!
Sano temor infunde,
y al revoltoso radical confunde
que de la ley prescinde
y que sólo se rinde
cuando ve que se hunde.
Que a ello un guapo se brinde
y Gallo será el río que le inunde.
No hace falta que nadie le secunde
cuando, rugiendo, la tarea emprende.
A razones no atiende
y no admite ninguna componenda.
Con las armas legales se defiende,
y ¡ay de aquél que le burle o que le venda!
—¡Qué cosa más tremenda!
—El ánimo suspende
ver el brío que pone en la contienda.
A éste le da una tunda;
a aquél, un bochinchero barbilindo
que fuma en pipa de cerezo o guindo,
le hunde en la charca inmunda.
Para que el miedo cunda
del Plata hasta el mar Indo,
y el culpable se esconda,
se muestra inexorable.
—Eso es muy lindo.
—Vigila, observa y ronda
el comité que vive del estruendo,
el gran palacio y la modesta fonda.
Y, para intervenir, en el horrendo
mar de la oposición echa la sonda.
—Creo que va a acabar interviniendo
en la calle Brasil.
—Lo estoy temiendo.

DIBUJOS DE MACAYA



AMERICA

SHIMMY con SERRUCHO

de C. MAGLIO

POR LA ORQUESTA TIPICA

PACHO

LOS GRANDES EXITOS DE LA SEMANA

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18087 { **Tu Vieja Ventana.** Dúo. Vals. Río-Barbieri.
Desdichas. Tango. Solo Gardel. Contursi. Gentile.

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica y Jazz-Band

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6229 { **Sombras.** Tango. Típica. F. Pracánico.
Vencedor. Tango. Típica. R. Firpo.

6230 { **Muchachita.** Tango. Típica. E. Delfino.
Midnight Rose. Fox-Trot. Jazz. L. Pallack.

FRANCISCO CANARO.— Orquesta Típica y Jazz-Band

6946 { **Yo Tuve un Cariño.** Tango. R. Hicken.
Papa en Puerta. Tango. A. Berto.

6949 { **C'Est la Chanson de L'Amour.** Shimmy. Jazz. Borel-Clerc.
La Madrecita. Tango. Típica. E. Delfino.

ORQUESTA TIPICA "PACHO". (Juan Maglio)

7411 { **AMERICA.** Shimmy, con serrucho. Jazz. C. Maglio.
Viejecita Mia. Tango. C. Marcucci.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8012 { **Falstaff.** Shimmy. G. Calarco.
La Chula de Madrid. Pasodoble. A. Soler.

8013 { **Chispa...** Shimmy. F. Pracánico.
Je Pleure D'Amour. Shimmy. M. I. G.

MARIO A. PARDO.—Tenor con Acomp. de guitarra.

6574 { **Que el Otro te quiera Igual.** Tango. Bayon-Herrera-Jovés.
Las Cabras. Zamba. Cuadros-Pardo.

IGNACIO CORSINI. — Con Acomp. de 2 guitarras.

222 { **Pelele.** Tango. Caruso-Maffia.
La Vuelta de mi Amor. Tango. Roldán-Maglio.

Fonógrafo Glücksmann sin bocina

La máquina parlante más perfecta y más barata.

Precio, con 200 púas .... $ 45.-



¿Reencarnación?

Un caso prodigioso de precocidad



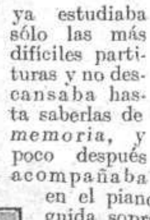
¿Beethoven?

Beethoven

Aprehender es recordar, sentenció un filósofo griego y apoyándose en ello teósofos y espiritistas sostienen que el genio innato no es otra cosa que la reencarnación de espíritus adelantados, fenómeno que se verifica constantemente, y al que se debe el progreso de la humanidad. El caso de Mozart, que a los cinco años daba un concierto ha vuelto a repetirse, hoy no se puede predecir si se trata de un genio en ciernes; pero por el momento asombra el espectáculo de un pebete poco más alto que el taburete sobre el cual se asienta, interpretando en el piano con desconcertante seguridad, maestría y sentimiento a los mejores autores clásicos.

El niño Pedro Mazzini, cuenta ahora cinco años y medio, un año atrás no sabía lo que era una nota, pero ya revelaba hallarse dotado de un gran sentido musical. A los tres años cantó ante el tenor Bonci, un trozo de ópera con tan perfecta entonación que dejó atónito al famoso artista.

Apenas iniciado en el estudio del piano, en pocas semanas aprendió todo aquello que por regla general exige muchos años de Conservatorio en forma tal que la maestra estupefacta hubo de confesarse vencida y declaró no poder enseñarle más, pues el minúsculo alumno era capaz de llamar al orden a su profesora y reprocharla cuando se equivocaba en lo más mínimo.





Pietro Mazzini

Al mes ya estudiaba sólo las más difíciles partituras y no descansaba hasta saberlas de *memoria*, y poco después acompañaba en el piano a la mamá, la distinguida soprano Carla Benassi, espectáculo conmovedor que enternecía al público.

A primera vista Pedro Mazzini es un niño como cualquier otro, vivaracho, juguetón, grita, corre, salta y sonríe con la atrayente y picaresca sonrisa que nuestro grabado reproduce. Pero cuando el niño se ve ante el piano se transfigura, como por encanto aparece el artista, en cuyo rostro se reflejan las emociones que le embargan, y transmite a los espectadores sus estados de alma esclavizándoles con su arte apasionado.

Es increíble a no verlo, cómo aquellas manitas pueden realizar tales prodigios de técnica. Los maestros que le han visto dicen que sus facciones recuerdan a las de Beethoven, y, en efecto, comparando las dos fotografías que reproducimos, la mascarilla del célebre maestro alemán y el retrato del niño, nuestros lectores podrán comprobar la exactitud de la afirmación.



Una Célebre Especialista

recomienda la aplicación de métodos sencillos para la conservación de la

Belleza

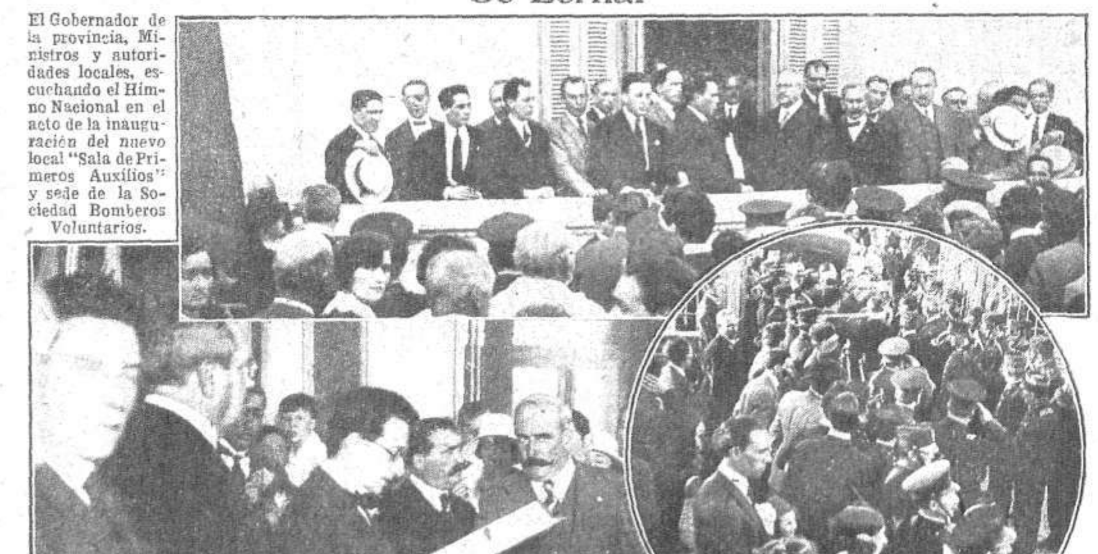
La célebre especialista en materia de "belleza", Madame Charlotte Rouvier, dice: "en lo que respecta al cutis el abuso de afeites resulta un verdadero peligro para la salud. Las cremas, polvos y demás productos destinados a procurar una efímera apariencia de hermosura superficial, deben emplearse con mucho tino y discreción. La manera inofensiva y al mismo tiempo más segura para conseguir y mantener una tez perfecta, la constituye la constante y metódica aplicación de

CERA PURA MERCOLIZADA

...inmediatamente antes de acostarse".

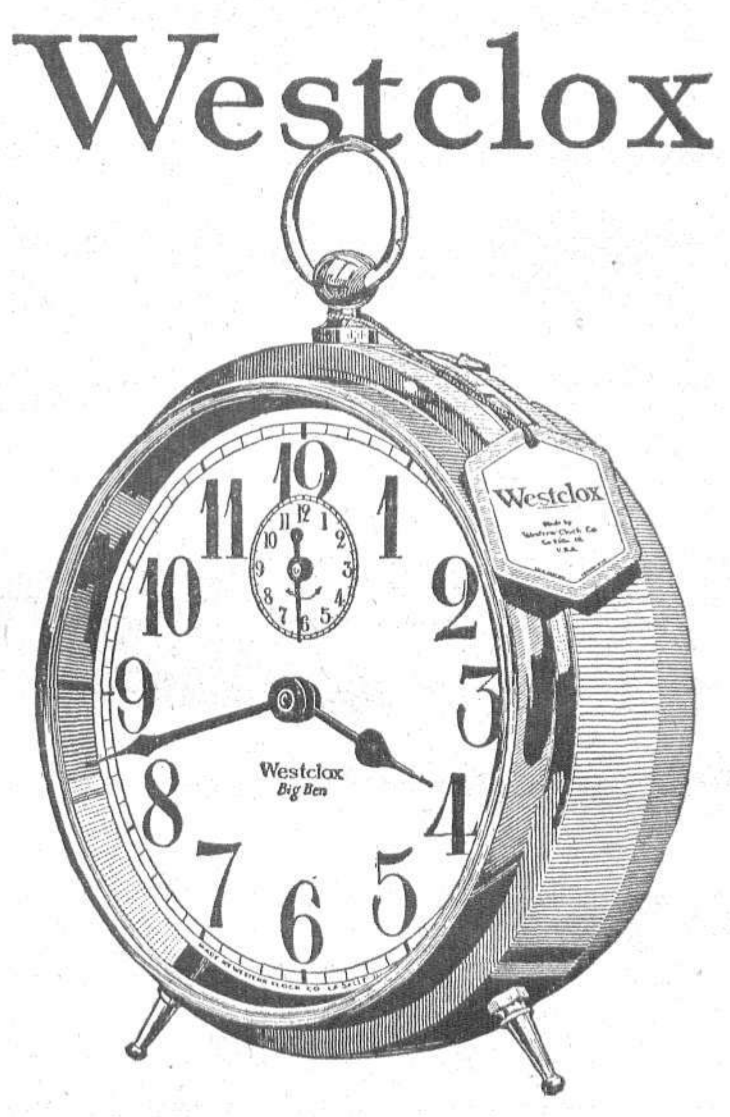
De Bernal

El Gobernador de la provincia, Ministros y autoridades locales, escuchando el Himno Nacional en el acto de la inauguración del nuevo local "Sala de Primeros Auxilios" y sede de la Sociedad Bomberos Voluntarios.



El público y guardia de bomberos ante el local que se inauguraba en el momento de entrar en él el Gobernador.

El señor Ricardo Andie, vicepresidente de la Institución, leyendo ante el Gobernador y autoridades su elocuente discurso con el que se declaró inaugurada la sala.



Distincion merecida

LAS autoridades aduaneras, reconociendo la alta calidad del Big Ben le dan la designación de Fino para distinguirlo de ciertos despertadores fabricados con apariencia más o menos semejante y que son clasificados como Regulares.

Esto, como es natural, hace que los Big Ben cuesten un poco más pues el impuesto sobre los relojes finos es elevado.

Pero el hecho de que los funcionarios de Aduana coloquen al Big Ben muy por encima de sus imitadores es razón más que suficiente para que Ud. lo elija para su uso.

WESTERN CLOCK CO., LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox*: Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Buenos Dias



EL ULTIMO NAUFRAGIO DEL CAPITAN O. JAHM

por

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

El lecho en que se moría el capitán O. Jahm estaba incrustado en el hueco de la alcoba. Una cortina de cretona con grandes florones amarillos y rojos ocultaba su dolor y sus muecas a los ojos curiosos. La voz del capitán pedía —y era una voz que ordenaba aún como en las maniobras de los grandes veleros, — una o dos veces por día, que ella se corriera enteramente. Se oía al paralítico hablar tras de los pliegues de la tela como con un amigo, o murmurar su descontento. El capitán se adormía con un rezongo sobre los labios. Y después, nada más. ¿Se habría muerto ya? Era la pregunta que se hacía la enfermera que el Asilo de antiguos capitanes de alta mar le había proporcionado.

— Yo era su médico — dijo mi abuelo. — La homeopatía, o mejor dicho, la pulsatilla, parecía detener su parálisis progresiva, hacerla más lenta. El mismo capitán señalaba la demora sobre el costado izquierdo. Como se pueden seguir las operaciones militares sobre un mapa, el capitán había seguido el mal con estoicismo. Una línea de alfileres que tenían por cabeza una paloma de vidrio, marcaba claramente la frontera, la línea, entre el cuerpo sepultado en la noche ya, y su busto musculoso donde latía aun el corazón. Sobre su pecho velludo, el tiempo había arrojado un puñado de canas.

La tarde en que debía pedirme el postrer servicio que podía hacerle, no ya como médico sino como amigo, tenía tres o cuatro alfileres entre la maraña de su pecho.

— Doctor — me dijo — en estos dos últimos días la muerte me ha jugado una mala partida. Ya no hay, creo, expediente que la detenga. Está en la puerta de mi corazón y éste se ha trepado en lo alto del palo mayor como náufrago. Me siento perdido. Lo único que puedo arreglar en el breve tiempo que me resta es mi otra vida. Doctor, yo creo en la transmigración del alma. No en balde he vivido treinta años en las aguas del mar Indico. No en balde he abierto tanta sepultura ajena...

— ¿Es que usted quiere, capitán, que se le pongan víveres al alcance?

— Ni agua dulce, ni galleta. Mi bote, en el que habrán de echarme al olvido pide solamente lastre. Iré yo... e irá ella.

El capitán O. Jahm me miró. Me había examinado con una mirada. Mi rostro permaneció impasible como si no hubiera dicho nada de sorprendente. El capitán prosiguió:

— Iremos los dos, y he aquí el último favor que quisiera pedirle. Mi encargo le parecerá más lógico conociendo algunos detalles de mi vida. Voy a abreviarlo, doctor.

...Los hombres de mar no tenemos hogar. Casi, sin excepción todas nuestras mujeres nos son infieles. Se hastían de sentirse solas, y el viento que viene del mar es un mal consejero. El viento murmura al oído. Este mismo viento que sopla desde hace dos días, trae en los ruedos de la borrasca el mensaje postrero de muchos marinos. Miraron antes de morir hacia las aldeas natales, y la imagen de sus pueblos grises se hundió con ellos en el fondo del mar. Este viento se place en recordar a las mujeres de los marinos la extensa tragedia. Es un viento que hace muchas viudas. No porque las naves zozobren; no. ¡Cuántos amigos míos han vuelto, diez, doce años después en busca de la esposa y el hogar que dejaron!... Llegaron frente a la casa y vieron a la luz de la lámpara encendida un horrible cuadro dentro. Otro hombre, varios niños...

¿Usted cree que esos viajeros olvidados han pedido, como saben pedir lo que era de ellos los hombres de tierra adentro?... No. Se han ido y esta vez para siempre. Eran los novios de la Esperanza, que no quiso de ellos... Se van desilusionados y el mar los recoge bajo la cruz del Sur que es la infinita cruz de los marinos... La cruz del Sur es una constelación, doctor, del hemisferio austral.

Mi mujer fué una de las tantas... Ella tenía los ojos azules habiendo nacido sobre la costa como yo. Parece ser que él tenía grandes y hermosos ojos negros... ¿Usted se da cuenta?

Como me habían cortado las amarras, anduve hecho un barco sin rumbo, de aquí para allá. Un día, Sir Bruce Elguin me contrató en Escocia como capitán de una corbeta que debía traer desde Grecia los mármoles del Partenón.

¿Ha oído hablar de ese viaje? ¿No? Los ingleses somos discretos... ¡Siento que no estoy bien!... Mi visión es clara, mis recuerdos son precisos, pero este cuerpo muerto al que estoy anclado sin redención posible, me enfría el alma. ¿Ve usted cómo mi piel tirita?...

Lord Elguin consiguió de los turcos, que eran los dueños de la Grecia, una orden que le permitía exportar y recoger «Piedra labrada con inscripciones y figuras». Yo llegué con mi velero «Ventura» al puerto del Pireo. Esperamos allí cerca de un año. Los pedazos de mármol eran enormes. Había que bajarlos del friso del edificio. Había que romperlos, disgregarlos. Lord Elguin quería traerse una cuarta parte del templo para reconstruírlo en Escocia, con tierra de Portland sobre unas tierras

de placer que tenía. El friso que mira hacia el Este, y el pórtico de ese lado, las grandes estatuas de Zeus y de Atenea, diez y seis metopas, una decena de dioses menores, la parte del friso que mira al Oeste. Había mucho más que he perdido de la memoria, aunque ya puede usted darse cuenta de la calidad del cargamento. Toda la obra indudable de Fidias...

Primero, parecían resistirse las piedras a dejar su sitio de siglos. Si fué difícil a bordo estivar los macizos pedazos de mármol, en tierra los trabajos conocieron no menos dificultades. Los obreros inhábiles. Los días hacían una nueva dificultad.

Un año estuvimos en el puerto. Los trozos del Partenón no querían embarcarse. Echaban raíces en el trecho que va de la Acrópolis al Pireo. Las lluvias, haciendo intransitables los caminos, se ponían de acuerdo contra nosotros. Lord Elguin fué raptado y estuvo un mes entre los bandidos. Hubo que rescatarlo. Entretanto mi barco sufría inactivo. Tenía los fondos sucios. El casco se pudría. La carcoma lo había tomado de flanco. Los barcos deben andar siempre mar afuera. El aire de las costas no les conviene. La tripulación, de tanto estar en el puerto como el barco, perdía sus condiciones. El vino de Grecia mezclado con resina, enloquece a los marinos. Reñían frecuentemente. Varios no volvieron a bordo y cuando nos hicimos a la vela apenas pude contar con diez hombres para todas las maniobras. Y, para colmo de mis males, estaba a bordo el contramaestre Rosembergue. Rosembergue era una mala persona. El sol de Africa le había quemado la cabeza mientras cazaba hombres negros. La segunda noche de navegación, una noche de luna, doblados los cabos de Citeres, sentí el chasquido de un latigazo sobre las aguas calmas del mar. ¿Sería un delfín o un cachalote? ¿Habrían echado algo del barco al agua? Rosembergue había muerto al cocinero y arrojádolo por sobre la amura del trinquete. Lo encontré lavando tranquilamente su cuchillo como si no hubiera pasado nada. Sobre el puente un rastro de sangre obscuro señalaba el camino por donde había arrastrado al cadáver...

Cinco días después anclábamos en el puerto de Brindisi. Rosembergue, que temía tal vez lo hubiera entregado a la justicia, desapareció de a bordo en la madrugada antes de fondear. ¿Cómo se había ido a tierra? Me lo pregunto todavía. En Brindisi cargamos otra cantidad importante de mármoles que Lord Elguin había comprado en Italia.

Cargamos hasta el tope. No tenían el encanto, el tamaño y la blancura de las obras griegas, pero entre ellas venía el busto de mujer romana que usted ve a los pies de mi cama, en ese nicho. Sobre el basamento, se lee «Paulina» en letras ya algo borradas por el tiempo. Como me agradó, sin explicarme la causa, lo llevé a mi camarote.

Ibamos a dejar el fondeadero cuando vi aparecer en medio del puente, saliendo de la escotilla, al contramaestre Rosembergue.

—Buenos días, capitán—me dijo como si acabara de saludarme la víspera. Tanta era su sangre fría, que me dejó perplejo y le contesté el saludo, mientras prosiguiendo la maniobra de levantar las anclas que yo había comenzado, volvió por decirlo así a su puesto de costumbre.

En pleno Mediterráneo, una terrible tempestad, la más horrenda tempestad del mundo, doctor,—dijo sentenciosamente el capitán O. Jahm—nos tuvo dos días y dos noches entre la vida y la muerte. El viento de esta noche, que no llega a sacarnos el techo de la casa aunque se siente la garra sobre la teja, nos quebró los palos. Estábamos levantando el velamen ajenos ya a todo peligro, cuando en ese mar que continuaba aun empavesado después de tres días de fiesta, nos encontramos con que el agua entraba en la bodega como en casa propia. Varias planchas del casco habían cedido. Empezamos a sacar agua... mientras buscábamos los rumbos, entorpecidos por los mármoles fantásticamente pesados. Los hombres no podían más y Rosembergue se prestaba de mala gana a secundarme. Todo lo tenía que hacer yo y así nos hallábamos los dos en la escotilla de la bodega atentos al avance del agua mientras toda la tripulación cambiaba de sitio una columna, cuando noté que por la parte de popa una nueva vía acababa de abrirse, dejando entrar al mar entero por la hendidura.

—Antes que sea demasiado tarde, contramaestre, haga subir los hombres—le dije.—No hay tiempo que perder. Van a morir ahogados, sorprendidos por la avalancha.

Rosembergue miró con curiosidad el agua que entraba, como si fuera algo muy raro y que no conocía, pasando rápida entre las piedras, mientras iba haciendo remolinos que parecían jugar persiguiéndose y tomando la puerta de la escotilla que tenía cerca, y repuso:

—No son los hombres los que pueden preocuparnos... Hay que salvar el barco a costa de todo. Sobre todo hay que salvar el tesoro que llevamos. Inglaterra necesita, para ser más grande, de estas piedras históricas: capitán, ayúdeme a cerrar sin más reparos la bodega antes que el agua suba al puente y todo esté perdido completamente.

Cerrar herméticamente las compuertas de la bodega era en verdad lo único que podía salvar al «Ventura». Y bajo el imperio de ese extraño personaje, que me hablaba en nombre de las altas necesidades de Inglaterra, cerramos la escotilla...

Con toda la bodega inundada, el barco pareció no moverse. ¿Llegaríamos jamás a un puerto? ¿El triste cargamento de marinos no tomaría su revancha?

El silencio en un barco de vela en alta mar sólo puede ser comparado al del Polo. El menor crujido de la obra muerta se agiganta y se oye nítidamente, como si se produjera al lado de nuestro oído. Y desde aquel instante, el agua en la cala, los mármoles y los muertos, hacían, allá abajo, un ruido del diablo...

Empezó para mí el segundo acto del drama. Rosembergue y yo nos dividimos el barco. El timón había sido puesto hacia tierra. Malta quedaba lo más cerca y hacia allá íbamos.

Los dos sobrevivientes no éramos por cierto dos amigos. Los días que siguieron pusieron en evidencia la enemistad. En medio de la soledad del mar y del cielo, el ruido de los cables contra los palos, la voz de Rosembergue que cantaba a popa, en la barra del timón, alegre y despreocupado, despertó un nuevo temor en mi conciencia. ¿Qué había hecho?... ¿Cuál era mi culpa?... ¿Era yo francamente un cómplice, al fin y al cabo, de ese hombre sin entrañas? ¿No iría por el mismo camino a ser mañana una nueva víctima suya? Sentí miedo. Un miedo inenarrable. Comprendí que debía ser pasto de los peces si no tomaba antes la iniciativa y terminaba con Rosembergue. Lo veía en la noche aparecer de improviso al lado de mi cama y darme muerte, quedarse solo a bordo, llevar el barco a puerto y presentarse como el salvador.

Su tranquilidad me conturbaba. No tenía nadie más que a él para dirigirle la palabra y sentía así necesidad de esa sombra de hombre al lado mío para no volverme loco. La fiebre me hacía delirar de pie. En cambio, a Rosembergue no le importaba de mí un comino. Tenía su loro. Un loro a quien hacía sus confidencias entre el humo de dos pipas.

¿Usted ha oído contar, doctor, que en la nave

capitana, después de la batalla de Trafalgar, encontraron a un loro que en el fragor del combate olvidara todo el vocabulario que conocía y solo repitió después «Bum-Bum-Bum»?

Es una anécdota que los historiadores han añadido más tarde a la acción principal. El loro que se olvidó cuanto sabía y solo repetía «Bum-Bum-Bum», errando por la cubierta, fué el loro de Rosembergue. Se hallaba subido sobre el hombro del contramaestre cuando me acerqué a éste sin hacer ruido y le disparé un pistolazo en la nuca. El cuerpo de Rosembergue quedó enganchado al ancla.

Volví a mi camarote y me eché en la hamaca.

Los días pasaron. Las noches... Sólo la fiebre me daba su tapiz viajero, para reposo de mi alma. La soledad, tan vecina del otro mundo en que vivía, era el mejor remedio para mi espíritu atribulado. Sólo el loro vagabundo, por entre las jarcias, entrecortaba la paz inefable con su grito monocorde «Bum-Bum-Bum»... *El mar hacía su infinito dramático*, y el viento hacía el más allá sin retorno, arrastrando al barco a su antojo. En medio de mi letargo sentí unas voces... Oí pasos. ¿Habrían subido hombres a bordo en plena mar? Una ballenera se había acercado al notar el barco vacío y a la deriva. Este barco de pescadores nos salvó. Los levantinos me llevaron a puerto. El «Ventura entró lento y sombrío en las aguas de Vittoria Valetta. No era un barco feliz. Era un convoy fúnebre.



¿Usted cree, doctor, que los ingleses puedan tener un día grandes artistas? ¿Usted cree que los altos modelos del arte antiguo que traje consigo puedan despertar más tarde la angustia de lo bello en el alma de un niño inglés?

No me atreví a contestar a una pregunta por cierto inesperada.

El capitán O. Jahm añadió:

—Yo no lo creo. Esos mármoles están malditos y todo lo que nos acaeció en el trayecto, todo lo que en tierra sucedió, era la revancha silenciosa y terrible de esas reliquias del pasado que Lord Elguin, ese hombre sin escrúpulos y sin corazón, había escarnecido, violado.

Pero yo no he hablado de mí. Ha llegado el momento.

Los mármoles griegos tienen al sol de mediodía un reflejo feliz y sensual. El sol les pone oro y rosa entre la piedra. Los hace humanos. Tentadoramente humanos.

La obra de los romanos, como que es ajena aun siendo grande, es triste. Cuando la fiebre me postró y debía consumirme, mi única distracción en los intervalos lúcidos, era la estátua aquella de granito rosa que tenía por delante. Mis ojos la seguían con un amor de convaleciente. Casi podía decirse que esos pobres moribundos calmaban su sed sobre la piedra serena y pálida.

¿Paulina? ¿Paulina? leía y me preguntaba maquinalmente, frente a las letras desdibujadas por el tiempo, quién sería la matrona romana allí representada.

Al salir de uno de los delirios de la fiebre, recordé haber leído en esa transparente memoria de un enfermo, ha tiempo, en una tragedia de un contemporáneo de Shakespeare, el nombre de Paulina. La pieza se llamaba «Séneca». Paulina era la mujer del filósofo. Cuando Nerón obligó al moralista impertinente a abrirse las venas, su esposa quiso acompañarlo en la otra vida y abrióse las suyas. Pero Nerón no lo quería. Sus esclavos cerraron las heridas que el amor conyugal había hecho inmortales. La viuda llevó por el resto de su vida una extrema palidez, cuenta Tácito, «como un glorioso testimonio de su casto y gran amor por el marido».

Era, pues, el busto de la matrona virtuosa el que asistía a mi enorme soledad dentro del barco fantasma. Sabía que un día u otro debía hundirme con ella, desaparecer al lado de esa materialización del amor perfecto que yo había soñado en la vida.

Usted me comprende. Yo no había sido feliz. Mi mujer tenía los ojos azules y, como se lo he dicho, él los tenía negros y hermosos... ¡Por tan poca cosa faltar a la fe jurada!...

Este busto, que debía ayudarme a bien morir mientras estaba a caballo sobre el abismo, ha continuado siendo el único testigo de todas mis horas. Ha sido más, aunque esto le parezca ya una locura. Ha sido la única imagen religiosa hacia la que haya elevado mi corazón. Las mujeres, siendo como son aún en su gran belleza efímeras, tienen un alma que es la más alta dádiva de la divinidad. Y esta piedra modelada con amor y genio, esta piedra que eterniza la belleza y la virtud, ¿no tendrá de Dios una migaja sola?

La parálisis, que termina conmigo, no es nada más que la agonía que comenzó para mí en el «Ventura». La maldición me ha alcanzado... Ahora comprenderá porqué quiero pedirle que se me entierre con Paulina al lado. No deseo un ataúd de ébano negro. No. Me basta un simple cajón de mercadería sin destino, pero con ella al lado...

—No creo—le dije entonces—capitán, que usted sea víctima de la influencia nefasta de los mármoles célebres. En la vida nada muere. Todo se transforma. Antes eran partes de un monumento; ahora son los elocuentes ejemplos de la antigua estatuaria. No veo la razón para que esos trozos de escultura estuvieran mejor en Grecia que en Inglaterra. Shakespeare, a quien usted se refirió hace un instante, ¿no hizo suya y se apropió a renglón seguido tantos elementos y parte misma de la cultura antigua? ¿Acaso no alcanzó con transportar de latitud el honor y la fama?

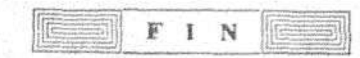
—Usted me recuerda con el ejemplo, doctor, las palabras de Rosembergue cuando cerró la bodega y se ahogó la tripulación del «Ventura»: Inglaterra necesita para ser grande de estas piedras históricas».

—Capitán, se diría que usted no es inglés...

—Y es la verdad: yo soy irlandés.

El capitán O. Jahm tomó un alfiler que se había quedado atrás y lo cambió de sitio sobre su pecho insensible y helado.

La parálisis acababa de dar un salto de puma entre la selva cana de su torso musculoso.





Señora:

Los sombreros más finos, distinguidos y de rigurosa moda los hallará usted en la **CASA IZQUIERDO**, Carlos Pellegrini, 490, la que en su Departamento de MODAS exhibe los modelos de gran actualidad.

Estos dos modelos en ricas pajas, en todos colores y adornados con gran moño y borde de terciopelo de seda negro, los ofrecemos por esta semana a .... $ 19.50

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313

De Banfield



Niños que tomaron la primera comunión en la iglesia parroquial, preparados por el padre Vivano.

NADA ESTÁ LEJOS DE TI

Nada está lejos de ti.
¡Las distancias!
¿Qué importan las distancias?
Bien sabes que las distancias son sólo para tu cuerpo.
Tu alma se halla cerca de todas las cosas.
Mas aún, tu alma está en la esencia misma de todas las cosas.

Sin tu cuerpo, ni la luz con sus trescientos mil kilómetros por segundo de velocidad, igualaría al vuelo de tu pensamiento.

Si bien se mira, todo está a tu alcance.

No hay estrella a la que no puedas llamar tuya.

Mueve tu pensamiento con libertad absoluta. Acostúmbralo a los altos vuelos progresivos. Intenta el «record» de altura.

Déjale ir y venir a través del universo.

Cada día te darás así más cuenta de la desdeñable apariencia de tu jaula.

Con la noción de tu libertad inmensa, aumentará tu apetito de posesiones eternas.

Y hay por cierto una posesión que se te ofrece a cada instante y que no tiene límites: la posesión de Dios.

Acéptala. — Amada Nervo.

PÉTALOS ROTOS

MENSAJE

Puñadito de pétalos de rosa,
llévale mis ternuras; Dios permita
que ante su boca casta y erudita
te trueques en caricia vaporosa.

ANHELO

Quiero volverte estrella y ave y flor,
embriagarte de luz, canto y perfume;
ser un esclavo a quien su amor consume
y un tirano que mata por amor.

PUÑALES

En la noche enlutada
de tu vestido,
tus ojos son puñales
de algún bandido.

CIENCIA FEMENINA

Tus manos tienen la ciencia
de acariciar sin tocar,
y tus labios la vehemencia
del beso que no has de dar.

BOGANDO

Remero sentimental,
bogo en pos de mi ideal
y en bote azul y florido
cruzo un río de ilusión.
(El remero se ha perdido
buscando tu corazón).

VIVAC

Mirando en tu boca roja
nacer con ritmos alados
tu sonrisa, se me antoja
que tus dientes alineados
son legión de valerosos
soldaditos de marfil,
vivaqueando recelosos
de un enemigo sutil.

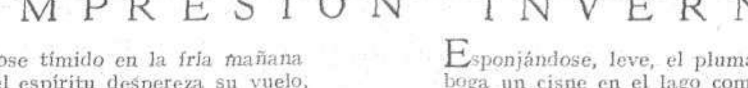
PROCLAMACIÓN



Por la lumbre de fuego de tus ojos, majita
que escintilan con leves temblores siderales;
por la suave ternura de tus manos ducales,
instrumentos de artista en amor erudita;
por las flores de loto de tu gracia perlada
y la rúbrica ardiente de tu húmeda boca;
por tu grácil silueta de tanagra enlutada
y tu ingenio con vuelos de golondrina loca,
te proclamo señora de mi amor paradójico,
con los brazos abiertos, la mirada en la luna
y todo dolorido de un mal extraño e ilógico
(te busco en todas partes y no te hallo en ninguna).



CARLOS C. SANGUINETTI



IMPRESION INVERNAL

Asomándose tímido en la fría mañana
invernal, el espíritu despereza su vuelo,
y percibe el repique de una alegre campana
y contempla el turquesa esmaltado del cielo...

Acreciendo las notas del color y el sonido,
que le brindan la dicha de infundirse en sus gracias—
mira el cielo en el lago de cristal aterido
y oye el viento en el bosque de eucaliptos y acacias.

Como un salmo de vida, bajo el mustio boscaje,
la blancura de un grupo colegial atraviesa;...
pero infunde más frío en el frío boscaje,
la espigada figura de una joven inglesa...

Esponjándose, leve, el plumaje impoluto,
boga un cisne en el lago como céltica dorna,
y en su ruta, otro cisne, con su traje de luto,
rememora el viaje del que nunca se torna...

Interrumpen el triste bienestar matutino
—en que cifra sus ansias el espíritu inquieto—
dos agentes que enfilan, a caballo, el camino
diagonal, custodiando a un humilde sujeto...

Ante el cuadro sombrío de la humana pobreza
y la ley, se despierta el poder del arcano:
¡El espíritu siente la angustiosa tristeza
de saber que no puede redimirse al humano!...

Poco a poco, se muere la ilusión en las alas,
y el color y el sonido hacen grave el momento:
¡Van cayendo del bosque las decrépitas galas,
mientras suenan las quejas invernales del viento!...

ANTONIO ZAPATA GARCIA





"CONCERTOLA"
El FONOGRAFO PERFECTO que usted tarde o temprano se resolverá a comprar. Satisface el gusto artístico de todo el mundo. Tenemos CONCERTOLAS desde
$ 45.-
DISCOS
Algunas novedades de gran éxito.
Por la Orquesta Típica y Jazz Band FRANCISCO CANARO
Discos dobles «NACIONAL» de 25 ctms., a $ 3.— c/u.
6939 La Canción de mi Novia. Shimmy con serrucho. El Acomodo. Tango.
6942 Gritando. Shimmy. Viborita. Tango.
6943 Camel. (La canción del serrucho). Shimmy con serrucho. Fakir. Shimmy.
6914 Nerón. Shimmy con serrucho. La Ratonera. Tango.
6948 Chispa... Shimmy con serrucho. Pico a Pico. Tango.
6951 Marina. Shimmy con serrucho. Tu Plegaria. Tango.
Por la Orquesta ROBERTO FIRPO
6230 Muchachita. Tango. Midnight Rose. Fox Trot.
Por la renombrada Orquesta Típica BERTO
Discos dobles «VICTOR», de 25 ctms., a $ 3.— c/u.
73981 Fray Mocho. Tango. Negrita. Tango.
77096 Papa en Puerta. Tango. No interesa. Tango.
Solicite suplemento N.° 21 conteniendo todas las últimas novedades. Se remite gratis.
Solicite gran catálogo ilustrado N.° 21 enviando pesos 0.20 en estampillas
AMERICA
Concertola
N.° 5 bis
N.°
Acordamos créditos para adquirir estos maravillosos aparatos. Soliciten informes.
N°. 4 bis
OFERTAS DE REAL CONVENIENCIA Y OPORTUNIDAD
N.° 4. —Espléndida CONCERTOLA para mesa. Modelo igual al dibujo. Motor suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas.............................. $ 125
N.° 4 bis. — Características igual al N.° 4, pero con motor de mayor potencia. Con 6 piezas y 200 púas a pesos.............................. 150
N.° 5.—Regia CONCERTOLA de salón, lujoso mueble con armario guarda discos. Gran motor suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas......... $ 250
N.° 5 bis. — Magnífica CONCERTOLA, regio mueble en roble o caoba con finos adornos de marquetería, Modelo igual al dibujo. Con 12 piezas y 600 púas $ 330
N.° 9. — Lujosa CONCERTOLA de salón. Mueble fino en rica madera de roble o caoba. Modelo igual al dibujo. Con 12 piezas y 600 púas.......... $ 380
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

De San Fernando



Demostración realizada en los salones del Club San Fernando, en honor de la señorita Pascuala del Uncal, por haberse acogido a la ley de jubilación.

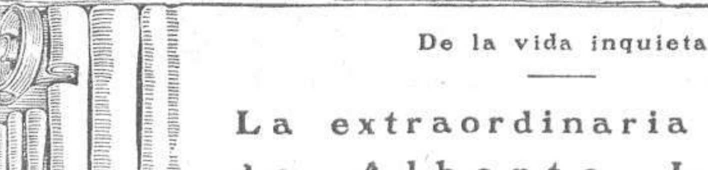
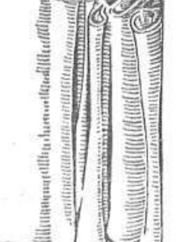
LA JIGA IRLANDESA

En cualquiera parte del mundo en donde haya un irlandés y una irlandesa se habrá bailado la jiga el 17 de marzo, en honor a San Patricio, patrón de Irlanda.

Escocia tiene gran variedad de bailes regionales, Irlanda tiene uno solo: la jiga, pero hay bastantes variedades de esta danza expresiva de toda clase de emociones, desde la alegría desenfrenada y loca, al lamento y a la pena. Una muchacha bailando la jiga en un velorio es la expresión de la pena humana, el máximum del dolor puesto en movimiento. La misma muchacha, bailando el mismo baile en una romería, roja de excitación, jadeante, desenvuelta y arrebatada, parece otra mujer.

La jiga irlandesa se baila en la verde Erin desde tiempo inmemorial, y de allí pasó a Italia con alguna variación, siendo la música copia de la antigua jiga irlandesa.

En Inglaterra también se bailan danzas parecidas que tienen su origen en el baile irlandés.

De la vida inquieta

La extraordinaria muerte de Alberto Lozano

(Para Caras y Caretas)



En la calle de las Minas, esquina a la del Tesoro, hubo cierta taberna donde todo un invierno, cotidianamente, los poetas Pedro Barrantes y Alberto Lozano se reunían a beber vino de Valdepeñas. A las seis de la tarde llegaban, cada cual por un rumbo y con andar seguro casi siempre; y dos horas más tarde salían trabados del brazo, apoyándose fraternalmente el uno en el otro, maquinal y vacilante el paso, y medio apagadas las claridades del espíritu, a la husma de una colación que no todas las noches se dejaba alcanzar.

La propietaria del establecimiento se llamaba Agustina: los años la habían embarnecido armoniosamente, y el mirar experto de sus hermosos ojos negros, las coqueterías de su tocador, el pulimento de sus manos, sus trajes y los muchos dijes y brazaletes que tintineaban sobre la apetecible blancura de sus antebrazos, hablaban en ella de un pasado galante.

Era de cortas palabras, sin embargo, y trataba a su humilde clientela con rigurosa seriedad, como temerosa de que alguien la faltase al respeto, lo que unido a otros indicios daba a comprender que el corazón de la rolliza tabernera estaba alquilado.

Por razones económicas, Agustina encendía las luces de su comercio muy tarde, y en aquel local umbroso, circundado por un alto friso de madera de color caoba, el crepúsculo agonizaba interminablemente. Poco a poco se desvanecían los contornos de los veladores y de la estantería, cargada de botellas, y a la débil claridad callejera que tamizaban las cortinillas rojas del escaparate y de la puerta, el cinc del mostrador fulgía en la obscuridad siniestramente, tal que la hoja ensangrentada de un cuchillo.

Sentados en un rincón y ante una mesa donde campaba, semejante a un minarete, una botella medio vacía, Lozano y Barrantes platicaban. Eran ambos de pobrísimas carnes y de muy aventajada estatura, y sobre el zócalo tenebroso sus semblantes descoloridos y sus manos descarnadas tenían al moverse una emoción de aguafuerte. Sus voces resonaban con elocuencia monótona en el silencioso local, y Agustina les atendía, distraída y risueña, los codos apoyados en el reborde del mostrador. Pedro Barrantes era más alto y diez años mayor que su camarada; iba completamente rasurado y tenía la tez morena y el cráneo anguloso, calvo y enérgico. Alberto Lozano, alfeñicado, encorvado, con el rostro seco y las orejas transparentes, llegaba al último grado de la tuberculosis. Vestía un gabán harto usado, de color claro, y cubría sus cabellos rubios un chambergo negro de amplias alas. Un bigote dorado y frondoso le cortaba el semblante, blanco y muy distinguido. Parecía un d'Artagnan joven.

Todas las tardes, al principio, los dos poetas discreteaban afectuosamente. Luego las libaciones producían en ellos efectos opuestos. Barrantes, tan ecuánime siempre, se exaltaba, complacíase en torturar a Lozano explay[...] espíritu visiones espeluznantes, y su voz solemne vibraba honda, conminadora y profética. Un deseo cruel de «hacer daño» le enardecía; Lozano trataba de resistir, pretendía hablar, tosía, manchaba de sangre su pañuelo y al cabo sus ojos azules se arrasaban en llanto. Con complacencia insana, el autor de *«Delirium trêmens»* mofábase cáusticamente de la gloria y de la vida, y anunciaba a su camarada su próximo fin. Como víboras, los vaticinios más horripilantes se retorcían venenosos sobre sus labios delgados, ennegrecidos por el humo y el alcohol. Pálido, el mirar errático, Barrantes dejaba caer en el local tenebroso, estoico y mudo, palabras terribles.

—Pronto finarás tu vida, miserable Lozano—decía—y el rumor de tus pasos desfallecerá en el eterno silencio. ¡Nadie te llorará, infeliz, y la tierra fría, al mismo tiempo que tu carroña, cubrirá tu nombre de olvido!...

Estas frases, enunciadas apausadamente, parecían quedar flotando en el aire.

La voz empavorecida y débil de Lozano, replicaba balbuciente:

—Tú también morirás, Pedro... y el desdén de todos caminará invisible detrás de tu cadáver...

—¡Ciertamente!—rugía entonces apocalíptico su colocutor—¡pero yo no soy como tú! A mí la gloria no me interesa, y a ti, sí. Eres tan mentecato, que te preocupa lo que de tu grotesca insignificancia pueda decir el prójimo. Y lo más gracioso... ¡ja... ja... ja!...—continuaba riendo sardónico—es que el mundo nunca se ocupó de ti... ni siquiera sabe que vives. ¡Coplero vil... cerebro orgulloso y vacío!... ¿A título de qué pretendes escalar las cumbres de diamante del Triunfo?...

Alberto Lozano no contestaba; se lo impedía el dolor con que, sabiamente, Barrantes iba oprimiéndole la garganta; sus párpados aún estaban secos, pero las lágrimas agolpadas tras ellos los enrojecían, y bajo el bigote mosquetero, románticamente altivo sobre las arruinadas mejillas, el labio inferior pendía mustio, blanco...

El hablar lento, inclemente y cavernoso, de Barrantes, proseguía empavorecedor:

—Yo soy fuerte porque la celebridad no me interesa; la desprecio. ¿Ves?... Yo escupo sobre ella—y escupía soberbio y teatral.—Pero tú, no... ¡Pobre reptil!... y esclavo misérrimo, te prosternas ante la gran Liviana para besar sus pies. ¡Te odio, Alberto Lozano... o, mejor dicho, te desprecio con asco profundo—agregaba descargando en la mesa una palmada resonante y ahuecando el robusto vozarrón flagelador—y ganas me dan de escupir sobre tu cabeza también; porque eres un cobarde... porque no tienes alma... y todo lo que parece vivir en ti está podrido ya...

Acobardada, desmoralizada, la víctima de aquellas cóleras inocentes y repentinas, suplicaba:

—Pedro... calla, Pedro... ¿Por qué me atormentas así?...

—¡Bebe, mujerzuela!—ordenaba Barrantes dándole el ejemplo—no te defiendas contra el vicio que roe tus entrañas y te lleva, como de la mano, [...]mún, donde Rafael Delorme,

Alfonso Tovar y tantos otros hermanos nos esperan. Los gusanos que les devoraron nos aguardan también, a ti y a mí. ¡¡Pronto te picarán en los ojos... y los sentirás correr por tu piel... y bullir en tu vientre moviendo las colitas, así... así!!...

Ya borracho y poseído de una absurda necrofilia, Barrantes reía mientras Lozano, vencido, se echaba a llorar.

— ¿Lloras, menguado?...— continuaba aquél. — ¿Y por qué?... ¡Morir!... ¡Bueno! ¿qué te asombra?... ¿qué te asusta? ¿Hay nada más natural que morir?... ¡Bebe, imbécil!... ¡Busca en la ruin escoria de tu corazón un poco de dignidad y brinda conmigo!... ¡Levanta tu vaso!... Brindemos, Alberto, por la fosa común; tengo ansia de ella; yo la quiero, la deseo, como pudiera desear a una mujer. La fosa anónima adonde tú irás antes que yo, es el lecho seguro de los que nunca tuvimos lecho; el refugio cierto de los malditos expulsados de todas partes por la miseria...

Lozano, automáticamente, se llevaba su vaso a los labios, lloraba, tosía, y el vino, a juzgar por los visajes que hacía al tragarlo, debía de saberle a hieles.

A veces, Agustina interrumpía el fúnebre diálogo, horrorizada:

— ¡Calle usted ya, don Pedro!... ¡No haga usted sufrir más a su amigo!...

— ¡Es malo, señora — gemía Lozano llevándose su pañuelo a los ojos; — este hombre es malo!...

Pero don Pedro replicaba, inflexible y campanudo:

— No se apiade usted de él, señora Agustina; déjele usted llorar... Esas lágrimas que ahora vierte serán las únicas... ¡las únicas!... que han de caer sobre el silencio de su fosa.

Después, humanizado repentinamente, Pedro Barrantes decía a su amigo algunas frases de consuelo, Lozano enjugaba sus lágrimas y cogidos del brazo, para sostenerse mutuamente, a la vez bufos y trágicos, se marchaban los dos.

Una tarde, a la hora de costumbre, Barrantes llegó a la taberna de Agustina, preguntando por Lozano.

— No ha venido — le respondieron.

— ¡Es extraño! — exclamó el poeta con aire reflexivo; — dos días hace que no le veo. ¿Dónde puede esconderse?... ¡Es muy extraño!...

Barrantes echaba de *menos a su víctima.*

— Acaso huya de usted. Como le hace usted pasar tan malos ratos...

— No, no es eso — afirmó don Pedro; — a él le gusta que yo le haga llorar; se ha acostumbrado.

Pidió una botella de vino y sin prisa, como quien espera, comenzó a beber. A intervalos, desde la obscuridad que le envolvía, se le oía murmurar:

— ¿Dónde andará ese desgraciado?

Aquella noche Pedro Barrantes se emborrachó solo.

Al siguiente día sucedió lo mismo; y al otro... Agustina y don Pedro se miraban consternados; nunca hubieran creído que el lugar que Lozano ocupaba en la taberna fuese tan grande.

— Debe de estar enfermo — declaró ella.

— Tal vez — replicó Barrantes — porque yo fuí ayer a su casa de huéspedes, y la patrona me dijo que ya no habitaba allí; por falta de pago le había despedido...

Transcurrieron dos días más, y Barrantes soñó que Alberto Lozano había muerto. Los detalles de lugar y de hora que daban verosimilitud a su pesadilla, y de los cuales se acordaba clarísimamente al despertar, le emocionaron hasta sugestionarle. Este sueño, minucioso y preciso como una realidad, ocupaba su espíritu y, arrepentido quizás de sus crueldades para con Lozano, no hablaba de otra cosa.

— Soñé — me decía — que Alberto Lozano caminaba, solo, por la calle de Alcalá. Veo, como ahora te veo a ti, su silueta flaca, de hombros enfermos, su gabancillo de color claro, su sombrero negro, de alas caídas; y también me parece oir el andar suave, tímido, de sus pies... Era de noche, y hacía un frío intenso; debía de helar. El reloj de La Equitativa señalaba las dos. Cerca de la esquina de Fornos, Lozano saludó a un señor, desconocido para mí. — Alberto que tosía y estaba palidísimo, le dijo: — «Estoy muriéndome; no he cenado y no tengo dónde dormir». Aquel individuo, de facciones borrosas y enlutado, no parecía de este mundo y me causaba miedo. Caminaron los dos, ya sin hablar, por la calle de Sevilla y entraron en la de la Cruz. Pasada la calle de Espoz y Mina subentraron en una taberna, tomaron asiento ante un velador y pidieron dos copas de aguardiente. Apenas bebió la suya Lozano, con ambas manos se tapó los ojos cual si la luz le molestase; un instante permaneció así. Luego sus codos resbalaron sobre la mesa, y sin un quejido, cayó de bruces, muerto...

El relato de Barrantes — hablaba y accionaba muy bien — nos calofriaba, y para aliviarle de su obsesión todos le prometimos «buscar a Lozano», que sin duda estaba enfermo.

Un día, Pedro Barrantes, que gustaba de lanzar noticias sensacionales y truculentas, dió por reales y sucedidas todas las peripecias de su ensueño a Miguel Sawa, redactor a la sazón de «*El País*». Miguel Sawa, estupefacto y asustado, publicó la noticia, dedicando a la desaparición del poeta malogrado un bello artículo.

Semanas después Sawa y Alberto Lozano se encontraban en la Puerta del Sol. El asombro del primero fué indescriptible. Los dos camaradas se abrazaron.

— ¡Barrantes me aseguró que habías muerto! — exclamó Sawa — y a propósito de ti, despidiéndote, escribí una crónica. ¡Perdóname!...

Refirióle los pormenores del sueño de Barrantes, y Lozano rompió a llorar.

— ¡Pedro es un criminal! — balbucía, — ¡Pedro quiere verme enterrado!... Cuando yo acabe, di que fué él mi asesino...

Esta emoción, ¿agravaría la dolencia mortal del poeta?... ¿No le sugestionaría, no gravitaría sobre su mezquina voluntad como una orden?

Una noche de aquel mismo invierno, a las dos — la hora de agorería en que cantan los gallos — Alberto Lozano, a quien la fiebre infundía energías, las manos en los bolsillos del endeble gabán, el sombrero derribado sobre una oreja, los azules ojos brillando como brasas en el cérico livor del semblante, paseaba su desamparo por la calle de Alcalá. Frente a Fornos saludó a un amigo, vestido de negro como aquel misterioso personaje que fué a encargarle a Mozart una misa de «Requiem»...

— Estoy muriéndome — confesó Lozano; — apenas puedo sostenerme de pie; no me he desayunado aún y no tengo dónde dormir.

El otro repuso:

— *Vámonos a cenar...*

Por la rúa de Sevilla enderezaron sus pasos hacia la de la Cruz; y fué allí, ante el velador de una taberna — de la misma taberna que soñó Pedro Barrantes — donde Alberto Lozano cayó muerto.

EDUARDO ZAMACOIS

De Olivos y Victoria

Niñas que tomaron la primera comunión en la iglesia parroquial el día de la fiesta patronal.

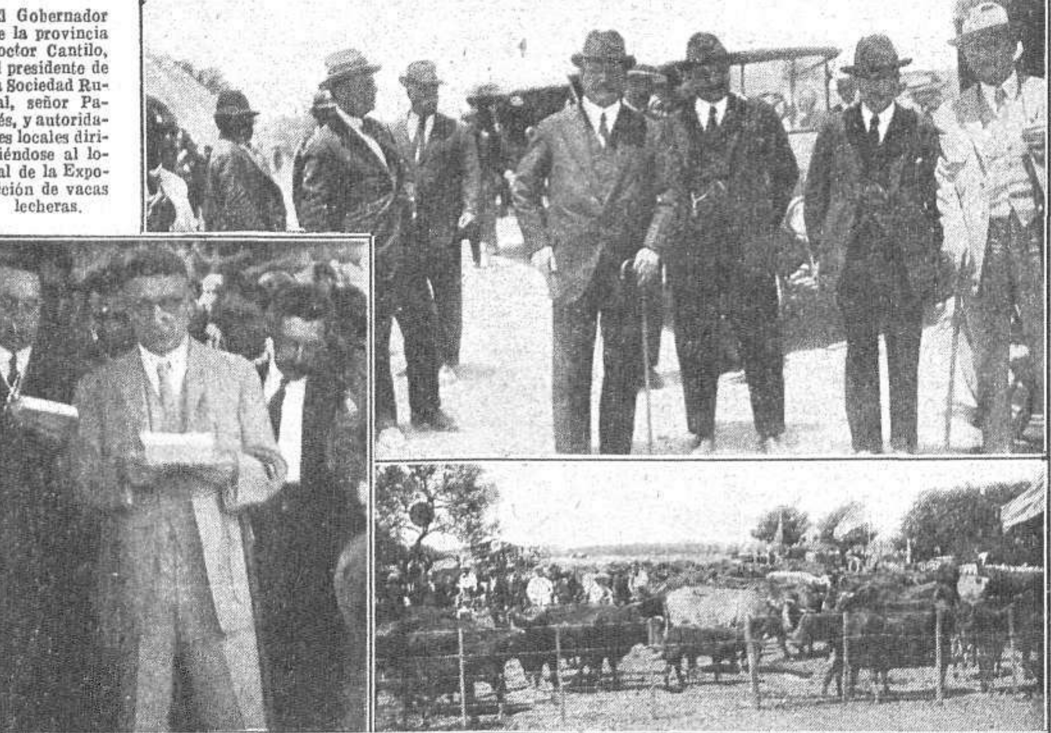


La tradicional procesión del Excelso Patrono Jesús, en el Huerto de los Olivos.

La Comisión organizadora de la función teatral que se llevó a efecto en el teatro-cine "Las Familias", para allegar recursos con que elevar un monumento a la memoria de Valentín Bellicini, recuerdo de sus compañeros de taller.



KODAK VEST POCKET
KODAK DE BOLSILLO
Autográfica
Sumamente práctica. Obtiene fotografías perfectas tamaño 4 x 6 ½ centímetros.
KODAK Vest-Pocket con objetivo menisco acromático .... $ 25.-
Con objetivo rápido rectilíneo .... $ 30.-
Gemelos Prismáticos Zeiss
"TURACTEM"
Gran luminosidad. 8 aumentos. Para deporte y viaje.
Diámetro eficaz del objetivo, 24 mm.
Con estuche en cuero fuerte, provistos de correas
$ 160.-
ANTEOJOS y LENTES
Para cualquier defecto de la vista. Exactamente los que su médico receta.
REVELACION DE PLACAS Y PELICULAS
IMPRESIONES
AMPLIACIONES



El Gobernador de la provincia doctor Cantilo, el presidente de la Sociedad Rural, señor Pagés, y autoridades locales dirigiéndose al local de la Exposición de vacas lecheras.

El Presidente de la Sociedad, diputado señor Pagés, leyendo el discurso de apertura.

Una vista general del recinto de la Exposición en la que se exhibieron ejemplares muy notables.







El incesante engranaje que rige los *acontecimientos* más brillantes de la alta vida mundana, parece que fuera deteniendo poco a poco su velocidad: aquél su continuo girar se ha hecho tan pausado, que podríamos creer en una tregua serena y apacible, a pesar de haberse fijado ya la apertura de la *season* oficial a orillas del mar...

Todo Buenos Aires — tal como se decía en otros tiempos *Tout Paris* — ha abandonado la gran ciudad para instalarse en el brillantísimo Biarritz nuestro... y, sin embargo, las crónicas transmitidas desde aquella luminosa región, o las impresiones personales y muy sinceras de alguna corresponsal mía, aseguran que sólo se disfruta ahora del «lever de rideau» que antecede al suntuoso y brillante espectáculo acostumbrado. Las estrellas de primera magnitud no han aparecido aún, por más que se contemple fijamente el «cielo empalidecido por el atardecer, o aterciopelado por la noche...» y si seguimos el pensamiento del poeta, podríamos añadir también que, «cuando el contemplador de ese cielo baja los ojos a la playa, se siente como extraño en su Biarritz tradicional: figuras nuevas, nombres nuevos, vida regular... No hay más que esperar con fe plena; y entonces han de renovarse y sucederse los cuadros de aquella vida deslumbradora. Por ahora, sólo es dado contemplar el desfile de las siluetas uniformadas por el traje blanco y negro, ceñido al cuello por la sarta de valiosas perlas, o por las cuentas de cristal, tan ajustadas como un cilicio de nueva invención, porque el lujo, o el *chic*, consiste ahora en desdeñar la ostentación de las perlas o cuentas más menudas del collar, y hay que anudarlas cuidadosamente sobre la nuca...

Mientras tanto, en las lujosas Villas, cerradas aún a las miradas indiscretas de los que anhelan vivir de la vida ajena, gira el comentario en derredor de las brillantes figuras mundanas que llegan, y darán realce a determinados *circulillos*; se comentan también las últimas noticias de la vida de nuestras hermosas compatriotas, transplantadas y aclimatadas por completo en el extranjero... No falta, entonces, quién censure el que se derrochen rentas realmente fabulosas en ambiente tan ajeno al nuestro, sin provecho alguno para el progreso social de nuestro país... Tampoco falta por desdicha, quién asegure que *los* y *las* privilegiadas de la fortuna, deben *vivir su vida* donde más les acomode...

Y el tema del día se presta, como es natural, al análisis de los indiferentes, sobre el destino de la fortuna que se encierra hoy entre las finas manecitas de la bellísima figura femenina que ha resuelto rehacer su vida tan lejos de nosotros...

La vida nos reserva siempre ese género de sorpresas, por más que nuestro afanoso vivir, nuestra lucha incesante, puedan sugerirnos ideas, y hasta sentimientos de egoísmo; es preciso convenir en que la inclinación sentimental impera sobre todas las conveniencias, sobre todas las objeciones. Merced al cariño verdadero — hoy, lo mismo que en aquellos viejos tiempos en que el Príncipe Gigante y la Princesa Liliput con sólo mirarse intensamente, llegaron a nivelar su diferencia de estatura, — toda distancia se abrevia, se suprime... y para conquistar a una de esas bellísimas princesas de leyenda, dueñas de fabulosas riquezas, basta a veces una apuesta y arrogante figura varonil, una cabellera renegrida, una mirada penetrante que evoque toda la sugestión del ambiente tropical...

El romance que ofrece hoy tan amplio tema al comentario de los indiferentes, o de los más allegados, vive sus más bellas y sentimentales páginas en el cuadro grandioso de Versalles, y en los maravillosos jardines que trazara Le-Notre. A pesar de la helada brisa del invierno, la delicada y flexible silueta de nuestra bella compatriota creerá vivir las horas intensamente luminosas de los paisajes de Las Palmas o de Guatemala...

Pero la crónica llegada recientemente del extranjero, no se limita al comentario de tal o cual romance sentimental, nos transmite también la nota risueña y divertida, digna de alegre *vaudeville*...

Así refiere la extraordinaria aventura de una juvenil pareja que se embarcara recientemente para Europa, en viaje de bodas. La llegada al brumoso reino del Norte, en el que florecen la lozana frescura de sus mujeres, y el esplendor de tulipanes y jacintos maravillosos, prometía a la juvenil pareja horas de indecible encanto; con su aspecto sereno, las moradas que rodean los canales silenciosos parecían evocar toda la deliciosa intimidad de la vida del hogar, celosa hasta de la visita del forastero.

Pero era muy distinta para ellos la realidad: al desembarcar, la aristocrática parejita se vió detenida por la policía, y presa inmediatamente, a pesar de su lógica consternación, de sus airadas protestas. Horas después se descifraba el molesto enigma: en cumplimiento de órdenes terminantes, la policía del reino debía detener a una encantadora jovencita que había abandonado el tranquilo hogar, conquistada por elegante *raptor*... y era tan sorprendente el parecido de aquella hija del Norte con la interesante porteña, que ésta, al ver el retrato de la protagonista del idilio interrumpido, no pudo dominar su asombro, y aceptó gentilmente las excusas de los funcionarios que habían pecado por exceso de diligencia...

La dama duende.

Buenos Aires, Enero 22 de 1924.

SRA. FELIPA GUNOVICH SELEN DE BULE



Distinguida dama cuyo fallecimiento causó penosa impresión en el vasto círculo de sus relaciones. Dotada de las más bellas virtudes de bondad y abnegación, su sepelio constituyó una elocuente demostración de los afectos que había logrado conquistar durante su larga y ejemplar existencia.

El Zapato Ideal Para SPORT.

Cómodo
Fresco
Higiénico
Liviano
Flexible



Para Hombres, Señoras y Niños.

En venta en todas las buenas zapaterías. — Pídalos por su nombre.

ZAPATOS
"RUEDA SPORT"



VILLA SAUCE. — Concurrentes a la fiesta que se dió con motivo del padrinazgo presidencial del séptimo hijo varón de los esposos Yaner, actuando el comisario Manuel S. Mujica en representación del Presidente.

LA DICHA

El materialismo de las clases opulentas es el único condenable. La tendencia de las clases pobres al bienestar es justa, legítima y sana, desde el momento en que las clases pobres no llegarán a la verdadera santidad, que es la perfección intelectual y moral, sino por la adquisición de cierto bienestar.

Hay gentes que no conciben la dicha sino como un favor excepcional y que no apreciarían ya la fortuna, la educación, el talento, si todo el mundo los tuviera. Esos no aman la perfección por sí misma, sino la superioridad relativa; son orgullosos y egoístas. Por lo que hace a mí, yo no comprendo la verdadera dicha, sino cuando todos lleguen a ser perfectos.

No habrá dicha sino cuando todos sean iguales, pero no habrá igualdad sino cuando todos sean perfectos.

La dicha en la vida, es el trabajo libremente aceptado como un deber. Yo conservaré hasta el fin de la vida la certidumbre, la ilusión, si se quiere, de que la vida es un fruto sabroso. Los que la comparan a las rosas de Jericó, que se encuentran llenas de cenizas cuando se estrujan, colocan sus propias faltas sobre los fines de la naturaleza. No había necesidad de estrujarlas; las rosas son para que se las huela y se las admire. — ERNESTO RENÁN.

De Estación Villa Ramallo



Señoritas de la localidad que tuvieron a su cargo los diferentes kioscos durante las kermesses efectuadas en beneficio de la Sociedad Italiana "Eppur Si Muove", obteniendo grandes resultados.

PRINCESAS CAMARERAS

En Constantinopla se halla uno de los restaurantes más notables del mundo.

Sus camareras son casi sin excepción, princesas, duquesas, condesas y señoras aristócratas.

El dueño es un negro que antes de la guerra dirigía en Petrogrado un restaurante de lujo, y hoy sus camareras son refugiadas rusas que anteriormente eran clientes de dicho establecimiento ruso.

Las refugiadas llegaron a Constantinopla con poco más que la vida, obligadas a buscar trabajo, so pena de morirse de hambre, y acudieron al negro, pidiéndole ocupación. El negro aceptó las ofertas, y hoy está haciendo un gran negocio.

Algunas de las aristócratas refugiadas han encontrado esposo entre los clientes del restaurante y otras se han dedicado a las «variedades».

—Se puede ser necio teniendo talento, pero nunca teniendo juicio.

—El que se complace en oír maldecir pertenece al número de los maldecidos.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 — SOLICITEN CATALOGOS

MODELO N.° 179
Botín para varón. En gum metal negro o cabritilla charolada. Con cordones o botones.
N.° 26 al 37

$ 8.00

MODELO N.° 180
Botín para varón. En gum metal negro o color.
N.° 26 al 37

$ 8.00

N.° 26 al 37

$ 8.00



MODELO N.° 173
Botín o zapato. En gum metal color o negro.

N.° 26 al 37

$ 8.00



MODELO N.° 181
Zapato para varón. En gum metal color, negro, liso o picado. En cabritilla charolada.

N.° 26 al 33
$ 8.00
N.° 34 al 38
$ 10.00



MODELO N.° 175
En gamuza blanca o gris. En cabritilla charolada o negra. En becerro color.

N.° 26 al 33
$ 8.00
N.° 34 al 38
$ 10.00



MODELO N.° 176
En gamuza blanca o gris. En cabritilla charolada o negra. En becerro color.

N.° 17 al 20..... $ 2.—
N.° 21 al 24..... » 2.70
N.° 25 al 28..... » 3.20
N.° 29 al 32..... » 3.70
N.° 33 al 36..... » 4.50



N.° 51. SANDALIAS de cuero de color y de las mejores marcas

MODELO N.° 174
En gamuza blanca o gris. En cabritilla charolada o negra. En becerro color.

N.° 26 al 33
$ 8.00

N.° 34 al 38
$ 10.00

Para pedir cualquiera de los modelos expuestos en esta página, no es necesario cortar el dibujo: basta con indicar el número del modelo. Sírvase solicitar nuestro catálogo número 17 A, que contiene 60 modelos distintos.

El tiempo, los relojes y los almanaques



La división del tiempo es, indudablemente, una de las obras más ingeniosas del hombre. Una cosa — ¿podemos llamar cosa al tiempo? — que no se sabe cómo empezó, ni cómo acabará, el hombre la ha dividido a su talante, partiendo de una serie de hipótesis fantásticas que han acabado por ser verdades dogmáticas e incontrovertibles.

Seguramente, la mayoría de los lectores de CARAS Y CARETAS — a quienes envío mi cordial saludo de 1.º de año — usarán reloj, ese pequeño utensilio con que el hombre pretende medir la cosa más grande, la cosa que envuelve y ciñe a todas las cosas. Ya lo dice el padre Horacio: todo lo que hay bajo la tierra lo descubrirá el tiempo, y enterrará y ocultará todo lo que se ve.

El reloj, por su pequeñez en sí (me refiero a los de bolsillo o muñeca) y la enormidad de sus aspiraciones, resulta el mecanismo de más subida comicidad que ha creado el ingenio del hombre. La eternidad no tiene principio ni fin; es inconmensurable. Pero el reloj teodolito de la eternidad va marcando — cuando no se pára — la ficción divisible de las horas. Las demás divisiones — días, semanas, años, pertenecen al dominio del almanaque. El reloj realiza su función metiendo un poco de ruido, muy poco, porque siente sin duda, cierto pudor ante la grandeza del empeño confiado a su insignificancia. El almanaque, por el contrario, presenta sus afirmaciones con el más absoluto silencio. El reloj es movedizo, activo, y suele equivocarse, riesgo inherente a toda actividad. El almanaque no se mueve, y por lo tanto, jamás se equivoca. La inmovilidad del almanaque se asemeja en esto a la permanencia de lo eterno. Sólo es activo el almanaque cuando alguien sale «como vendiendo almanaques», según el dicho criollo que estoy difundiendo en España, aplicado a la manera de salir los políticos y caciques ante las espadas del Directorio. El reloj, más que al tiempo, imita a su contenido, a la vida. Se retrasa, se adelanta, se confunde, se embarulla, se descompone del todo y por fin, se pára, lo mismo que la vida que también se pára por descomposición.

Con el fin de llegar a estas dos formas de medición del tiempo, el reloj y el almanaque, los hombres han estudiado el sol, la luna, las rotaciones terrestres y toda la mecánica cósmica. La ciencia astronómica como la ciencia médica, ha progresado mucho en suposiciones. Y el fruto de toda esta gran obra investigadora nos ha dado la ilusión de saber con toda seguridad la hora en que vivimos.

Pero ¡oh, confusión! frente a los creadores de la ciencia o arte de la cronometría, otros hombres, los graves filósofos y los hondos psicólogos, buzos del mar sin orillas ni fondo del conocimiento, afirman que el tiempo no se mide con almanaques ni con relojes. Estos hombres eminentes, rectores del pensamiento universal, se han dividido en dos grandes grupos, uno sostiene que el tiempo se mide por nociones, y el otro retruca diciendo que se mensura por sensaciones. Y no hay forma de que estos dos grupos de grandes hombres se pongan de acuerdo sobre la medición del vasto campo de la eternidad. Con el respeto debido a tan egregios varones, yo me permito una tercera interpretación. ¿Cómo se medirá el tiempo en el haragán y el abúlico, exentos de nociones y sensaciones? En este caso, muy general en la burocracia, el tiempo sólo puede medirse, o mejor, calcularse al peso, por el sebo que hace el individuo en el transcurso de su vida. Esta nueva forma de interpretación del tiempo no puede comprenderse en Europa; pero sí en la Argentina, donde el dicho «hacer sebo» tiene una significación, además de crasa, claro está, sumamente descriptiva de la condición moral del indolente.

Nada tiene de extraño la división de los sabios: el tiempo es una Pampa demasiado grande para todos los agrimensores. Los dos grupos han escrito pilas de libros bajo cuyo peso abrumador crujen los anaqueles de todas las bibliotecas del Universo. Y ninguno de los dos se da a partido; que es propio de los grandes hombres mantener enhiestos los principios filosóficos. La mensura de la eternidad será un pleito tan largo como ella misma. Los pleitos se acaban cuando los abogados consumen la hacienda disputable. Los abogados de la medición del tiempo, es decir, los metafísicos, será difícil que consuman nunca la materia litigable, entre otras razones, porque el tiempo no es materia, aunque a toda ella la abarque, la cree, la destruya y la vuelva a crear, en constante proceso de transformación.

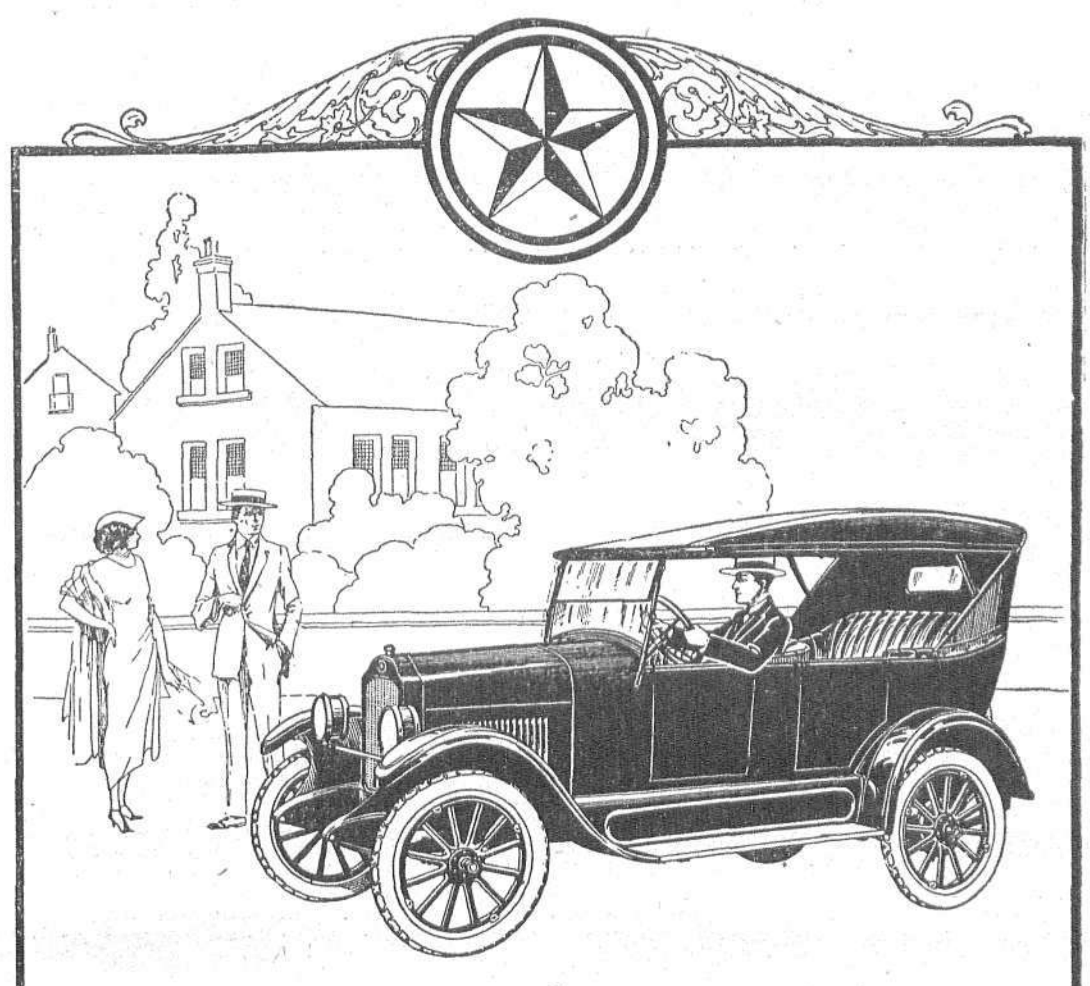
A pesar de los conceptos abstractos que lo definen; a pesar de eso de las nociones y las sensaciones, a pesar, en fin, de los relojes y de los almanaques, no sabemos lo que es el tiempo en su infinitud hacia atrás y hacia adelante. Quizá fué San Agustín quien con mayor exactitud habló sobre este magno asunto: «¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero, si quiero explicarlo, al preguntármelo alguien, no lo sé».

En la misma perplejidad que el más filósofo de los santos me hallo yo. Y como el problema puede provocarnos una neuralgia, admitamos buenamente la afirmación muda del almanaque al asegurarnos que estamos en 1924.

Aquí cabrían unos párrafos sobre cómo el año que empieza recibe del que acaba los problemas del mundo. Pero son tantos, tan complejos y arduos estos problemas, que lo mejor será entregarlos al tiempo, padre de todas las soluciones. Dice el divino Juan Pablo con su estilo incomparable: «El pasado y el porvenir se cubren con tupidos velos; pero el uno lleva el velo de las viudas y el otro el de las vírgenes.

No toquemos estos velos; uno simboliza el dolor; otro el misterio. Vivamente deseo que el destino libre a los lectores de CARAS Y CARETAS del primer velo y que al descubrirse el segundo en el año que empieza, todo les sea propicio, amable y plausible. Y puestos a concretar anhelos, formulo mis votos porque suban las vacas con los proyectos que lleva trazados desde Europa mi amigo don Prudencio Amarrete...

Francisco Grandmontagne



¡En Realidad Sensacional!

Este es el nuevo modelo Doble Faeton, Tipo Normal, de la Star Motors Inc., el auto más hermoso de su categoría.

Impresiona favorablemente desde el primer momento, sin que este atractivo sea debido a ninguna característica especial, sino más bien al armonioso conjunto producido por la esbeltez de su corte, la gracia natural de sus líneas, la presencia completa de su buen acabado y el suave ritmo de su marcha.

Sus líneas son tan modernas y elegantes como las de los automóviles de más alto precio y su perfección mecánica constituye la mejor garantía de un servicio económico y libre de contratiempos.

Se presenta, pues, a los automovilistas, la oportunidad de adquirir un auto de precio económico con todos los refinamientos que ostentan los coches de alto precio.

EL PRECIO DEL NUEVO DOBLE FAETON

TIPO NORMAL, ES DE $ **2.680.–** m/n.

IMPORTADORES:

DITLEVSEN & CIA

COCHABAMBA, 54 — BUENOS AIRES



La directora de la Escuela N.° 22, señorita Jorgelina Paz Castelltort, rodeada de sus alumnos en la fiesta dada en el establecimiento a la terminación del curso escolar.

LA MARINA DE GUERRA SUIZA

A todo el que sepa lo que es Suiza, aun cuando sólo sea por haberla visto pintada en el mapa, le chocará, si no le hace reír, el título de estas líneas. ¡Marina de guerra en un país que no tiene ejército, y, lo que es más fuerte, que está rodeado de tierra por todas partes! Sin embargo, así es; si Suiza no tiene hoy marina de guerra la tuvo en el siglo XIV.

En aquella época, el lago Lemán, cuyas verdes orillas respiran hoy paz y prosperidad, no sólo fué surcado por flota de guerra, sino que fué teatro de batallas navales entre ginebrinos y saboyanos. La flota del duque de Saboya comprendía cuatro galeras, de cuarenta o de setenta y dos remeros, armadas de espolón y con cañones de gran calibre. Ginebra no tenía barcos en un principio, pero en el siglo XVI pudo ya disponer de una pequeña escuadra que se apoderó del castillo de Chillón.

Cuando la república de Berna conquistó el país del Vaud, para defender su parte de orilla del lago, construyó dos galeras. El Gran Oso y el Pequeño Oso (el oso es el emblema de Berna), de cuyo mando se encargó un oficial francés.

A principios del siglo XVIII, todavía sostenía Berna una costosa escuadra; pero poco después ésta desapareció, siendo enteramente substituída por los pequeños barcos encargados de la pacífica misión del comercio.

LOS HEROES ANONIMOS

EL AGUADOR

Al trote de sus mulas y al son de sus cencerros
transita por las calles del pueblo el aguador,
y entre una gritería de chicos y de perros
restalla la azotera del áspero arreador.

Sus baldes generosos denuncian la sequía
que suele prolongarse desde Septiembre a Abril,
y en las ardientes horas del abrasado día
la luz, como sedienta, se posa en su barril.

Merced a sus servicios florecen los canteros,
y hay agua en las tinajas, y tienen los horneros
efímero barrito para su dulce hogar,

Y ríe jubilosa la espuma en la batea,
en tanto que en la rama más alta se asolea
la breva inaccesible que empieza a madurar.

EL MUSICO

Es zapatero y músico — y hasta quizás poeta;—
gustó en sus mocedades de chianti y cielo azul;
en él son muy frecuentes la rima y la trincheta,
los sábados ruidosos y el lírico estrangul.

Por las urbanas calles exhibe su silueta
luciendo en la solapa su clásico jazmín,
y en horas jubilosas de luna y de retreta
a todo ensueño sopla su agudo cornetín.

Anónimo, sin fama, bohemio y errabundo,
su juvenil quimera llevóle por el mundo
en pos de no se sabe qué exótica ficción;

Y hoy viejo y sin familia, sin sueños ni mañana,
transcurre blandamente su vida provinciana,
a ratos sinfonista y a ratos remendón.



EL PERIODISTA

El nombre de su diario no importa para el caso...
(«El Villaguay». «El Pueblo», «La Idea» o «La Verdad»)...
en la primera página restalla el latigazo
de su iracundo suelto contra la autoridad.

Sus fáciles tijeras divulgan algún parto
lejano y numeroso, o alguna violación,
y goza en pavonearse hablándonos del cuarto
poder y la eficacia social de su misión.

Ensarta las noticias desordenadamente:
anuncia un padrinazgo local del Presidente...
pronóstico del tiempo... tifoidea... grippe... pan...

Pedido de una mano, que es blanca comúnmente...
enfermos... defunciones, e indefectiblemente
las seis o diez personas que vienen o se van...

DANIEL ELIAS

MILAGRO DE OCTUBRE

CALLE CABILDO

La mañana rubia
se voló a la nube torva y cenicienta.
Bramó la tormenta
y vino la lluvia.

Y cuando escampaba, casi a medio día,
bajo un cielo tan alto y tan claro,
que no se veía,
presentó la calle un aspecto raro:
rosas sobre los rieles del tranvía.

CIELO DE CRISTAL

El pedazo de cielo matinal
que abarca la ventana
compendia la mañana
de oro, azul y cristal.

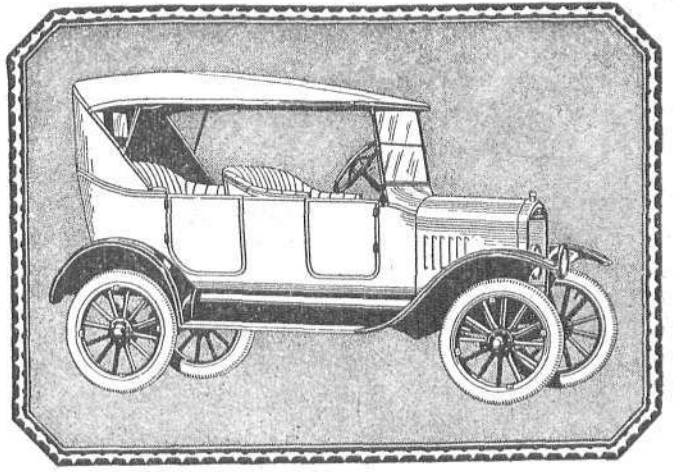
Mañana de febrero
en que repaso Historia Natural...

A ratos miro el cielo matinal
con ganas de tirarle este tintero,
para ver si realmente es de cristal.

LUIS CANÉ







DOBLE FAETON *$ 1.595*

¿Ha examinado Vd. este nuevo modelo?

El Agente Ford más cercano a su residencia está esperando su visita para presentarle el nuevo modelo doble faeton y detallarle las mejoras que trae.

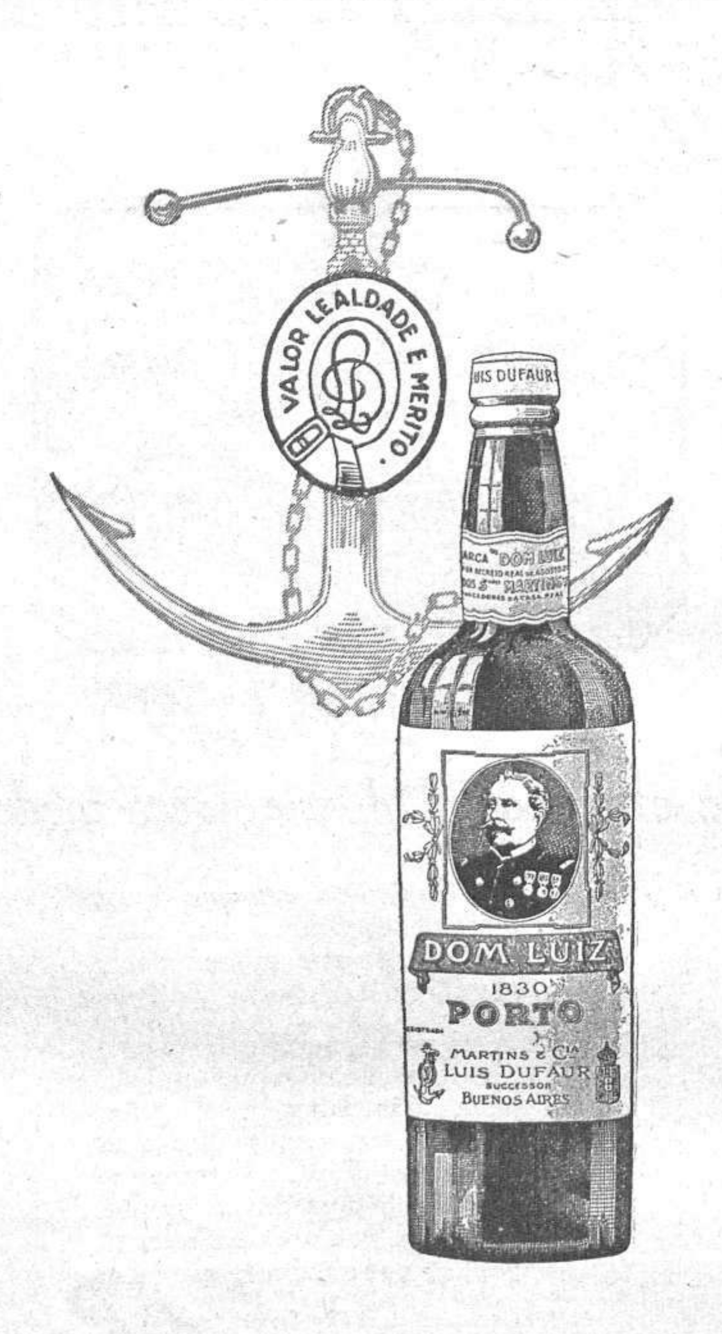
No sólo es el nuevo modelo un coche más amplio y cómodo, sino que también es de línea más larga y elegante, características éstas que, unidas a la indiscutible calidad Ford y al precio que NO HA VARIADO, han producido ya una enorme demanda, que obliga a nuestra fábrica trabajar a su máxima capacidad.

Puede adquirirse mediante el Plan Semanal de Ventas

Anote su pedido hoy mismo para evitarse demoras.



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES



Oporto DOM LUIZ

presenta un ensueño en su fino aroma, en la gracia viva de su cristalina transparencia y en su maravillosa tonicidad.

Pida usted con preferencia este delicado vino generoso.

BUENOS AIRES, 2 DE FEBRERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1322

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LA ESTACION ULTRAPODEROSA DE RADIOTELEGRAFIA

SU INAUGURACION OFICIAL EN MONTE GRANDE

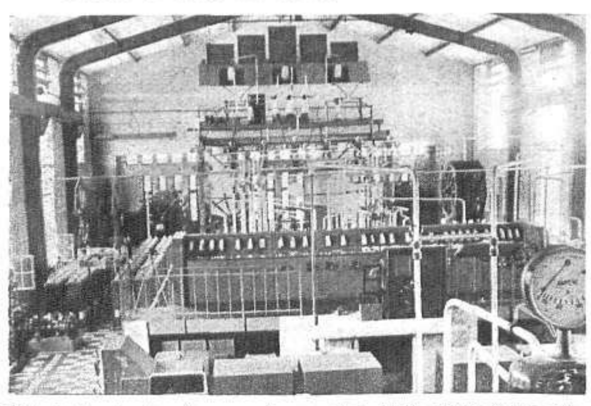
El Presidente de la República, doctor Alvear; el Gobernador de la provincia, señor Cantilo; el Ministro del Interior, doctor Gallo, y el Ministro de Marina, almirante Domecq García, dirigiéndose al lugar donde se hallan instaladas las elevadas torres de acero de la Transradio Internacional, estación que ocupa uno de los primeros puestos del mundo en su género. El Primer Magistrado envió cordiales mensajes de salutación a Norteamérica, Inglaterra y Francia, que poseen instalaciones similares. — La animada y risueña conversación que mantienen los citados personajes demuestra la natural satisfacción que les animaba al inaugurar un servicio nacional de tan importante naturaleza para el progreso del país.

FOTO. DE BELL.

LA ESTACION ULTRAPODEROSA DE RADIOTELEGRAFIA



El edificio de transmisión de la empresa Transradio Internacional, situado en Monte Grande, término municipal de Esteban Echeverria.



Vista de la potente usina general, generadora de la enorme fuerza eléctrica que nos comunica con las estaciones de Rocky Point (Norteamérica), Carnarvon (Inglaterra), Nauen (Alemania) y Saint Assise (Francia)



El Presidente de la República entrando en la oficina desde la cual fueron transmitidos los despachos a los jefes de las principales naciones del mundo.

CARRERA DE AUTOMOVILES POR LA COPA AMERICA



LA TRAVESIA DEL RIO DE LA PLATA A NADO



El nadador subteniente Luis J. Garramendy, que ha realizado la deportiva hazaña en 25 horas y 12 minutos, consiguiendo su propósito intentado anteriormente.



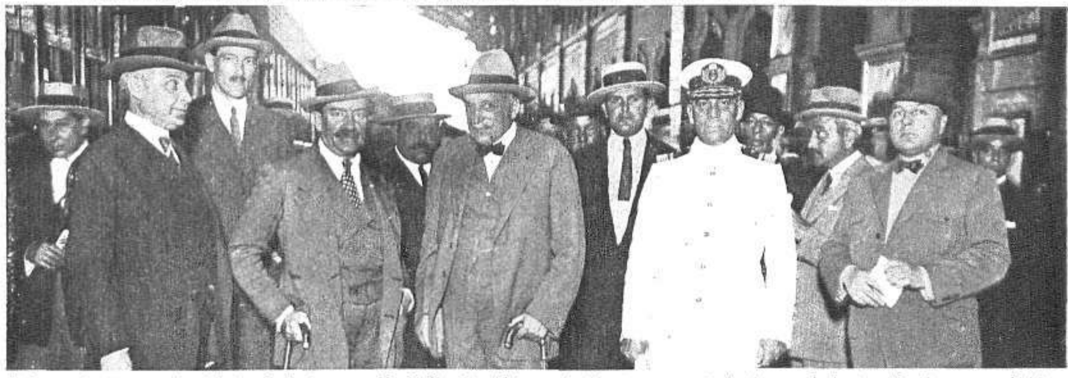
Raúl Riganti, del Moto Club Argentino, con coche Hudson, ganador del preciado trofeo en 2 horas 4' 50'' y batiendo el record precedente, señalado por Malgor en el año 1920.

RECORD MUNDIAL DE ALTURA EN AEROPLANO



El aviador Otto Ballod, que se elevó en Palomar a 6.485 metros, con 500 kilogramos de peso, superando en 493 metros el record del piloto Thierry en 1923

PARTIDA DEL MINISTRO DE AGRICULTURA PARA COMODORO RIVADAVIA



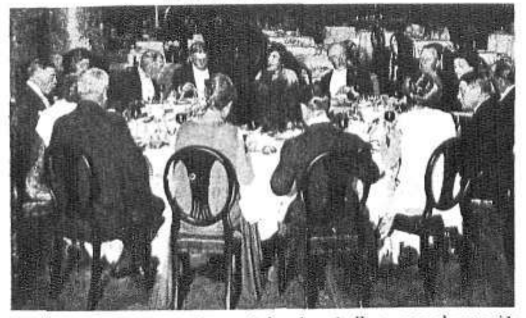
El doctor Le Bretón, el ministro de Inglaterra, Sir Balby F. Alston; el director general de los yacimientos fiscales, coronel Mosconi; el contraalmirante Fliess y el ingeniero agrónomo Carlos Vallejos, que acompañan al primero en su viaje hacia las regiones del Sur y de cuya visita se esperan importantes resoluciones para el mayor incremento de esa fuente de riqueza nacional.

EN HONOR DEL NUEVO GOBERNADOR DEL TERRITORIO DE FORMOSA



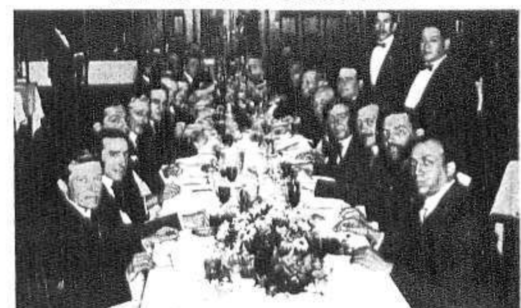
Grupo de amigos y ex-compañeros del capitán de navío Jorge Yalour, que le obsequiaron con un banquete para celebrar su alta designación, habiendo presidido el significativo acto, donde se pusieron de relieve las simpatías de que goza el obsequiado, el ministro de Marina.

DEMOSTRACION



Comida dada en honor de un núcleo de caballeros por el conocido industrial británico, Mr. Franck Henderson, miembro de importantes empresas establecidas en nuestro país, al que acaba de visitar acompañado por su familia.

EN EL CLUB BELGRANO



Jefes de servicio y dentistas agregados a los Consultorios Odontológicos Municipales que agasajaron con un banquete a los doctores Ireneo Carranza y David M. Cohen con motivo de su incorporación a la citada dependencia.

EN EL CENTRO DE ALMACENEROS



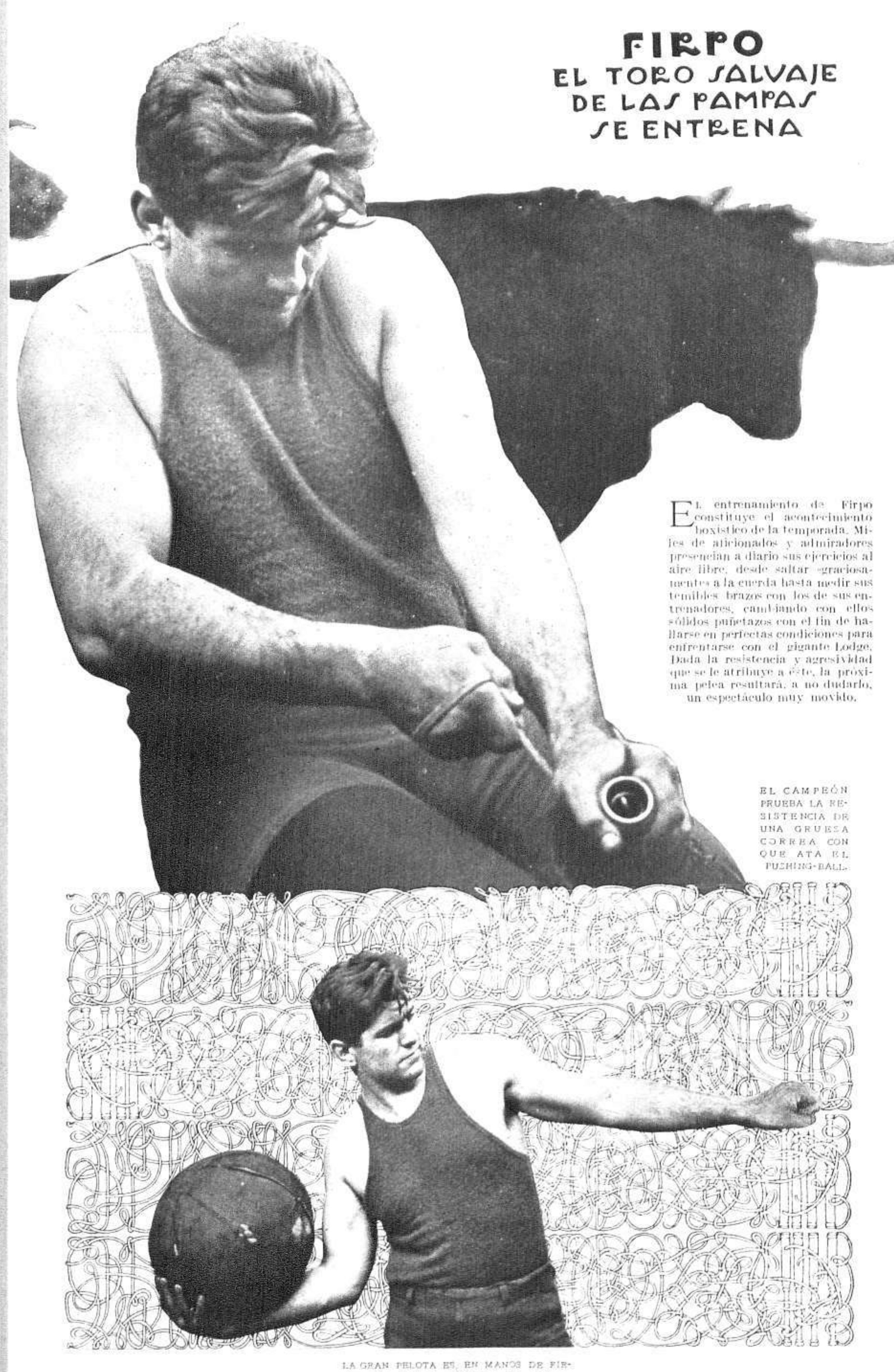
Socios e invitados que asistieron al festival efectuado para celebrar la entrega de diplomas y medallas de oro a los fundadores de la acreditada institución y a los que alcanzaron 25 años de antigüedad.

CLAUSURA DEL IV CONGRESO MUTUALISTA



Delegados de Correos y Telégrafos celebrando su última sesión en la que fueron elegidas las nuevas autoridades del Consejo de Administración para el periodo 1924 - 1926. Presidió la reunión el Director General, ingeniero Emilio Mihura.

FOTOS DE ARROYO Y BELL



FIRPO EL TORO SALVAJE DE LAS PAMPAS SE ENTRENA

El entrenamiento de Firpo constituye el acontecimiento boxístico de la temporada. Miles de aficionados y admiradores presencian a diario sus ejercicios al aire libre, desde saltar «graciosamente» a la cuerda hasta medir sus temibles brazos con los de sus entrenadores, cambiando con ellos sólidos puñetazos con el fin de hallarse en perfectas condiciones para enfrentarse con el gigante Lodge. Dada la resistencia y agresividad que se le atribuye a éste, la próxima pelea resultará, a no dudarlo, un espectáculo muy movido.

EL CAMPEÓN PRUEBA LA RESISTENCIA DE UNA GRUESA CORREA CON QUE ATA EL PUSHING-BALL.

LA GRAN PELOTA ES, EN MANOS DE FIRPO, UN SIMPLE JUGUETE DE NIÑO

LODGE
EL GIGANTESCO COW-BOY SE ENTRENA



PELEANDO CON SU SOMBRA.

DESPUÉS DE UN RUDO ENTRENAMIENTO.

EL aspecto de este pugilista, que pasa de los dos metros y que parece tallado sobre piedra, da una impresión de tremenda fortaleza y de juvenil impulsivismo, ganoso de entrar en decisiva actividad; y si sus conocimientos del ring corresponden con su figura, este ex-arriero atleta resulta a no dudarlo, un serio rival de nuestro campeón, y el tenderlo horizontalmente de un «knock», de modo que no se levante mientras el juez cuenta, ha de poner a prueba, una vez más, el «punch» formidable de Luis Angel. Ya huésped de esta ciudad en que ha de desarrollar sus facultades, este recio ciudadano del Estado de Minnesota no ha querido perder el tiempo, y en una quinta de Vicente López se ha dedicado apenas arribó a estas playas, al variado ejercicio que significa el prepararse concienzudamente para su próximo e importante combate.

EL «COW-BOY» EJERCITANDO SU ELASTICIDAD.

LUCHANDO CON UN INVISIBLE ENEMIGO.

ACTUALIDADES POLITICAS DE ROSARIO



Doctor Luciano Molinas, candidato a Gobernador por el Partido Demócrata Progresista.



Señor Fernando Pessan, que completa la fórmula proclamada por los demócratas.



Doctor Manuel Menchaca, candidato a Gobernador por los radicales opositores.



Señor Antonio Gómez, candidato a vice Gobernador en la fórmula radical opositora.



Uno de los "leaders" oficialistas, el diputado nacional Jorge Raúl Rodríguez.



Doctor Ricardo Aldao, candidato a Gobernador por los radicales oficialistas.



Señor Juan Cepeda, que forma el binomio radical oficialista.



El doctor P. Saravia, con los señores Sosa, Culacciati y Antille, cuyas gestiones de unificación del Partido Radical no dieron resultado alguno.

Diputado nacional Enzo Bordabehere, uno de los "leaders" demócratas.



El por un momento célebre Badesich, saludando efusivamente en la calle al doctor Menchaca y al señor Noriega.



Doctor Ricardo Caballero, pronunciando su discurso después de la sonada disidencia en la reunión llevada a cabo [illegible]



Don Pancho Elizalde y el señor Noriega, "ases" del grupo que votarán independientemente sus electores

DUELO DEL EX-PRESIDENTE URUGUAYO CON EL MINISTRO DE GUERRA

RESULTARON ILESOS EL DR. BRUM Y EL CORONEL RIVERÓS



El ex-primer mandatario, doctor Baltasar Brum, llegando a la quinta del doctor Veracierto, donde se efectuó el lance, con uno de sus padrinos.



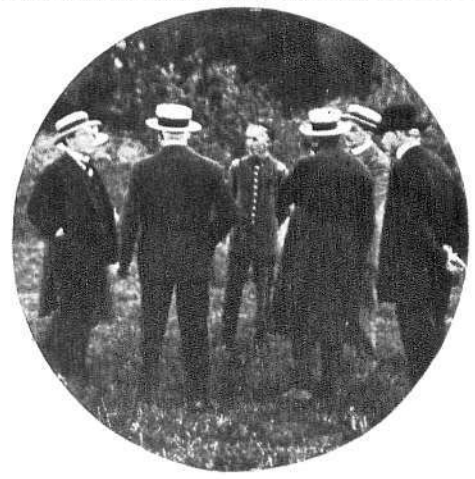
El ministro de Guerra, coronel Riverós, acompañado por el doctor Veracierto, que fué uno de los árbitros, dirigiéndose al campo del honor.



Instantánea obtenida en el momento de serles entregadas las armas, a pesar de todas las reservas de que se rodearon los protagonistas y padrinos de este duelo, cuyo anuncio causó honda espectativa en ambas orillas del Plata por la destacada situación que ocupan los contendientes, quienes no se reconciliaron sobre el terreno.



El doctor Brum, que no disparó su pistola, saludado por sus amigos después del encuentro.



Algunos de los pocos personajes que presenciaron el lance, agrupados alrededor del coronel Riverós.



El coronel Riverós, que hizo solamente un disparo al aire, esperando el fallo del director del duelo.

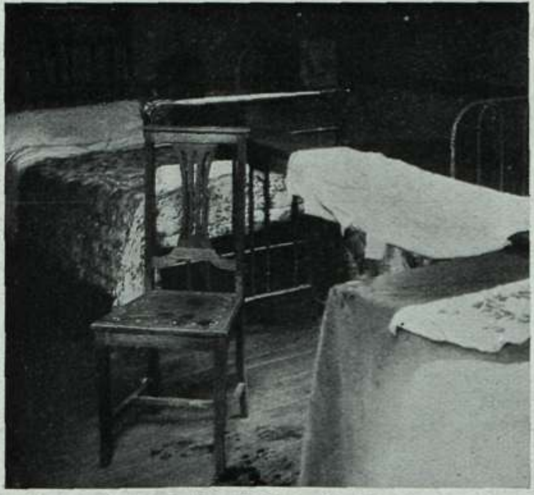
FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL

CRONICA POLICIAL

Tragedia pasional



Bernardo Clemen, el agresor y suicida.



Habitación de la casa de la calle Esmeralda 772 donde María Erna Spintler recibió un balazo en el pómulo derecho, quedando herida de alguna gravedad mientras el asesino se disparaba un tiro en la sien, falleciendo en el acto.



María Erna Spintler, herida por su amante.

Agriado e irascible de carácter debido a las repetidas pérdidas que sufría en el juego, del que era víctima, un súbdito alemán hiere a su amante, una compatriota recien llegada de su país y que vivía con su madre en la casa de pensión de ésta, donde se hospedaba el criminal. Eran frecuentes entre ambos las reyertas, y al regresar al domicilio después de haber perdido $ 200 a las quinielas, se dirigió sin decir palabra hacia la mujer y le descerrajó un tiro en el rostro, suicidándose inmediatamente, cumpliendo así una constante amenaza que venía repitiendo cada vez que sufría reveses en el juego, de la que no hacían caso los que le escuchaban y particularmente la agredida.

Dramático suceso



Guillermo Jorge Botto, autor del hecho.



Beatriz Bardón, herida de una cuchillada en el muslo.

Ofuscado porque su ex-amante se negaba a reanudar sus relaciones con él, un hombre pasional, a raíz de un incidente sostenido con ella, le hunde un cuchillo en el muslo, presentándose luego a las autoridades y entregando el arma, suceso que se desarrolló en la estación de Ciudadela, partido de San Martín.

Incidente sangriento entre cuñados



Aquilino López, muerto de cuatro balazos.



Emilio San Ses, el homicida.

Por cuestiones familiares que hace tiempo venían suscitándose entre ambos y después de una violenta disputa, sacaron a relucir sus revólveres y se cambiaron varios tiros, cayendo para siempre uno de ellos y resultando ileso el otro, que se entregó a la policía. El muerto acusaba malos antecedentes.

Furor destructivo de un demente



Urbano Ureta, el furibundo insano.

Un enagenado, evadido por tres veces del hospicio de las Mercedes, se dirige la última a su antiguo domicilio de la calle de Tacuarí, donde tuviera un almacén, y penetrando en las habitaciones del profesor de música Francisco Pardellao, lo sorprende dando lecciones a tres discípulas, y esgrimiendo una cuchilla mientras todos huían, se colocó tras del mostrador de la despensa que el huído tiene al frente, braceando con el arma en actitud amenazadora, y luego se encerró en las piezas y verificó el destrozo de que damos un gráfico detalle, siendo poco después detenido tras grandes esfuerzos y nuevamente internado.



Lamentable estado en que quedó la pieza después de la obra a que se entregó el perturbado. Un piano, un armonium, dos violines, varias estatuas de terracota, una máquina de bordar y otros objetos fueron las víctimas inocentes de su rabia demoledora.

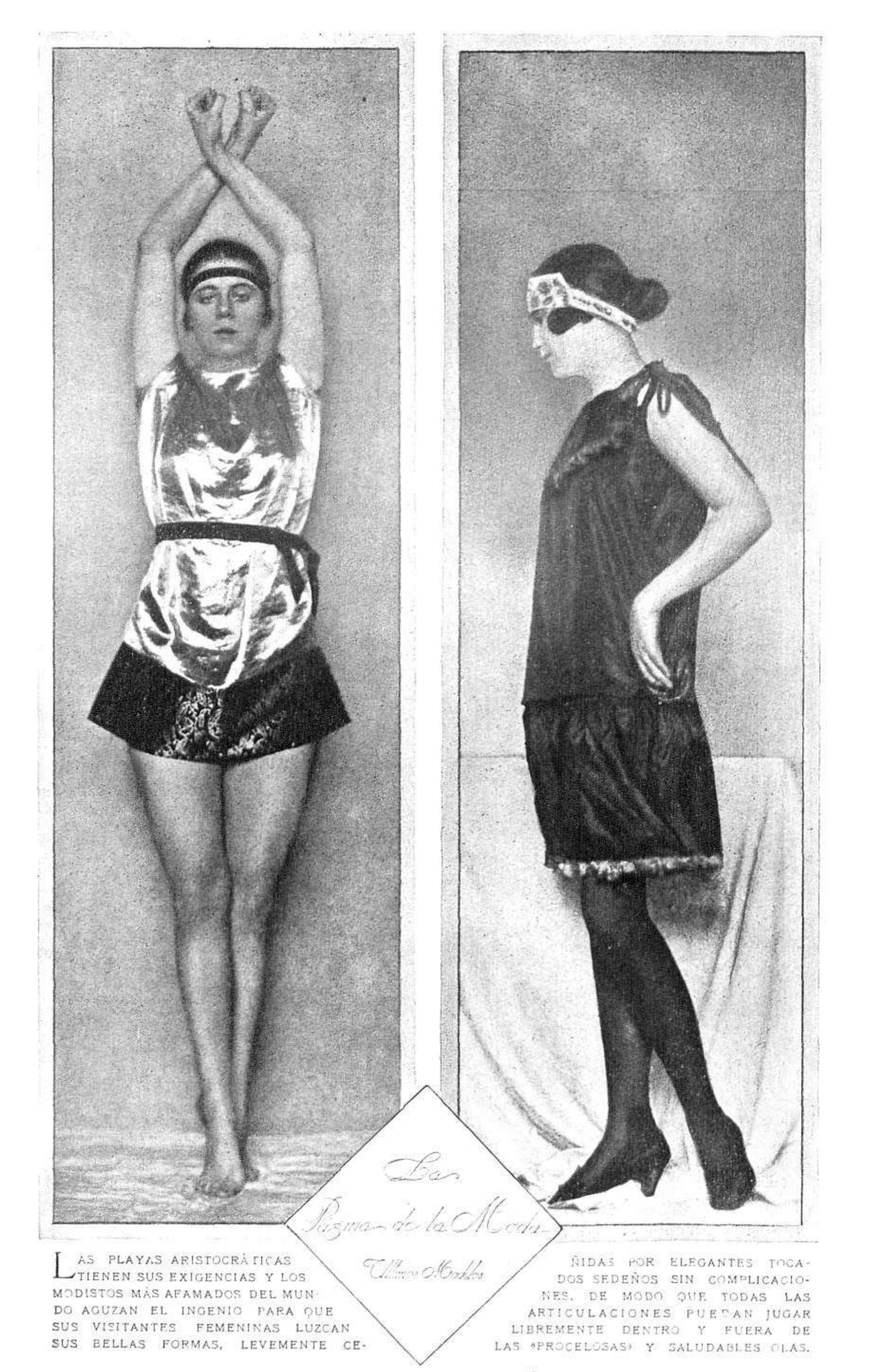


FIGURAS DE ACTUALIDAD

COMITÉ OLÍMPICO ARGENTINO

POR ALVAREZ

ANALIZAR la obra que con tanto entusiasmo realizaron en pro de nuestros deportes los cinco distinguidos caballeros que el G bierno designó para constituír el mencionado Comité, sería tarea larga de emprender; baste decir que esos nombramientos han sido recibidos con júbilo por los deportistas argentinos, abrigándose la esperanza de que la acción de ese Comité que preside el doctor Ricardo Aldao, sea un motivo de nacional satisfacción en las pró-



LAS PLAYAS ARISTOCRÁTICAS TIENEN SUS EXIGENCIAS Y LOS MODISTOS MÁS AFAMADOS DEL MUNDO AGUZAN EL INGENIO PARA QUE SUS VISITANTES FEMENINAS LUZCAN SUS BELLAS FORMAS, LEVEMENTE CEÑIDAS POR ELEGANTES TOCADOS SEDEÑOS SIN COMPLICACIONES, DE MODO QUE TODAS LAS ARTICULACIONES PUEDAN JUGAR LIBREMENTE DENTRO Y FUERA DE LAS «PROCELOSAS» Y SALUDABLES OLAS.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA

HOMBRES CÉLEBRES







Escribo esta nota biográfica para aquellos lectorcitos que andan a punto de convertirse en lectores. Los chiquilines no la comprenderán; pero vosotros, simpáticos lectorcetes, podéis hacérsela entender a los pibes conocidos vuestros. Sería una buena obra, pues la vida de Edgardo Allan Poe (pronunciad Po) constituye una lección importante.

Poe nació en Boston, el 19 de enero de 1809, quedando huérfano de padre y madre a los seis años. A esa edad comienza para él la lucha contra la mala suerte. Un matrimonio sin hijos a quien el pequeñuelo había conquistado gracias a su travesura inteligente y a su belleza, le adoptó. Juan Allan y su esposa mimaron demasiado al pequeñín sin comprender que esta equivocada conducta había de perjudicarle. En 1815 Allan se trasladó a Inglaterra llevando a su hijo adoptivo, al cual puso en un colegio donde le enseñaron francés, latín y matemáticas, distinguiéndose por

su gran inteligencia. Cinco años después regresaron a Richmond y allí terminó Edgardo sus estudios de primeras letras, ingresando luego en la universidad de Charlottesville. Como estudiante se conquistó en seguida la admiración de sus catedráticos y compañeros. Sin embargo, se dice que su conducta fuera de las aulas fué pésima. Jugaba y bebía contrayendo deudas que Allan pagó hasta que, cansado, hizo regresar a Richmond al turbulento muchacho. También se distinguió por sus aficiones y maestría en los deportes.

Por lo que yo he visto en mi vida estudiantil y por las noticias cinematográficas que tengo de las universidades norteamericanas, supongo las diversiones en que anduvo Poe, a quien Allan y su esposa no regateaban nunca la plata.

Edgardo se disgustó con su padre adoptivo y se fué a Boston donde publicó su primer volumen de versos, *Tamerlán y otros poemas*, bajo el seudónimo de *Un Bostoniano*. La mayoría de las composiciones, según dijo Poe en el prefacio, fueron hechas antes de los catorce años.

Unos biógrafos aseguran que Poe marchó a Petersburgo para sentar plaza entre los voluntarios que luchaban por la independencia de Grecia, y que en Francia fué herido; debiendo a una señora escocesa su curación y los recursos necesarios para regresar a Norteamérica. Otros dicen que sentó plaza de soldado en un regimiento de artillería, prestando servicio en un fuerte de Carolina. Sus jefes le querían por su talento y buena conducta y le dieron el grado de sargento primero.

Días después de morir su cariñosa madre adoptiva fué Poe a Richmond llamado por Allan. Créese que la última voluntad de la buena mujer consistió en pedir a su esposo que se reconciliase con el hijo pródigo. Allan facilitóle los medios para ingresar en la Academia Militar de West Point. Allí brilló por sus facultades extraordinarias para las matemáticas; pero fué expulsado en 1831 por su indisciplina. Reñido de nuevo con Allan, que, sin embargo, le señaló una pensión, trasladóse a Baltimore para vivir con la viuda Clemm, tía de Poe, y con su prima Virginia.

En 1833 ganó el primer premio de un concurso que había organizado una revista, con el magnífico cuento *Manuscrito encontrado en una botella*.

Al año siguiente murió Allan sin dejarle a Poe nada en el testamento. El genial autor vivía penosamente colaborando en algunas revistas. Kennedy le hizo entrar en el *Southern Literary Messenger* («Mensajero Literario del Sur»), de Richmond, cuyo tiraje aumentó de 700 a 5.000 ejemplares merced a sus artículos admirables. En 1836 contrajo matrimonio con su prima Virginia, abandonando al poco tiempo el puesto en la revista para irse a Nueva York.

Se ganaba difícilmente el pan colaborando en revistas de poca importancia, y en 1839 imprimió dos volúmenes de su célebre obra *Cuentos de lo grotesco y de lo arabesco*, sin conseguir reunir dinero. En 1841 fué nombrado director del *Graham's Magazine*. Esta revista imprimió 8.000 ejemplares de su primer número y 40.000 a los tres meses. Al cuarto mes... Poe renunciaba a su cargo, por una cuestión de amor propio, infundada, según dicen algunos biógrafos. ¡Vaya usted a saber! Colaborando en la publicación que él había enriquecido seguía ganándose la vida. Buscaba inútilmente empleo en oficinas del Estado y trató de fundar una revista propia, *Stylus*.

Para huír de la miseria fué a vivir a Filadelfia y luego otra vez a Nueva York. Una revista le publicó *El Cuervo*, poema inimitable de sombría y original belleza.

Entonces se hizo famoso y ganó bastante más dinero sin llegar a ser rico. Sus críticas literarias le proporcionaron muchos enemigos. Virginia, su cariñosa y dulce compañera murió en 1847. Desde aquella desgracia Poe se embriagaba con frecuencia. Al año siguiente publicó *Eureka, poema en prosa*. Este hermoso libro fué el último destello de su prodigioso genio. Murió el 7 de octubre de 1849.

Fué el fundador de la novela científica y de la novela policial, géneros en los cuales inventó personajes y aventuras que otros han imitado después sin llegar a superarle.

Un amigo canaliesco, Griswold, escribió la biografía de Poe acumulando calumnias. Desde entonces la fama de borracho acompaña al infeliz poeta. Millares de hombres que se emborrachan o se emborracharon se complacen en denigrar a Poe, en vez de hablarnos de su maravillosa obra.

Las poesías, novelas, cuentos y estudios que escribió no ofenden a la moral verdadera ni a la moral de los simuladores. Puedes leer sin peligro el verso y la prosa del borracho.

Muchos que permiten a las nodrizas y niñeras contar cuentos terroríficos a los pequeñuelos, o contárselos ellos mismos a sus hijos, aseguran que las narraciones de Poe son malsanas. No les lleves el apunte.

Tenía Poe una imaginación prodigiosa y razonaba como pocos hombres enemigos del alcohol saben razonar. Sus relatos conmueven e instruyen.

Todos los literatos deben estarle agradecidos, porque él ensanchó los horizontes del arte y enseñó muchísimas cosas a los del oficio. Hay quienes han ganado miles plagiándolo descaradamemte.

Niño: acuérdate de lo que hubiera tal vez llegado a ser Edgardo Allan Poe si el alcohol y la desgracia no le hubiesen perseguido encarnizadamente. No bebas nunca; pero hazte pagar lo mejor posible tu trabajo.





EL CASO DE LOS SIETE ENEMIGOS

Era una cosa extraña en mí, entrar en la librería de viejo de Alpin Stone. Desde que la conocía sólo había pasado por aquella puerta un par de veces.

En aquella ocasión fuí a hacer una compra y sólo porque supuse que Alpín lo deseaba, me quedé allí. Debo confesar, sin embargo, que Alpín, contra lo que era de esperar, no me prestó mucha atención, y se puso a revolver los índices y anotaciones que ocupaban una gran parte de la estantería. Contenían aquellos apuntes la obra de toda su vida y un índice general de crímenes cometidos en todas las edades, clasificados, anotados con indicaciones propias y científicamente dispuestos y comentados.

Alpín tenía la teoría de que la criminología era una ciencia exacta y podía ser estudiada como se estudia la biología o la botánica. Sostenía que los crímenes pertenecían a especies, familias y clases, como las flores, y que estudiando sus índices cualquiera podía resolver un asunto criminal, lo mismo que puede hallar una flor extraña e identificarla por sus características.

Mientras yo estaba observando a Alpín, entró en la tienda un hombre alto, de buena presencia, con el rostro afeitado y de cabello blanco. Instantáneamente lo reconocí. Era el Gobernador del Estado y yo me levanté de mi asiento como una muestra de respeto. El me saludó.

— ¿Está el señor Stone? — preguntó.

Alpín se volvió para decir al reconocer a su visitante:

— ¿Cómo, Gobernador, usted por aquí? ¿Qué le trae a mi casa?

— Alpín — respondió el Gobernador sombríamente. — Ha ocurrido una cosa extraordinaria.

— ¿Sí? — dijo Alpín.

— Voy a poner a prueba sus teorías.

—¿Por qué? — respondió Stone.

— Porque — prosiguió el Gobernador, — no existe otro hombre capaz de ayudarme y en quien pueda confiar.

— Siéntese entonces y hable — prosiguió Alpín con esa brusca y excitante manera de hablar que es tan peculiar en él cuando se interesa por un asunto.

Considero que es un verdadero vicio en Alpín la necesidad de investigar algún crimen, periódicamente. Tiene eso para él el atractivo de ciertas drogas. Puede pasar sin ello un plazo más o menos largo, pero al fin cae, y realmente se embriaga hasta quedar dominado por completo.

— Este señor es mi vecino Jenkins y puede hablar delante de él — exclamó Alpín.

El Gobernador me observó un instante, hizo un gesto de asentimiento y luego tomó una silla. Yo, a mi vez estudié su rostro con gran interés y me sentí agradablemente impresionado. Comprendí en seguida porqué gozaba de grandes simpatías y que todo un Estado confiara sus destinos a semejante hombre con preferencia a otro. Lo que me admiré, en realidad, fué que pudiese tener enemigos, y que un puñado de seres, muy pocos verdaderamente, lo odiasen con la misma fuerza con que él los odiaba a ellos.

Con aquella franqueza y seguridad que empleaba en todas sus acciones, el Gobernador abrió una cartera y sacó de ella una fotografía, que entregó a Alpín en silencio. Alpín la contempló detenidamente y luego levantó la mano derecha hasta la cabeza y se acarició los cabellos.

— ¡Abijah Bennett! — exclamó, entregándome la fotografía.

Representaba ésta a un hombre de edad, afeitado, de cejas grandes y espesas y mirada fría; su mandíbula era fuerte y su boca ancha y de labios delgados. Pero lo que me llamó la atención no fué la fotografía en sí, sino una marca que tenía hecha con tinta roja a la altura del pecho.

Abijah Bennett, director del «Correo» — el más importante diario de la oposición en el Estado, — era un hombre que había dedicado todos sus esfuerzos a desacreditar y destruír la vida política del Gobernador.

— Ayer — dijo este último — fué mi cumpleaños. Esta fotografía llegó hasta mis manos entre el correo de la mañana y con ella estas líneas.

Y entregó a Alpín una pequeña hoja de papel en el que, escritas a máquina, se leían estas palabras: «Un regalo para el aniversario de su nacimiento».

— Sí, — dijo Alpín.

— Anoche — continuó el Gobernador — supe, en forma confidencial, que Abijah Bennett ha desaparecido.

— ¡Excelente! ¡Espléndido! ¡Notable! — exclamó Alpín.

El Gobernador frunció las cejas, pero continuó:

— Como usted sabe, Bennett es mi peor enemigo. Me ha jugado pasadas muy amargas. Públicamente ha declarado que no hay vida política que resista un minucioso examen y que muy pronto iba a revelar algo que anularía toda mi obra.

Alpín asintió con un movimiento de cabeza.

— Hace dos días — continuó — recibí una carta suya anunciándome que había encontrado mi punto vulnerable. «Al fin lo tengo» — me decía en su carta. — Hechos, pruebas, «todo lo necesario para hundirlo». Ese era su deseo...

— ¿Qué era lo que había encontrado? — preguntó Alpín.

— Lo ignoro. Desde que recibí la carta he hecho un examen de mi actuación en política... No encuentro nada que me haga temer.

— No es bastante — dijo Alpín.

— ¿Qué quiere decir?

— Que el mundo está siempre más dispuesto a creer una mentira que la verdad, y una mentira bien preparada es casi imposible de destruír.

— Ya ve usted — añadió el Gobernador — me ha instigado para que yo cometiese un crimen...

— Sí, y alguien lo ha cometido; — com-

pletó Alpín. — Es esta una peligrosa e incomprensible combinación de acontecimientos.

—Eso me parece a mí — confirmó tranquilamente el Gobernador.

—¿Cuándo desapareció Abijah Bennett?

—Nadie lo sabe. Su desaparición se ha mantenido en secreto aun para la policía... según creo... Hoy se conocerá esa historia.

—¿Pero su diario de la mañana no ha publicado nada? — preguntó Alpín.

—En absoluto.

—En ese caso debemos suponer que las pruebas conque amenazaba servirían de garantía a sus denuncias y han desaparecido con él.

—Lo mismo opino — dijo el Gobernador.

—Esto tiene todas las características de un complot — dije yo.

—Alpín estudió mi rostro durante un momento.

—¿Cree usted, entonces, que Bennett ha tratado de dar motivo para que el Gobernador cometiese un crimen, y hacer creer tal cosa, desapareciendo?

—Exactamente.

—Confieso — dijo el Gobernador, — que a mí se me ha ocurrido también algo por el estilo.

Alpín sacudió la cabeza.

—Eso es muy inocente — dijo. — Debemos pensar en algo más profundo, hay una cosa muy extraña en todo esto. Algo inexplicable. Tiene su origen en algo de emoción puramente humana, no en una mera enemistad política. Tenemos que explorar los motivos ocultos que dominan el alma de los hombres... Motivos que acaso sólo los cielos pueden comprender... Podemos afirmar, por el contrario, que Abijah Bennett no tiene nada que ver en su propia desaparición.

Alpín permaneció sentado y en silencio, pasándose frecuentemente la mano por el cabello.

—La marca hecha con tinta roja es muy significativa — exclamó. — Se usa rara vez cuando se señala una cosa sola... Por el contrario, si se usa para una lista...

—¿Usted cree?...

Alpín asintió.

—¿Que pueda formar parte de una lista?...

El Gobernador estaba visiblemente aterrado. En sus ojos se notaba una gran ansiedad; su boca se hallaba fuertemente cerrada al extremo que los labios formaban una línea delgada.

—¿Piensa usted?... ¿Cree que esa lista esté formada por mis adversarios?

Alpín asintió.

—Eso es lo que temo. Tenemos aquí un doble problema... Descubrir quién es el que ha planeado el delito... y proteger a los demás a quienes amenaza el golpe... Oigame... Piense bien antes de contestar... ¿No hay «nada» en su vida que pueda dar origen a esos asesinatos?

—¿Usted sospecha de mí?

—No es que yo sospeche. Abijah Bennett era su enemigo. Le ha ocurrido una cosa y su fotografía con una marca roja le ha sido enviada a usted... Supongamos que eso llega a conocerse... ¿No pensarán todos que acaso sea usted el asesino, o por lo menos el instigador?... Supongamos que uno, dos... media docena de sus enemigos desaparecen... ¿Cuál será el resultado?... Piense, Gobernador... Supongamos que esos hombres que desaparecen han estado asociados en algún acontecimiento de su vida, algo que pueda traer descrédito o desgracia para usted... En ese caso, ningún poder humano podrá salvarle de tener que hacer frente a una acusación de asesinato... de tratar de conservar un secreto valiéndose de la mano de un oculto asesino.

—He pensado, Alpín. Durante horas enteras he estado repasando mi vida. No soy ni mejor ni peor que el resto de los hombres, pero la fortuna me acompañó siempre. No he tenido tentaciones que me hayan hecho cometer grandes errores... No recuerdo ninguno... Acaso mi conducta no haya sido siempre correcta... He demostrado valor, unas veces... Debilidad, otras... Habré sido débil cuando hubiera debido ser fuerte... Pero nunca, nunca tengo idea de haber hecho voluntariamente daño a hombre o mujer alguna, ni haber violado las leyes de Dios o de los hombres.

Y las palabras aquéllas, pronunciadas con toda sinceridad, reflejaban una indiscutible certeza.

—Sólo queda entonces que me facilite usted una lista de los hombres que le odian... Escriba los nombres en el orden de su encarnizamiento.

El Gobernador pensó un momento y luego se puso a escribir. La lista contenía seis nombres.

Alpín la leyó, la grabó en su memoria y luego hizo pedazos el papel.

—Ahora a trabajar. En cuanto reciba usted la fotografía de cualquiera de esos hombres me avisa. No me diga en el mensaje más que, número uno, dos, según ocupe uno u otro lugar... Y no haga nada, Gobernador. No hable del asunto a nadie, ni aun a su esposa... y espere.

—¿Y usted?

—Haré cuanto me sea posible hacer. Hasta la vista, Gobernador. — Le tendió la mano y mirándolo cara a cara, agregó: — Tenga fe.

Cuando el Gobernador hubo partido, Alpín se volvió hacia mí.

—Es un buen hombre, un gran hombre. Habrá habido personas bien intencionadas en su labor, pero yo no recuerdo ninguna que lo supere. Trabaja serena e incansablemente en bien de la humanidad. Si la suerte permite que realice su obra, su nombre será escrito entre los grandes benefactores.

En todo el día no hice más que pensar en aquel extraño rompecabezas de fotografías, desaparecidos y marcas rojas. Me preocupaba la suerte corrida por Abijah Bennett y me preguntaba si pertenecería aún al mundo de los vivos. La pregunta me fué contestada por los diarios de la tarde, al publicar una noticia que causó gran sensación.

El cuerpo de Abijah Bennett fué encontrado por un grupo de excursionistas en uno de los más apartados rincones del parque. Había recibido una puñalada en el cuello y como detalle singular agregado al crimen, en la frente tenía una marca hecha con tinta roja.

Antes de cumplirse las veinticuatro horas del hallazgo del cadáver, el Gobernador telegrafió a Alpín y de acuerdo con lo convenido el mensaje sólo tenía un número. El tres. El número tres de la lista que Alpín conservaba en la memoria, de los seis enemigos más activos del funcionario. Correspondía la designación al multimillonario Gregorio Sharp, propietario de compañías de gas y electricidad y jefe del gran sindicato que luchaba por apoderarse de las enormes fuentes de fuerza hidráulica del Estado.

—¿Habrá sido prevenido? — pregunté a Alpín.

—Los seis estarán avisados — respondió. — Pero guardias, vigilancia y precauciones, no han de servir para nada con la clase de hombre que considero yo es el asesino.

—¿Qué clase de hombre es? — pregunté.

—Un hombre fuera de lo usual — dijo Alpín, haciendo un gesto con la boca.

—¿Supone entonces?...

—Sé — exclamó. — Cuando ese asesino envió al Gobernador la fotografía de Gregorio Sharp, éste estaba ya, puede decirse muerto.

—¿Y usted piensa, Alpín, que este asesino pueda encontrar cinco víctimas más?... Hombres que estarán vigilados y protegidos... ¿Cree usted que a despecho de todo pueda darles la muerte?

Alpín sacudió la cabeza afirmativamente.

— Es cosa sumamente fácil prender a un centenar de criminales, y no lo es evitar un asesinato cuando el que lo va a cometer está resueltamente decidido a ello, obsesionado por el extraño e incomprensible motivo que lo impele al delito.

— ¿Y supone usted que sea todo obra de un hombre?

— Un solo cerebro... Acaso varias manos.

— Alpín. ¿Usted ha reflexionado bien en lo que puede ocurrirle al Gobernador si varios de sus conocidos enemigos son asesinados con una diferencia de pocos días? Nada podrá salvarlo de las sospechas...

— Nada — asintió Alpín.

Ya era tarde aquella noche. Pero, no obstante, Alpín Stone me hizo levantar de la cama para referirme las noticias. Pasamos a mi biblioteca y llamó al teléfono. Después de un momento, el soñoliento encargado de la central respondió, y Alpín le dió el número de la casa de Gregorio Sharp. Pocos minutos después le contestaban y yo le oí decir.

— ¿Está en su domicilio el señor Gregorio Sharp?... ¿Acostado?... ¿Quién es usted?... Sí... Vaya en seguida a su habitación y cerciórese de que está en la cama... Haga lo que le digo sin preguntarme nada... Es cuestión de vida o muerte. Si está acostado que se levante y venga hasta el teléfono... «¡Haga lo que le digo!»

Alpín volvió la cara hacia mí mientras esperaba la respuesta y yo pude notar por un ligero temblor de su mandíbula y por la extraña luz que algunas veces vi brillar en sus ojos, cuán importante era la crisis por que pasaba. Parecía otro hombre completamente distinto a mi vecino el librero. Estaba cambiado como un hombre que sufre los efectos de alguna poderosa droga estimulante.

Le vi escuchando atentamente. Su rostro había adquirido un tinte grisáceo.

— ¡Demasiado tarde! — murmuró.

— ¿Cómo? — pregunté.

— He oído un grito... — Colgó el tubo del teléfono. — ¡Venga! — exclamó.

Pasamos de mi casa a la de Alpín y éste penetró en su garage. Inmediatamente partimos a toda velocidad atravesando las obscuras calles en el pequeño automóvil con que Stone realizaba sus trabajos. Así llegamos hasta el bulevar que iba a lo largo del lago, donde se encontraban casi todas las residencias de los millonarios. No nos detuvimos hasta hallarnos frente a la gran puerta cochera que daba acceso a la enorme mansión donde residía Gregorio Sharp.

Alpín hizo sonar la campana en forma insistente. La puerta se abrió y apareció un sirviente a medio vestir, que demostraba un gran asombro. Alpín, sin prestarle mayor atención penetró en el vestíbulo exclamando.

— ¡Pronto!... Llame a alguien que tenga alguna autoridad en la casa.

— ¿Quién es? — preguntó una voz desde el piso superior.

— Alpín Stone.

— Yo debía comunicarme con usted en seguida si... Si ocurría algo — dijo un joven que bajó a nuestro encuentro. — Soy el secretario del señor Sharp. Y añadió con voz temblorosa: — ¿Cómo sabe usted?... ¿Por qué ha venido aquí?

— ¿Ha muerto? — preguntó Alpín, sin prestar atención a las preguntas del otro.

— De una puñalada en el corazón.

— ¿Tiene una señal roja en la frente?

— Sí.

— Vamos a verlo — agregó Alpín.

Subimos hasta el amplio dormitorio donde, sobre un lecho — que no hubiéramos podido pagar ni juntando nuestro dinero Alpín y yo — estaba Gregorio Sharp. No tenía más que una sola herida, que debía haberle sido causada en forma rápida y violenta, pues su rostro estaba tan tranquilo como si la víctima estuviese durmiendo. Unicamente, como detalle significativo, se notaba en la frente la marca roja.

Alpín revisó la habitación. El asesino no había dejado huella alguna que pudiera descubrir la sagacidad de mi amigo. Había llegado, mató y desapareció. Eso era todo. Era inútil quedarse allí y partimos.

A nuestro regreso a casa, Alpín estaba silencioso. Llevó el automóvil al garage y cuando yo me disponía a retirarme, colocándome una mano sobre el brazo me detuvo.

— Jenkins — dijo. — Este asunto está fuera de todos los métodos ordinarios. Sin recurrir a una acción extraordinaria, nos veremos obligados a ser


El Gobernador estaba visiblemente preocupado.

simples testigos de otros cinco asesinatos, y de lo que acaso tiene una importancia mayor, de la destrucción de la obra de toda la vida de otro hombre, cuyos resultados pueden ser de gran utilidad para sus semejantes.

— Sí — me limité a decir.

— Si pudiéramos adivinar adónde va a ser asestado el próximo golpe... Yo no puedo vigilar personalmente a cinco personas distintas.

— No.

— Si yo pudiera dirigir el golpe... Si hubiera algún medio para inducir al asesino a elegir su próxima víctima en el hombre a quien yo deseara... entonces haría algo...

— Es posible — dije. — Pero eso no es cosa fácil.

— ¡Quién sabe!... Pudiera ser... Yo tengo alguna experiencia... Tendiendo una trampa...

— ¿Qué se le ha ocurrido?...

— Cuando se cazan tigres en la India — continuó como siguiendo una idea — atan un corderito entre los matorrales...

Yo permanecía en silencio, conociendo, como conocía, la forma de desarrollar las ideas de Alpín. De pronto comenzó a hablar más claro. Se quitó el sombrero, pasó la mano por sus cabellos y me miró fijamente.

— Jenkins — exclamó de pronto. — ¿Se ha visto usted alguna vez frente a un gran peligro?

— Nunca — respondí. — Mi vida ha sido tranquila.

— ¿Afrontaría usted un grave riesgo? — me preguntó.

— No puedo decir ni que sí ni que no. Todo hombre cree que tiene valor.

— ¿Quiere usted ser el cordero que yo coloque como cebo?

— No le entiendo...

— ¿No? Jenkins. Yo no puedo inducir a ese asesino a que elija de entre las cinco víctimas la que yo deseo, pero sí puedo atraerlo hacia una sexta persona... Puedo llamar su atención hacia usted...

— ¡Hacia mí!

— Exactamente. Si tiene usted el valor necesario para sacrificarse, confiando plenamente en mí...

— Hablemos claro... ¿Qué es lo que se le ha ocurrido?

— Supongamos — y no podemos abrigar otra hipótesis — que el matador está matando para el Gobernador, libertándole de peligrosos enemigos. Suponiendo esto, es razonable creer que si aparece un nuevo enemigo más inmediatamente peligroso que el resto, éste ha de ser elegido como la próxima víctima.

— Así lo creo yo también.

— Y si yo soy el que lo elige, lo vigilo estrechamente y espero, llegaré a verme frente al criminal.

— Sí.

— Jenkins. Yo no puedo garantizarle en absoluto que lo protegeré contra ese hombre, pero haré todo lo posible... Tenemos la ventaja de estar alerta los dos... ¿Quiere usted exponerse... por el Gobernador?

— ¿Esperar en la trampa?... ¿Prestarme a ser blanco para ese puñal? ¿Ofrecer mi frente para una de esas trágicas marcas rojas?

— ¡Teniéndome a mí al cuidado!...

Comprendí entonces lo que quería. No me sentía muy inclinado a correr el riesgo, pero comparando mi vida con la del Gobernador comprendí lo insignificante que sería mi muerte si se podían destruir los planes tramados contra el valioso hombre público... y no dudé. Alpín me defendería... Sólo a causa de un accidente, un descuido o si el asesino tenía un poder sobrenatural, moriría...

— Alpín — exclamé. — Estoy resuelto.

— ¡Perfectamente!... Su esposa no está... Su casa ha quedado sola...

— Sí.

— Vamos entonces.

Eran las diez de la mañana, una hora poco atrayente. Alpín llegó con su automóvil y nos dirigimos juntos a las oficinas del «Morning Transcript», uno de los más importantes diarios matutinos. Alpín subió las escaleras y entregó su tarjeta. Inmediatamente un joven nos condujo a presencia del director.

— ¡Bangs! — exclamó Alpín después de los saludos de práctica. — ¿Usted es amigo del Gobernador?

— Siento por él un verdadero afecto — respondió Bangs.

— Lo que tengo que manifestarle es un profundo secreto y me ha de dar su palabra de honor de que mientras viva no lo revelará. Tengo que comunicarle algo que es para el Gobernador más que su propia vida... ¿Me da usted su palabra?

— Sí.

Entonces Alpín refirió todo al periodista y pude observar el enorme efecto que aquello produjo a Bangs.

— Alpín Stone — exclamó éste. — Me ha referido usted una de las más interesantes historias del periodismo actual.

— Lo sé — contestó mi amigo tranquilamente. — Y lo siento por usted, ya que no puede darse a la publicidad...

— Nunca — dijo Bangs. — ¿Pero qué quiere usted de mí?

— Deseo que publique algo de lo que yo le daré las líneas generales y usted procurará darle importancia...

— De acuerdo...

Alpín manifestó su plan de hacerme aparecer como cebo para atraer a la fiera... y el periodista le escuchó en silencio.

— Por supuesto que yo tendré la exclusividad en el asunto — dijo cuando Alpín cesó de hablar. — Usted no manifestará nada al respecto a ningún otro diario. — Luego, sonriendo, añadió dirigiéndose a mí. — Creo inútil decirle, señor Jenkins, que envidio la parte que va usted a tener en el asunto.

Llamó y dió algunas órdenes a un joven que se presentó.

— Cambie la información del día a la página tres... Voy a escribir algo importante que ha de ir en la primera página.

— Muchas gracias por todo — exclamó Alpín cuando quedamos solos los tres.

Una hora después las gigantescas máquinas estaban en marcha. Montañas de papel penetraban en las enormes bocas para salir impresas con las noticias de todo lo sensacional ocurrido en el mundo. Pero nunca me produjo un diario el efecto que me causó aquél, porque la historia que contenía me hacía aparecer como el más implacable y el más peligroso de los enemigos del Gobernador.

Se decía allí que yo estaba en posesión de cartas, ocultas durante muchos años; cartas que llevaban la firma del gobernador y que demostraban, sin dar lugar a dudas, que era traidor a su partido, a sus ideales y al pueblo que confiaba en él.

Me pintaba en una forma poco atrayente. Esas cartas — decía el diario — las iba a hacer públicas yo al siguiente día, que venía a ser una especie de «Aniversario de odio».

— Nadie ha visto las cartas — decía el artículo. — El señor Jenkins no quiere dejarlas de la mano... Se afirma que duerme con ellas bajo la almohada.

Alpín y yo leímos aquello, con gran satisfacción él, y yo con cierta intranquilidad. La publicidad me contrariaba. Yo gozaba de cierta reputación como un ciudadano honrado y retraído y no me agradaba ser conocido bajo aquel aspecto... y correr cierto peligro de muerte.

Alpín me miró.

— Ya no hay forma de retroceder — me dijo. — No queda otro recurso que esperar.

—¿Dónde estará usted? — pregunté con verdadero interés.

— ¡Alerta! — respondió Alpín. Y salió de la habitación dejándome solo.

Le oí que partía, y al verme aislado en mi biblioteca me asaltó un verdadero miedo. Estaba ya en la trampa, atado, tembloroso, esperando el zarpazo del tigre. Era inútil que pensara tranquilizarme con la idea de que la situación no era desesperada, y creo que si hubiera pensado en lo que iba a pasar... no acepto el plan. Sin embargo, ya no me quedaba otro recurso que esperar el desarrollo de los acontecimientos... y esperé.

Alpín Stone me había prometido poner en práctica todos sus recursos para protegerme. No podía darme una seguridad absoluta y admitía que había peligro dada la calidad del adversario.

La campana de la puerta de calle sonó. Alpín me había dicho que no fuese a abrir ni admitiese a nadie. Pasado un tiempo prudencial volvió a oirse insistentemente el llamado. Luego oí el ruido de unos pasos que se alejaban.

¿Dónde estaba Alpín Stone? Hubiese dado la mitad de mi vida por ver su rostro, por oir el timbre de su voz.

Consulté mi reloj una y otra vez. Cinco minutos tenían para mí la duración de una hora; dos horas representaban un día entero. Oía el rumor del tráfico callejero, el taconeo de los transeuntes, los chicos que corrían gritando... El mundo se mostraba ajeno a mi situación y aquello me parecía incomprensible porque yo consideraba que todo debía estar pendiente del resultado del experimento. El reloj que estaba sobre la chimenea dió diez campanadas. Las diez de la mañana... Seguramente que no podía haber peligro a una hora semejante.

Tomé un libro y me puse a leer. Gradualmente, como no ocurriese nada, me fuí interesando en la lectura. Acaso leí durante media hora. De pronto un ruido suave, lento, me hizo ponerme de pie. Quedé aterrado e incapaz de emitir el menor sonido, porque allí, a menos de diez pies de distancia vi a un hombre que tenía un revólver en la mano. Cómo entró, lo ignoro, pero si sé que estaba allí.

¡El momento difícil empezaba!

— Sea lo suficiente juicioso para no intentar hacer ruido ni llamar a nadie — me dijo.

Su rostro quedó fotografiado en mi imaginación instantáneamente. Puedo cerrar los ojos y recordar hasta el menor detalle de aquella cara. Era un hombre de cierta edad, no robusto, completamente afeitado. Sus cabellos eran grises y el tinte de su tez singularmente pálido. Pensé al momento que no denotaba en su aspecto ninguna de las características de los criminales. Por el contrario, parecía un hombre culto. Casi tenía el aspecto de un hombre de ciencia. Sus ojos eran claros y de mirada inteligente. Todo en él tendía a formarse una impresión favorable de su individuo.

— Hubiera preferido encontrarlo dormido, señor Jenkins — dijo. Y aun en aquellas extraordinarias circunstancias aquello sonaba como una singular cortesía. Mientras hablaba me observó con un gesto de conmiseración.

— Usted parece un hombre honrado... pero no lo es. Usted ha mentido, posiblemente haciendo un esfuerzo para destruír la reputación de un gran hombre que trabaja para beneficio de toda la humanidad. Sin duda tiene usted sus razones para ello... Pero ha sido usted sentenciado y yo elegido para ejecutar la sentencia.

¿Dónde estaba Alpín Stone? ¿Por qué había desaparecido en el instante en que era más necesario?

— ¿Para ejecutar la sentencia? — repetí con voz ronca. — ¿Qué quiere usted decir?

Miró a su alrededor.

— Estamos solos — dijo — y no hay miedo de que nos molesten. Hemos arreglado todo para ello. Usted va a morir y por eso tiene derecho a que le explique porqué. Esa información no podrá usted revelarla.

— Sí... Sí... — exclamé sin saber que decir y rogando al Todopoderoso que Alpín Stone interviniese cuanto antes.

— Hay en el mundo — comenzó — dos grandes



Piense usted, señor Jenkins, en qué estado se hallaría hoy el mundo si...

grupos de ideas. Uno mira al mundo y a sus habitantes como una propiedad y como instrumentos que pueden ser utilizados en beneficio propio para enriquecerse, para producirles placer o engrandecimiento. A ese grupo pertenecen los hombres de fortuna, hombres pobres, hombres ignorantes y hombres sabios. No son una clase como la definen ustedes los socialistas. Es el gran partido de los egoístas... ¿Hablo con claridad?

Yo asentí con un movimiento de cabeza.

— ¡Quédese quieto!

Su voz se tornó áspera, amenazante, y yo caí sobre la silla casi sin fuerzas.

— El segundo gran partido — prosiguió — está compuesto por los que juzgan que el mundo está formado para un beneficio común; que los ricos, los favorecidos por la Naturaleza están indicados para realizar la obra del mejoramiento de la vida de todos aquellos que pueblan la superficie de la tierra. Está formado por aquellos que creen, no solamente que los hombres deben conducirse en forma de no perjudicar a los otros, sino que deben destruír a todo el que dificulta toda acción que conduzca a un manifiesto beneficio. Ese es el grupo de los altruístas. Todos los partidos políticos, las agrupaciones filosóficas, pierden su poder ante esas divisiones. Por esa razón subsisten sólo los egoístas y los altruístas.

— Pero — comencé a decir venciendo mi nerviosidad. — Pero... ¿qué tiene todo eso que ver con mi anunciada ejecución?

Los egoístas están organizados no como un conjunto sino en forma separada. Son una potencia. Pueden crear o destruir de acuerdo a su conveniencia. En el caso presente su ambición exige la destrucción del Gobernador. La organización y el poder pueden ser dominados, únicamente, por la organización, el poder y el terror. Desde los primeros tiempos, el trabajo de los egoístas ha sido la destrucción de aquellos que llegan a ser las primeras figuras en la obra altruísta. Para una persona educada no son necesarios los ejemplos. Piense usted, señor Jenkins, en qué estado se hallaría hoy el mundo si Budha, Jesús, Manú, Sócrates, etc., hubieran sido «protegidos»; ¡protegidos para llevar a cabo su obra!

— ¡Protegidos! — exclamé.

— Por una organización fuerte para salvarlos de la calumnia y del asesinato. Esa organización era inevitable y ya existe. En cada país del globo existen actualmente «Los Protectores». Son hombres fieles ligados por sagrados ideales, prontos a dar su vida y su alma, si necesario fuese, para salvar al mundo al salvar la gran obra de los benefactores, a fin de que las personas, como el Gobernador, realicen todos sus propósitos.

— ¿Y recurren al asesinato?

— A cualquier medio — respondió. — ¿Qué supone la vida de un hombre o de un millar de ellos comparada con el resto de la humanidad? ¿Qué es el alma de un hombre contra la de los millones diseminados por la tierra?

Hizo una pausa.

— Yo — prosiguió; — soy un simple instrumento de «Los Protectores». ¿Usted quiere destruir a un hombre? Los Protectores lo salvarán, y el que debe morir es usted.

— ¿Pero, y Alpín?... ¿Dónde estaba Alpín?

— ¿Acaso quiere usted que le conceda un breve plazo para hacer sus oraciones?

— ¡Verdaderamente era aquél un extraño asesino!

Cerré los ojos un instante. Estaba decidido a no morir plácidamente, sin hacer un esfuerzo para salvar la vida.

Aquel hombre se encontraba parado a media docena de pasos de mí, apuntándome con su revólver al estómago. Me contraje para saltar sobre él. Era preferible morir combatiendo que en una forma de cobarde resignación.

— ¿Está usted dispuesto? — preguntó gravemente. Ví cómo pasaba el revólver a la mano izquierda y tomaba con la derecha un agudo y fuerte cuchillo.

Había llegado el momento. Me disponía a saltar, pensando en cómo terminaría aquello, cuando alguien habló desde la puerta. ¡Era Alpín Stone!

— ¡Un momento! — gritó.

Mi verdugo giró sobre sus talones. No sé porqué razón, pero instantáneamente noté un fuerte olor a cloroformo. El hombre, intentó decir algo, llevó las manos a sus ojos y en dos saltos Alpín estuvo sobre él. Yo corrí en su ayuda.

De pronto el desconocido cedió. El valor lo había abandonado y al aflojársele las piernas, quedó sostenido por nosotros. Lo tendimos en el suelo y quedó allí estremeciéndose en forma extraña. Sus labios se movieron.

— He mentido — dijo con voz apagada. — No existe tal organización... No hay tales protectores.

Dominando el olor del cloroformo llegó hasta mi nariz otro de almendras amargas.

Alpín me miró y sacudió la cabeza.

— ¡Acido prúsico! — dijo. — Llevaba una ampollita de vidrio para un caso extremo... Ha muerto...

Me arrastré, más que caminé hasta una silla y caí sobre ella, extenuado.

— ¿Ha oído usted lo que me dijo?

— He oído.

— ¿Qué era? ¿Canalla, loco, mentiroso?

— Estaba tan cuerdo como usted o yo... En cuanto a mentir... Hasta sus últimas palabras han sido una mentira.

— Entonces... ¿Usted cree?

— Estoy convencido — respondió Alpín Stone.

Luego se aproximó al muerto y de entre sus ropas extrajo algunos efectos, entre ellos una cigarrera de plata, que, a simple vista no difería en nada de las comunes, pero después de examinarla minuciosamente, Stone la abrió, sacó unos cigarrillos que había en ella y tocando un pequeño resorte que se encontraba disimulado, dejó al descubierto un pequeño hueco en el que había un papel, en blanco al parecer.

Alpín lo contempló al trasluz, luego lo calentó un poco con la lumbre de su cigarro, y no tardó en aparecer mi propio nombre que había sido escrito con tinta simpática, debajo había una dirección y otro nombre, cuya lectura hizo sonreír a mi amigo. Era uno de los de la lista.

Pocos días después el misterio quedaba aclarado con la detención del señor Craxton Weir, en cuyo domicilio se hallaron pruebas evidentes de la criminal maniobra en que era secundado por la persona a quien Alpín Stone había dado muerte cuando se disponía a borrarme a mí de la lista de los vivos.

Enemigo irreconciliable del Gobernador, Craxton Weir trató de liquidar a los que pudieran hacerle alguna sombra en el momento de su triunfo. Haciendo recaer la sospecha de esos delitos en el Gobernador, conseguía su descrédito y su derrota en las próximas elecciones en que se presentaría él, como candidato a la jefatura del Estado... Pero la habilidad de mi amigo hizo fracasar tan siniestros planes para bien de todos, y Weir pagó su culpa, como la había pagado ya su cómplice.

C L A R E N C E B. K E L L A N D

Página Infantil

Hilda Nelly Canicoba

Lisandro Décima de la Torre

María Elvira Díaz Romero Carboni



HOLANDESES

ÓLEO DE RAMÓN DE ZUBIAURRE

SALÓN WITCOMB



Un niño que ya sabe sonreir ante el lente fotográfico.



No precisamente entre las olas, pero sí entre la espuma que se extiende sobre la arena de la playa, la niña de Oliver juega con una compañerita.

TEMPORADA DE MAR DEL PLATA



La niña de Bafico, con su baldecito, se va hundiendo en el agua.



Señora Paz y sobrinas.



Señoras Aldao y Bochs.



Señoritas Estela y Beatriz Nazar Basualdo.



Los doctores Urien y Angel Sojo.



Señorita Sara Dantiacq.



Señores Bochs y Aldao.



El ex Kronprinz y su esposa la princesa Cecilia ya establecidos en sus posesiones de la Alta Silesia, paseando por el jardín de su castillo y cuyo regreso a la patria constituyó un resonante acontecimiento.

ALEMANIA en estos momentos atrae y atraerá por mucho tiempo todavía la atención y la mirada a veces inquieta del mundo entero.

Y es, que, pese a los desastres sufridos, y acaso por ellos mismos, actúa ella como una polea loca, o el piñón desengranado de una máquina que en vano intenta reemprender la marcha normal y rítmica de otras horas.

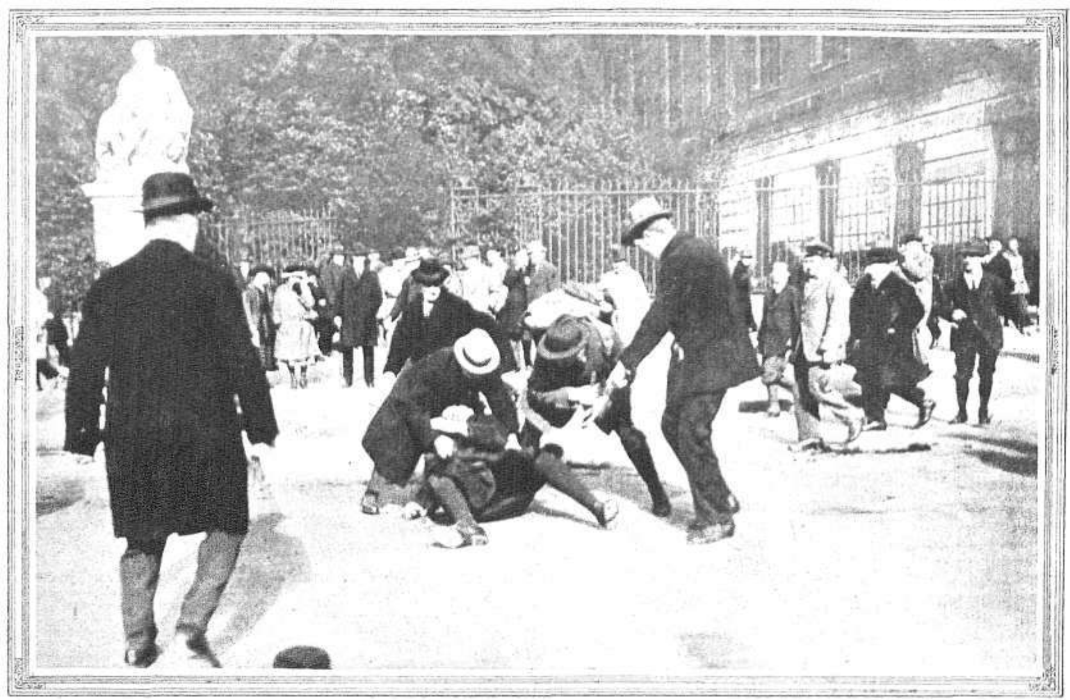
Después de dos meses y medio de ausencia, me he reintegrado de nuevo, hace apenas unos días, al maremagnum de esta vida germana, ora de comedia, ora de drama y me parecería que todo hubiese cambiado y nada fuese lo mismo. No obstante ello, nada ha cambiado pero... todo es diverso... El dinero extranjero abunda en todas partes, pero el dólar alemán se pasea también, de bolsillo en bolsillo, muy ufano y triunfador; claro, como que por obra de encantamiento se ha encaramado más alto que el americano. ¿Qué no es posible?... pues vaya si lo es; como que por este solo se consiguen 4 marcos y por el alemán 4.20.

. . . .

Los desesperados de ayer, se tornan optimistas, alegres, bulliciosos, a punto de que el aspecto de las ciudades se transforma, las grandes casas de comercio llevan al máximum sus ventas, las diversiones se multiplican,



Vista de la enorme masa de público en manifestación de protesta frente al Reichstag en los difíciles momentos provocados por la crisis del Gabinete presidido por el doctor Stressemann, el hoy ministro de Relaciones Exteriores.



Instantánea que sorprende una pelea en las calles de Berlín. Un transeunte es atropellado y derribado por suponérsele especulando con la miseria porque atraviesa el pueblo a pesar de las rigurosas leyes dictadas por el Gobierno para contrarrestar la fiebre de la usura a que se presta el desbarajuste económico.

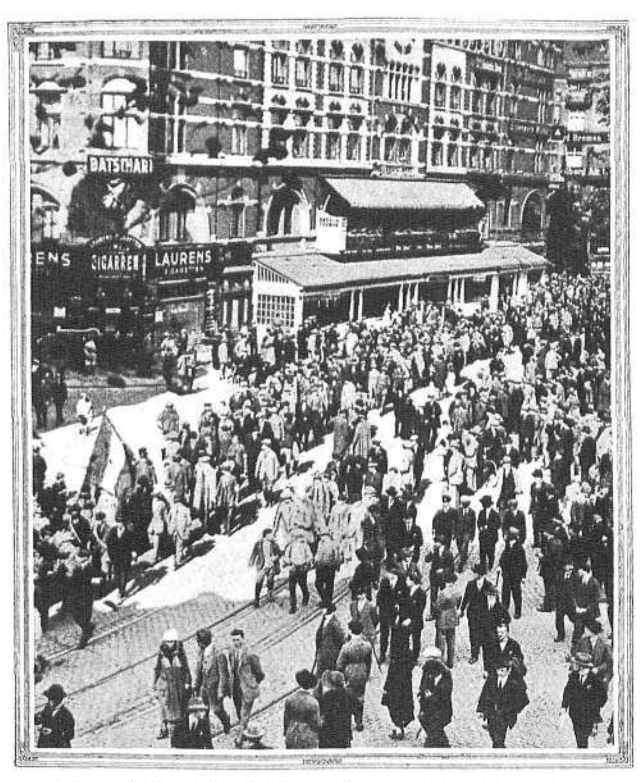
las estaciones desbordan y los cientos de trenes diarios que recorren el territorio de la república no llevan a veces un asiento disponible para el viajero tardío en asegurar su sitio.

En cuanto a la política, los comunistas pierden terreno, y aseguran que volverán a reconquistarlo, pero el Gobierno revoltoso de Renania ha fracasado y la novel república continúa en ser un pedazo inseparable del imperio. En Baviera,... «la comedia e finita», y aunque los nacionalistas se fortifican cada día, el buen Rupprecht que recibe todavía, como en los tiempos idos, el homenaje de su pueblo y del adicto y Alto Comisario General, von Kahr, tendrá que seguir peinando canas antes de ceñir la corona. Berlín está quieto y... con la sonrisa en los labios...; pero los bávaros son como los vascos.

Hay miseria, pero se oculta, y los que más hablan de ella son los ricos que dicen deben soportarla a su costa.

Sea como fuere, hoy por hoy este pueblo al parecer desbarajustado, da la impresión de que va entrando en la normalidad de su vida; y ojalá, que este piñón desengranado pueda ajustarse de nuevo a la máquina y dejarla marchar...

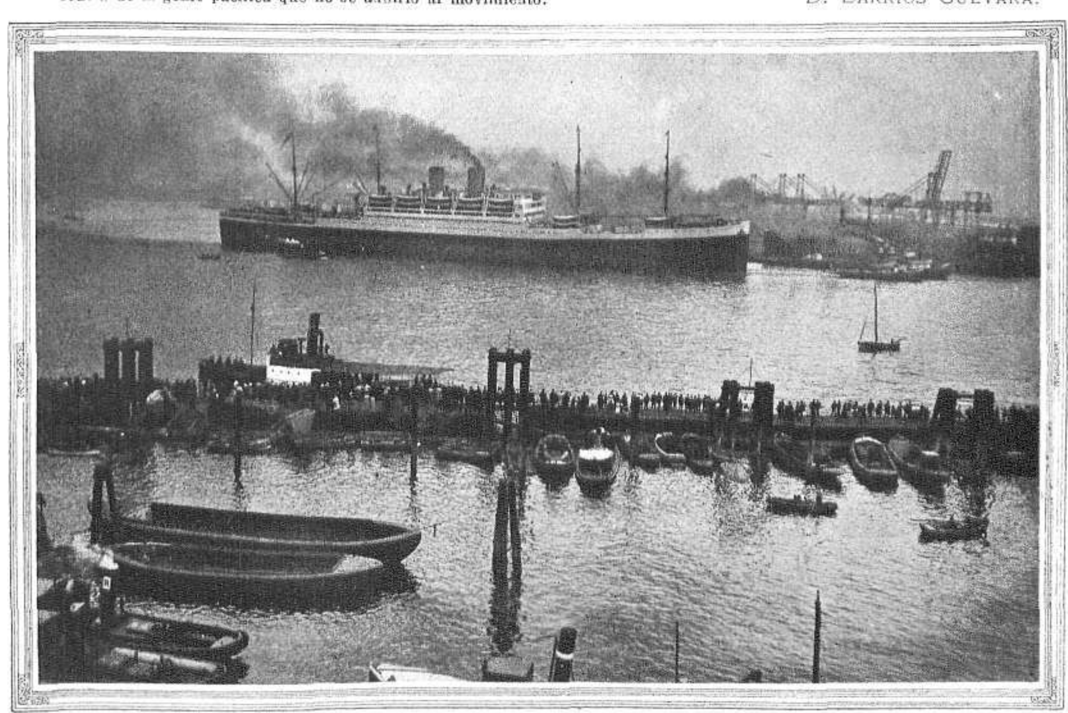
D. BARRIOS GUEVARA.



DUSSELDORF. — Demostración pública de los separatistas abandonando la estación Central y cruzando las calles de la ciudad en medio de la indiferencia de la gente pacífica que no se adhirió al movimiento.



El Kronprinz Rupprecht de Baviera con el Comisario general de Estado, doctor von Kahr, dirigiéndose al lugar donde se realizó el homenaje tributado a los caídos de la policía de München en las recientes revueltas.



El nuevo paquete "Alberto Ballin", de 22.000 toneladas, perteneciente a la Compañía Hamburguesa de Navegación, zarpando del puerto de Hamburgo rumbo a Nueva York, y que se anuncia será destinado el año próximo a la línea de Buenos Aires. Es un barco construído con todos los adelantos modernos.

EN LA TUMBA DE TUTANKAMON

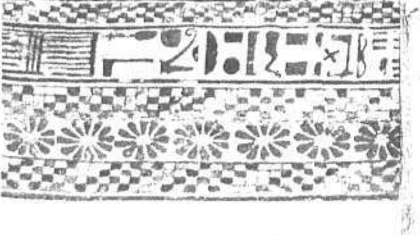


NUEVAS maravillas, nuevas sorpresas arqueológicas brotan de la tierra de los Faraones a cada golpe de la piqueta de Mr. Carter, el sabio egiptólogo continuador de la obra del malogrado lord Carnarvon. Una cortina tres veces milenaria se ha descubierto para que los ojos de los modernos, agrandados por el asombro, contem-

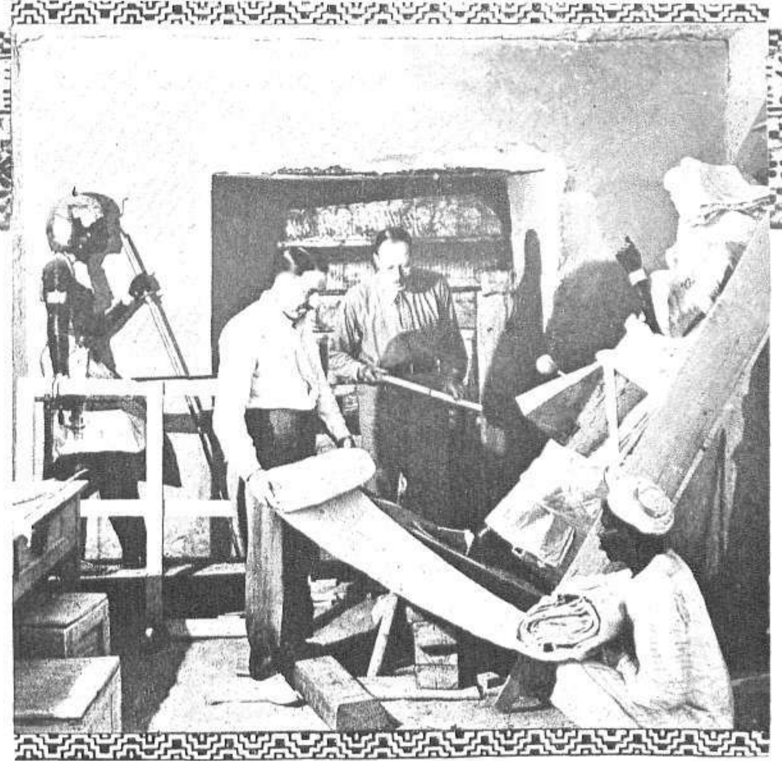
CABEZA DEL DIOS «BES», GUARDADOR DE LA TUMBA, TALLADO EN MARFIL, ORO Y PIEDRA CALIZA CRISTALINA, INCRUSTADA DE POLÍCROMAS PIEDRAS PRECIOSAS Y TROZOS DE LOZA FINA.

MR. HOWARD CARTER Y SUS AYUDANTES REMOVIENDO LA PARED MEDIANERA ENTRE LA ANTECÁMARA Y LA CÁMARA MORTUORIA. ESTE TRABAJO SE HA LLEVADO A EFECTO CON SUMAS PRECAUCIONES, POR LAS GRANDES DIFICULTADES QUE PRESENTABA.

Fotografías exclusivamente para CARAS Y CARETAS, *por*



plen los imponentes sarcófagos reales, el fausto de las *riquísimas carrozas*, el modelado de las estatuas y dioses mortuorios; las figuras simbólicas y jeroglíficas en las que, con derroche de paciencia, de habilidad y de riqueza, se representan animadas escenas bélicas, cinegéticas y cortesanas; la aplicación y pulimento del oro, del marfil, de la porcelana y de diversas piedras preciosas; las virtudes de una química que «detiene» la marcha de los siglos sobre las momias incólumes... todo este pasado deslumbrador es evocado ahora por sabios y curiosos de todo el mundo *ante los hallazgos realizados* en la famosa tumba, cuyas valiosísimas reliquias irán a enriquecer los Museos de Inglaterra.



MR. CARTER Y SUS TRABAJADORES EXAMINANDO LAS PIEZAS DE ALGODÓN EN QUE SE HAN DE FAJAR CONVENIENTEMENTE LAS MOMIAS Y ESTATUAS HALLADAS EN LA TUMBA PARA SU TRANSPORTE, DE MODO QUE NO SUFRAN DETERIORO TAN VALIOSÍSIMOS HALLAZGOS

LA CABEZA DE UNO DE LOS ANIMALES «TIFÓNICOS» DEL LECHO REAL ESTÁ LABRADO EN MADERA, ESCULPIDA Y PINTADA Y LA LENGUA Y LA DENTADURA, ES DE MARFIL MACIZO.

UN DETALLE FOTOGRÁFICO DE LA PARTE SUPERIOR DEL ENTREPAÑO DE UNA DE LAS CARROZAS DESCUBIERTAS EN LA ANTECÁMARA. EN ÉL FIGURA LA PALABRA «HORUS» QUE SE ANTEPONÍA Y POSPONÍA AL NOMBRE DEL REY TUTANKHAMON.

convenio especial con el diario «The Times», de Londres.

ENLACES



Señorita Emilia Clos con el doctor Antonio Cantó, en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

Señorita Matilde Dora Oliva con el señor Roberto L. Pardo, en la residencia de la novia.

Señorita Leonor Magdalena Alem con el señor Anacarsis Valenzuela, en la residencia de la novia.

ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO "CARLOS PELLEGRINI"

PERITOS MERCANTILES EGRESADOS 1923. — (5.º AÑO - 1a DIVISION)

ANGEL ALVAREZ. SALUSTIANO ABAD. MANUEL BLANCO. JUAN R. BIANCHI. HÉCTOR BARTHALOT.

OTTO R. BERNASCONI. R. CAROZZINO. RAÚL CARATTI. EMILIO CITTADINI. CEFERINO CERRUTTI.

ANGEL COPELLO. ADELGISIO CHIESSA. PEDRO A. CHACÓN. B. DIEGUEZ. LUIS DARTIGUELONGUE.

EUGENIO DUACASTELLA. EDMUNDO GAGNEAUX. C. GUTIÉRREZ. ABRAHAN GLASS.

JOSÉ A. HERVAS. WENER KIMBAUN. ALFREDO LOURO. JUAN LUTUAKE. FERNANDO LECAROZ.

TOMÁS MIGLIACI. M. MELCHOR PÉREZ HONORIO PELOSO. M. ORRI PONSA. R. SECO PONT.

ENRIQUE RIVAS. JUAN REVERDITO. PLÁCIDO SPITALIERI. ANTONIO TROMBETTA. PEDRO A. ZINI.

Poco menos que desconocido antes de la gran guerra, en los últimos años el nombre de Lenin era uno de los más difundidos en el mundo. La imaginación popular había hecho de él, encerrado en el viejo Kremlin de los zares, desde donde daba sus órdenes a los comunistas de todos los países, una especie de «pendant» de la histórica figura de Felipe II encerrado en el Escorial y gastando su afanosa vida en defensa de la fe. Que era lo que generalmente se llama un conductor de hombres, es indudable. La austeridad de su vida, su fe profunda en un apocalipsis social fecundo para el desarrollo y triunfo de sus doctrinas, la elocuencia seca pero mordiente de sus argumentos, impresionaban a quien quiera que le oyese hablar en las asambleas tumultuosas de sus correligionarios. Llevado a la cumbre del poder en un país de más de cien millones de habitantes, fué durante varios años el árbitro de sus destinos. ¿Amaba verdaderamente al pueblo? Hay quienes sostienen que amaba más sus principios; pero lo cierto es que concluyó por rendirse a las exigencias inapelables de la realidad y doblegó a ellas sus principios, bien que declarase que solo se trataba de una rendición condicional y transitoria. El laboratorio de los experimentos económicos sociales de Lenin fué la inmensa Rusia, y ni un instante vaciló en imponerle los más dolorosos tormentos en aras de su futura felicidad. Encarnación viva de la revolución bolchivique, Lenin cargó sin protesta con la responsabilidad de todos los dolores infligidos al pueblo ruso, de toda la sangre derramada, de todas las injusticias cometidas a la sombra de la bandera de la mítica redención social de los comunistas. En todo caso, una imponente y trágica figura de los tiempos actuales sobre la cual la historia dará su fallo definitivo.

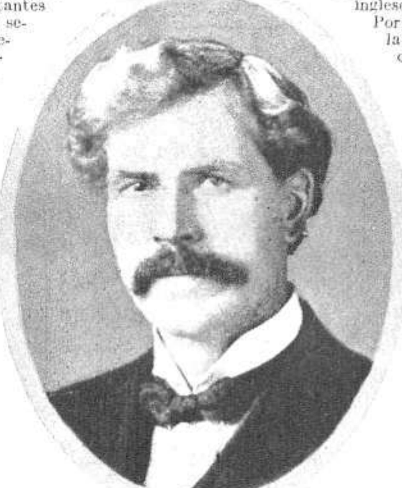


LAS PRINCIPALES FIGURAS DEL NUEVO GOBIERNO LABORISTA

El advenimiento de los laboristas británicos al Gobierno, es uno de los hechos más importantes de la historia política contemporánea, y sería grave error juzgarle con carácter pesimista. Hace años que el liberal Harcourt, hablando en los Comunes de las reformas sociales propiciadas por su partido, dijo Ahora todos somos socialistas. Quería decir que esas reformas deberían ser el principal programa de los partidos deseosos de la adhesión popular, y los partidos ingleses siempre han rivalizado en ese campo. Por lo demás, las condiciones en que los laboristas han subido al Gobierno, son precarias y de ellos dependerá su mayor o menor permanencia en él, pues sus principios más avanzados fueron rechazados por el pueblo en las últimas elecciones. Sin embargo, la opinión inglesa espera para juzgar los acontecimientos.



Mr. Arthur Henderson, ministro del Interior.



Mr. Ramsay MacDonald, jefe del Gabinete y ministro de Relaciones Exteriores.



Mr. J. H. Thomas, M. P., ministro de las Colonias.



Lord Haldane, canciller del Gabinete.



Mr. Sidney Webb, ministro de Comercio.



El vizconde de Chelmsford, Lord mayor del Almirantazgo.



Mr. John Robert Clynes, Lord del Sello Privado.

Freixas y C.ia



La marca Bau representa siempre la garantía positiva del mejor aceite.

Puro de oliva

LOS LIBROS

ALMA VIVA

POR CÉSAR CARRIZO

Cuando se lee una novela que pasa en alguna ciudad de provincia, y sobre todo si se trata de una provincia andina, hace en cierto grado la impresión de cosa ya leída, como esas cosas «ya vistas» de que nos hablan los libros de psicología. La causa del fenómeno está, sin duda, en que la vida en todas esas ciudades es parecida, y como los autores de las novelas de que se trata la copian con fidelidad, de ahí la impresión. La novela del señor Carrizo la hace también; pero a poco de iniciada la lectura se advierte que «Alma Viva» posee cualidades propias que la colocan en sitio aparte en nuestra producción novelesca de los últimos tiempos. Bien pensada, bien escrita, bien desarrollada, pues esta novela, que se lee hasta el fin sin la menor fatiga; mas debemos agregar que su lectura, que tantas satisfacciones nos ha proporcionado, nos sugiere esta pregunta: ¿Por qué son siempre tan incomprendidos, sobre todo cuando llegan a Buenos Aires, los héroes regnícolas de estas novelas provincianas que tienen algún talento? No diremos nosotros que conocemos muchos escritores ni poetas de provincias; pero algunos conocemos que de muchachos fueron estimados y alentados en su pueblo y de grandes se labraron sin mucho esfuerzo situaciones por lo menos cómodas en Buenos Aires. Y confesamos que nos agradaría singularmente leer una novela en la cual el héroe, bien provinciano, fuese un escritor, un poeta, un profesor de ánimo alegre y risueño, afortunado, contento con su suerte y menos anheloso de encontrar en Buenos Aires lo que ni Buenos Aires ni ninguna ciudad grande ni pequeña puede dar: la alegría de vivir, de luchar y de triunfar, y aun de ser derrotado, en una lucha sin melancolía, que es uno de los estados de alma más deprimentes. Esperamos confiados en que el excelente novelista que es el señor Carrizo nos dé la novela del intelectual provinciano sano de ánimo, fuerte de corazón, que viene a Buenos Aires y triunfa por su propio esfuerzo y encuentra amigos, y buena voluntad, y ambiente favorable, y hombres buenos y malos, ni más ni menos que en su pueblo, en donde seguramente la vida no es tan idílica como pintarla suelen algunos novelistas.

DON TORCUATO

POR MIGUEL BUCICH ESCOBAR

El señor Bucich se ha dedicado, como se sabe, a la historia de Buenos Aires en su calidad de ciudad, por decirlo así, y ello hacía inevitable que su atención, siempre diligente, se detuviese en la personalidad de Don Torcuato, que hasta ahora sigue siendo — y al paso que van las cosas parece que seguirá siéndolo por muchos años — el intendente de más agradable recordación que hemos tenido. En este libro, el señor Bucich no se limita a recordar secamente la labor del señor De Alvear en la Intendencia, sino que lo pone y lo hace obrar en el medio histórico y social en que su meritoria acción se desarrolló, trazando en él un retrato vigoroso y fiel.

LA VERA DEL CAMINO

POR GUILLERMO SÚLLIVAN

Los personajes principales de esta novela, como que viviesen en un mundo de sombras, de esas que suelen verse cuando uno va quedándose dormido, con aquel blando e irónico sueño que provocan las lecturas poco interesantes. El asunto no tiene mucha novedad y los actores carecen de personalidad bastante para interesar mucho. Uno de los personajes más naturales es Ferla, candidato a diputado que entre otros méritos tiene el de no concebir que la psicología pueda tener alguna aplicación en la literatura; pero solo aparece al final y su acción es por lo tanto muy corta. Naturalmente, hay en esta novela una enamorada desgraciada, que acaba por morir de amor, una mujer superior que lee libros serios y se va a Europa huyendo del amor, y un hombre a quien le ocurre algo parecido a lo que le ocurrió al asno de Buridán, dicho sea sin la menor mala intención. Y es lo que pasa: que el novelesco es un género bastante difícil, y aun escritores de las bellas cualidades del señor Súllivan, no siempre realizan felizmente sus intentos de escribir novelas interesantes y bien compuestas, que es lo menos que se le puede pedir a una novela.

ENSAYOS LITERARIOS

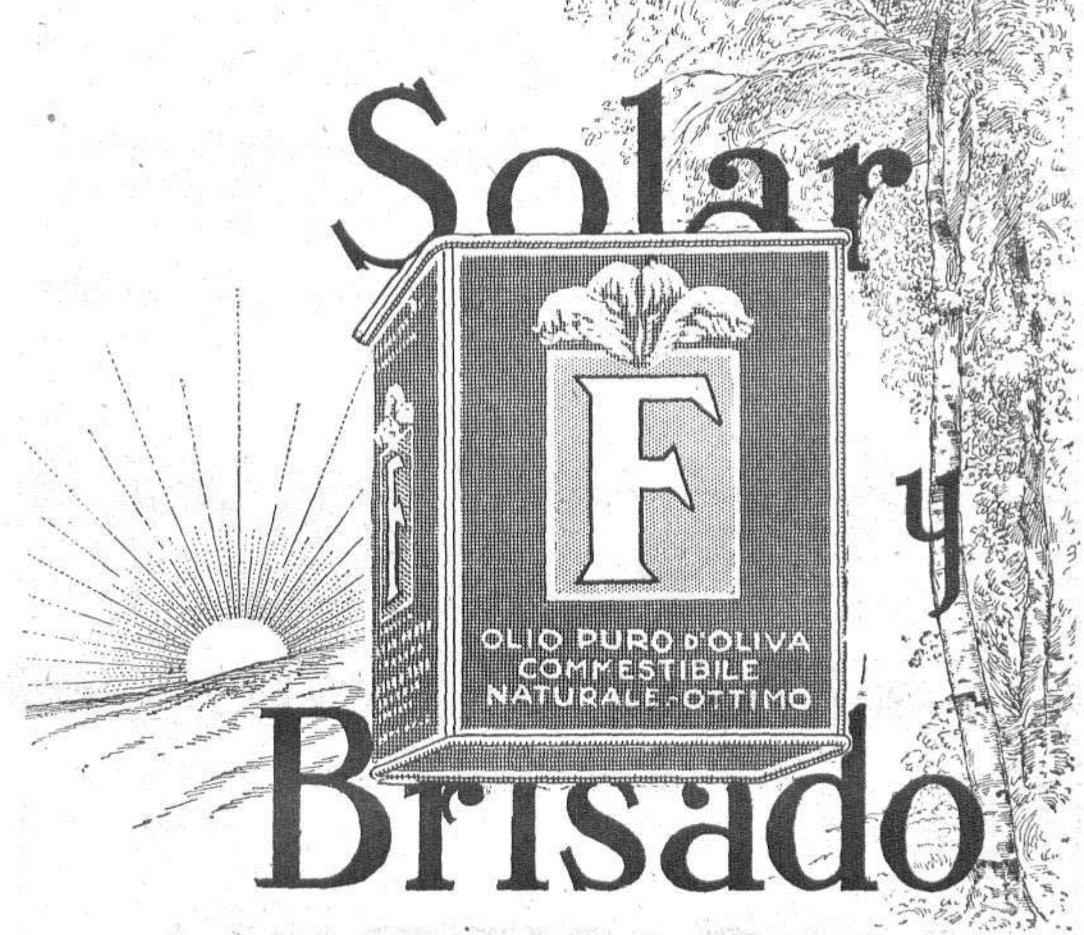
POR HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ

El autor de este libro se ha especializado, como se sabe, en el estudio de Stendhal, y a ese escritor están dedicadas la mayoría de las páginas que lo componen. En otros y más breves capítulos trata de Próspero Merimée, Pío Baroja, Azorín, Juan Mas y Pi. Todos esos trabajos se leen con provecho, porque el señor Olivera Lavié, además de que escribe muy bien, es un crítico inteligente y dueño de la ilustración necesaria a todo crítico propiamente tal. Con esas condiciones, es de esperar que el autor persevere en el aislado intento de que queda constancia en su libro, y dedique sus facultades al estudio de los escritores nacionales, los cuales, así los vivos como los muertos, harto necesitados están de una crítica recta, inteligente y objetiva.

XAIMACA

POR RICARDO GÜIRALDES

El señor Güiraldes escribe frecuentemente mal, bastante mal, y a las veces le da por hacer versitos casi siempre detestables; sin embargo, este libro suyo es el libro de un escritor de raza, como se dice, con lo cual surge el pavoroso problema de si escribir bien, esto es, de acuerdo con las reglas de la gramática, es condición indispensable para ser buen escritor. No pretendemos resolver el problema, porque si tenemos cierto respeto por la gramática, lo tenemos muy grande por los buenos escritores. Adelante. El señor Güiraldes cuenta en su libro una amorosa aventura de viaje. Pensaba — él, o su héroe, Marcos — ir al Perú a conocer lo que en ese país queda de los Incas; pero se interpuso a bordo Clara Ordoñez y hubo de seguir hasta Jamaica llevado por su amor. La aventura no es de las más raras para los hombres que viajan mucho; pero el autor la cuenta en tal forma, le da tal aire de frescura y tal interés, que parece una novedad. La novedad está, por supuesto, en que es contada por el señor Güiraldes, cuyo estilo, a pesar de los dolores de cabeza que seguramente dará a los gramáticos que le lean, es singularmente preciso, gráfico, pintoresco sin vulgaridad ni chabacanería. Además, Clara no es una de esas mujeres para quienes una aventura amorosa no es sino un detalle del viaje: es una mujer inteligente que se enamora de Marcos porque Marcos no es un cualquier pasajero de vapor de la carrera. El idilio, naturalmente, no dura; y Marcos tiene que volverse a Buenos Aires, no sabemos si después de haber visto o no lo que en el Perú queda de los Incas. Si Marcos — o el señor Güiraldes — no satisfizo ese anhelo suyo, debemos lamentarlo, porque, seguramente, de haberlo satisfecho habría escrito un libro sincero y serio sobre ese tema. Sus excepcionales facultades de escritor descriptivo — pero breve — habrían tenido ancho campo para ejercitarse, y sus condiciones de observador sutil y preciso habrían sido nuevamente puestas a feliz prueba. Como antecedente de lo que habría sido su contacto con las poblaciones y cosas indígenas del Perú, el pequeño pero sugerente incidente de la india vieja en Paita, es de primer orden.



"La Olivarera del Mediterráneo" de Lucca y Oneglia comunica que ha confiado sus intereses en la Argentina a la firma especialista

Freixas y Cia

de Buenos Aires por razones del mayor prestigio.

La curiosidad afable que existe por conocer y probar el aceite «F» quedará satisfecha con una honradez que tiene en el favor constante de los consumidores, en todo el mundo, la mejor prueba.

Bachilleres egresados del Colegio Nacional "B. Rivadavia"

Turno tarde año 1923.



Señor Mario I. Lugones. — Señor Eduardo Lanata. — Señor Mauricio Orovitz. — Señor Constantino Groppa. — Señor Héctor L. Lannes. — Señor Luis Trepat.

Señor Alberto Poch. — Señor José Caputo. — Señor Néstor Benavente. — Señor Manuel Armiño. — Señor Alfredo García. — Señor Federico Farinatti.







Señor Vicente Sallorenzo. — Señor León Mirlas. — Señor Constante Mozzoni. — Señor Pedro Canela. — Señor Rodolfo Rivara. — Señor Juan B. Marenzi.



Bachilleres egresados del Colegio Nacional "B. Rivadavia"

Turno tarde año 1923.



Señor Eugenio D. Martínez. — Señor Ovidio J. Marchilli.



Señor Bartolomé J. Gonella. — Señor Jenaro Véspoli.







Señor Juan Goldenzvaig. — Señor José Tesoro.

EL PROBLEMA DE LA OBESIDAD

Muchas personas consideran su corpulencia como una cosa sin importancia, y sin embargo, el exceso de gordura conduce casi fatalmente a una abreviación de la existencia, no es otra cosa que la manifestación de falta de régimen racional alimenticio, cuando no es el síntoma de una enfermedad crónica.

Por analogía anatómica el hombre está incluído entre los herbívoros, más a pesar de su conformación natural por lo que a elección de alimentos se refiere, prefiere las carnes, ocupando así la albúmina un lugar dominante en su régimen alimenticio. Comparando la alimentación ordinaria de un adulto y el régimen lácteo de su primera infancia, se comprueba esta transgresión de las leyes naturales. Las materias orgánicas y nutritivas de la leche materna calculadas en calorías se componen de 7,5 % de albúmina, 92,5 % de azúcar y grasas; el recién nacido cuyo desarrollo es muy rápido necesita gran cantidad de albúmina ya que ésta forma la parte esencial de los nuevos tejidos.

El adulto ya formado en el cual la alimentación tan sólo debe llenar una misión reparadora, por su régimen equivocado consume un 18 % de albúmina llegando al 23 y aun al 25 % en las clases acomodadas. De tal suerte el cuerpo recibe cada día más albúmina de la que precisa, peligro que no sería grande en sí, si la albúmina fuera materia indiferente, pero en su disgregación y combustión engendra grandes cantidades de ácidos y otros detritus de que el cuerpo se satura, y tiene grandes dificultades para desprenderse de ellos. El exceso de ácidos y alimentos productores de ácido úrico acarrean a la larga perturbaciones en el metabolismo que pueden dar por resultado la aparición de la obesidad.

Se debe, pues, vigilar cuidadosamente desde los primeros síntomas de la obesidad, pues tarde o temprano acarreará trastornos serios en el organismo. Así es conveniente ponerse bajo la dirección de un facultativo especializado, para combatirla de un modo eficaz.

A veces es posible remediar la obesidad modificando la calidad, cantidad y distribución de los alimentos y bebidas, y desde luego sin esperar a que el médico lo prescriba deben observarse las siguientes reglas. Beber a la mañana en ayunas buena cantidad de agua preparada si es posible con frutas o legumbres; brebaje que incorporará a la circulación cantidad respetable de sales alcalinas. Análoga bebida se hará horas antes de la comida y ésta será en seco. También conviene comenzar y terminar las comidas con frutos o vegetales frescos. Mastique bien hasta convertir en papilla lo que ingiere. No cargue el estómago, no beba en las comidas, y en éstas tome la menor cantidad de alimentos líquidos. A excepción de la bebida matinal, beba el mínimum, aun después de trabajos duros o ejercicios fatigosos.



DESDE ITALIA

LA CIUDAD SILENCIOSA



VENECIA pasa como una de las ciudades más silenciosas del mundo.

Ni los autos, ni los tranvías, ni las dichosas motocicletas llegan a molestar los oídos, por la sencilla razón de que los canales tienen el lugar de las calles.

De ahí ese silencio solemne, tan agradable; tan agradable a los recién casados, que afluyen a Venecia en viaje de bodas y allí permanecen durante la luna de miel, olvidando que las sombras de Desdémona y Otelo deben vagar aún por esos pagos, pues el disparate que llevó a cabo el Moro de Venecia es de aquellos que dejan rastro, no solamente bajo forma de tragedia shakespeariana, con o sin música, sino también en ese mismo mundo que trae consecuencias poco agradables a los que fueron a profanar la tumba de Tutankhamon.

Parece que las ciudades silenciosas influyen de una manera decisiva en las grandes pasiones.

Ferrara, por ejemplo, que se caracteriza por su quietud, recuerda, con tanto interés como si se tratara de un hecho acaecido ayer, el trágico suceso de Hugo y Parisina.

Ferrara es silenciosa y se conserva tal, aunque la población, en estos últimos años, haya aumentado de una manera considerable. Los hijos de Ferrara se complacen de esta característica; tanto es así, que cuando se trató de autorizar una línea tranviaria en una de las calles más clásicas de la vieja ciudad, la calle de los «Piopponi», opusieron un redondo veto, pues dijeron:

—Perdería todo su encanto. Mejor que se quede como está...

Los monumentos de la vieja Ferrara quedan reconcentrados alrededor del Castillo Estense, admirable construcción que se levanta intacta, tal como se encontraba en el tiempo en que dominaban los príncipes de la ilustre casa, hoy día casi extinguida por completo.

El Castillo Estense es, sin duda, uno de los más conservados entre los muchos que existen en Italia, pero el forastero que se acerca al severo edificio busca con ansiedad la estrecha ventanilla, situada a flor de agua sobre el ancho foso que rodea el castillo, ventanilla que daba un hilito de luz a la tumba interior, en que fueron encerrados los famosos amantes Hugo y Parisina, antes de ser ajusticiados.

La historia de los dos jóvenes ha dejado un profundo sentimiento de piedad, que permanece a través de los siglos y sobrepasa todo sentimiento de admiración hacia el monumento arquitectónico imponente y armonioso.

Fué en el año 1425 que Nicoló III, marqués de Este, se casó con Parisina, hija de Malatesta, señor de Rímini, bellísima joven, cuya natural inteligencia había sido cultivada con el estudio y el arte.

Nicoló III, por su parte, no era un modelo en materia de costumbres, y en los más remotos rincones de su ducado se repetía un estribillo, que caracterizaba al hombre, pintándolo de cuerpo entero.

«De un lado y del otro del Po, todos son hijos de Nicoló».

El predilecto entre sus hijos naturales, Hugo, vivía en la corte con el padre, que lo quería muchísimo. Parisina, por lo contrario, la joven esposa de Nicoló, profesaba una antipatía invencible hacia el mozo, lo que deploraba sinceramente el príncipe, que hizo lo posible para intentar un acercamiento. Pero sus buenos oficios resultaron estériles.

Un día Parisina expresó a su esposo el deseo de realizar una pregrinación a la Santa Casa de Loreto.

Nicoló no tuvo inconveniente en acceder a sus deseos, pero con una condición: que fuera acompañada de Hugo.

Confiaba el padre que el hecho de tener que estar en contacto unos cuantos días podría ser una oportunidad favorable para que Parisina y Hugo vencieran esa antipatía inexplicable y que hasta entonces no pudo ser modificada de ninguna manera a pesar de sus buenos oficios.

Y como Nicoló III era también muy religioso, esperó muchísimo en un milagro de la Virgen de Loreto en este sentido.

Parisina en un principio protestó, pero como la compañía de Hugo era condición indispensable para efectuar el suspirado viaje, terminó por someterse y se fué escoltada por el antipático Hugo.

A su regreso Nicoló pudo convencerse que la Virgen de Loreto había realizado el milagro.

Las relaciones entre Parisina y Hugo se habían vuelto cordiales, y el príncipe, con un suspiro de alivio, agradeció desde lo íntimo de su corazón por la gracia conseguida.

¡Por fin reinaría la paz entre los de su familia!...

Pero un día — ¡quién sabe por qué razón! — una mucama al servicio de Parisina fué reprendida severamente por su ama, y dicen las crónicas que hasta llegó a pegarle con bastante energía, tanto que, al salir del aposento de su señora, la sirvienta se dejó escapar unas frases muy graves.

—Me ha pegado, pero, si yo quisiera, podría hacerle pagar muy duramente los malos tratos que me da.

No faltó un sirviente, Jorge, que oyera las palabras de la mucama, y tanto supo envolverla con sus preguntas, que por fin la imprudente soltó el secreto:

—Hugo y Parisina...

—¿Posible? Piensa en lo que dices. Va tu cabeza, la mía también... Si fuera una calumnia...

—¡He visto yo!... ¡Yo, con mis ojos!...

Entonces el sirviente quiso hacerse méritos ante los ojos de su dueño, que, olvidando su ducal dignidad, practicó un orificio en el cielorraso que daba sobre el dormitorio de Parisina y se resignó a pasar horas y horas en una postura nada real, espiando el momento en que los dos amantes se entregaran a lo que se ha convenido en llamar «coloquio íntimo».

Desde su observatorio pudo comprobar que realmente ya no existía antipatía ninguna entre Hugo y Parisina. La peregrinación había operado un cambio tan sensible en los dos, que Parisina abrazaba a su hijastro con un entusiasmo que estaba muy lejos de las ternuras maternales.

Enceguecido por el furor dió orden de que los dos amantes fueran encerrados en los calabozos del castillo y unos días más tarde fueran ajusticiados.

Hay que visitar el Castillo de Ferrara para darse una idea de lo que eran los calabozos de aquellos tiempos.

En una de las esquinas del gran patio central hay una puerta maciza que da a un estrecho corredor, por donde se pasa, a través de un hueco practicado en el suelo, a un sótano obscuro.

Allí el que acompaña al visitante enciende una linterna y lo invita a pasar por otro hueco igual, si no más estrecho, que el anterior. Se bajan siete u ocho peldaños y por fin se llega al piso de los calabozos, que queda más abajo del nivel del agua que rodea el castillo.

El corredor es muy angosto y bajo, tanto que es preciso caminar agachados.

Dos puertas, a distancia de unos veinte metros una de otra, de una altura de uno y veinte, más o menos, constituyen la entrada de las celdas.

Pero antes de llegar es preciso pasar dos puertas más, de hierro macizo, de un grosor de cinco dedos, y bajar cuatro peldaños.

Las celdas no son otra cosa que hornos en los que es imposible permanecer de pie: pequeños huecos abovedados, húmedos, en los que la luz no llega sino apenas desde la angosta hendidura que da sobre el foso del castillo, penetrando a través de los gruesos y espesos barrotes de la ventanilla que se abre sobre el corredorcito.

Una sepultura cruel, que solamente un desalmado pudo hacer construír y otro más desalmado emplear como cárcel para personas que le fueron estrechamente vinculadas con lazos de sangre.

El que acompaña al visitante por lo general lo invita a probar la emoción del encierro.

La mayor parte accede a la invitación, para hacer ver que no tiene miedo, pero es un hecho que en cuanto la pesada portezuela metálica se cierra y los cerrojos corren, la cabeza sufre una especie de ataque violento y mil pensamientos se van agolpando, se atropellan, y una pregunta ansiosa, angustiosa, sube a la garganta:

—¿Y si ese loco de cicerone se fuera? ¿Si me dejara aquí? ¿Quién podría oirme?

Esos mismos príncipes, tan refinados en idear unos encierros que eran verdaderas sucursales del Infierno, por otra parte, pocos metros más arriba del lugar donde sus víctimas sufrían semejantes horrores, se entregaban a orgías, cuyos recuerdo nos han conservado los cronistas de aquellos tiempos.

En Ferrara vive un venerable octogenario, el Prof. Patricio Antolini, cuya pasión consiste en coleccionar todos los documentos que se refieren a la ciudad.

Su museo y su archivo constituyen una colección preciosa, una fuente inagotable de curiosidades, que no es preciso consultar, pues su dueño, a pesar de la edad, posee una memoria realmente extraordinaria.

El Prof. Antolini sigue hablando horas y horas de las épocas más remotas y más recientes, enumera hechos, anécdotas, cita nombres, apellidos, fechas, como si las estuviera leyendo, y cuando asombrados por este don portentoso, deseáis compulsar alguna obra que ratifique sus aseveraciones, os dirá con mucha tranquilidad:

—Los documentos que se refieren a lo que le estoy contando deben encontrarse en el tomo tal, número tal...

Y no se equivoca, pues a los pocos minutos se viene con el librajo y señala la página que contiene el relato.

Fué el Prof. Antolini quien me habló de los banquetes de los Estenses, banquetes romanos, cuya descripción detallada la debemos a uno de los principales cocineros de la corte ducal.

El estómago de los señores de aquellos tiempos debía ser formidable, y lo único que no se concibe es cómo, después de una cena como la que describe el superintendente de las cocinas ducales, los invitados no reventaran en el acto.

Si quisiera transcribir en detalle todos los platos que pasaron por delante de los invitados en la cena ofrecida por el cardenal Hipólito de Este, precisaría cuatro hojas de la revista.

Será suficiente dar una idea de la curiosa cocina de aquellos tiempos y tomar nota del número de platos servidos, número que hoy día parece fantástico, absurdo.

El cardenal Hipólito de Este ofreció una cena a base de puro pescado, a la que convidó a su hermano Hércules, su esposa Madama Renca y unos cincuenta más entre damas y caballeros de la más rancia aristocracia.

La cena tuvo lugar el 20 de mayo del año 1529. Ahí va el menú:

Pan de leche y bizcochos, pan de España y pan certosino.

Leche cuajada.

Ensalada de pepinos y lechuga con espárragos.

Ensalada de anchoas.

Tortas de uvas y almendras.

Pastelitos de salmón.

Atún fresco en salsa dulce.

Estatuitas de azúcar que representaban a Venus rodeada por cinco dioses Bacos y cinco Cupidos, doradas.

Huevos duros partidos por la mitad y cubiertos con arrope.

Pescados varios, fritos con naranjas, canela y azúcar.

Besugo con salsa de ajo y arrope.

Céfalo frito.

Sopa blanca.

Mil hojas rellenas con huevos de pescado.

Fritura de pescado.

Anguilas asadas con azúcar y canela.

Aquí terminaba la primera parte de la cena, para dar lugar a un poco de descanso, durante el cual tocaba una orquestita de músicos celebérrimos: un trombón, un flautín, un arpa. Los invitados se pasaban agua de olor por las manos, servida en palanganas de plata, que traían unos pajes vestidos de terciopelo, llevando bordado en el pecho el escudo de Su Eminencia Reverendísima.

Luego empezaba la segunda parte del programa, con veinte platos diferentes, siempre de pescado; otro descanso, música y perfumes, para empezar la tercera parte, y así por siete veces más, de manera que en total fueron ciento cincuenta las viandas servidas a los concurrentes al banquete.

Y las crónicas no dicen que alguno de los convidados se fuera al otro mundo, y tampoco que por medida de precaución hubiera en la mesa tarritos de bicarbonato de soda por si alguien sintiera alguna acidez de estómago.

Por otra parte es probable, mejor dicho seguro, que en aquel entonces ni sabían que el bicarbonato neutralizaba la acidez de estómago, pues los médicos empleaban una farmacopea que hoy nos resulta bastante rara.

El Dr. Marcantonio Florio, médico de Ferrara que... floreció el año 1587, indicaba este remedio como infalible para evitar el contagio de la peste.

Copio la receta sin quitar ni agregar una coma: «Rp: dos higos secos, una nuez común, 30 hojas de ruda y un diente de ajo. Machacar todos estos ingredientes y tomar cada mañana una cantidad igual al grueso de una castaña común».

«¡Y está probado!», agrega el galeno.

Remedio muy a la mano, de poco costo, al alcance de todo el mundo, de manera que la peste no habría tenido que propagarse de ninguna manera en el territorio de Ferrara. Sin embargo, mató a miles de personas, y... esto sí que está probado.

DR. A. VACCARI

Estenógrafos corresponsales egresados de la Universidad Popular "Bernardo de Irigoyen"


Señor Alfonso del Giudice.


Señor José Brey.


Señor Luis S. Salvetti.


Señor José A. García.


Señor Luis P. Lazari.


Señor Andrés I. Barnes.


Señor José B. Bello.


Señor Germinal Galasa.


Señor Salvador Oliveri.

La suprema elegancia

de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la **CASA IZQUIERDO,** Carlos Pellegrini, 490, dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.

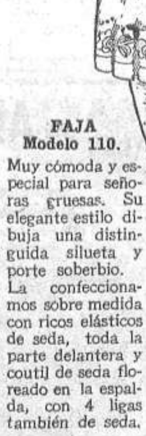


Nuestro Regalo

Este precioso molde de vestido

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.— le mandaremos un ejemplar de nuestra revista de modas y literatura **"PICTORIAL REVIEW"** (edición de lujo en colores) del mes de Febrero de 1924 y como regalo el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique.



FAJA
Modelo 110.

Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Su elegante estilo dibuja una distinguida silueta y porte soberbio. La confeccionamos sobre medida con ricos elásticos de seda, toda la parte delantera y coutil de seda floreado en la espalda, con 4 ligas también de seda.

$ 40.00

SOLICITEN CATALOGOS

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490, CARLOS PELLEGRINI, 490

U. T. 38, Mayo 0313. — BUENOS AIRES

Escuela Industrial de la Nación

Químicos Industriales egresados


Señor Alfredo Zugaro.


Señor Humberto D. Veraldi.


Señor Raúl Fava.


Señor Natalio Sirtori.


Señor Humberto Grandinetti.


Señor Edmundo Allievo.


Señor Gabriel Fleiderman.


Señor René E. Roche.



LA CANTORA ARGENTINA

Señores: — Pido atención
Pa lo que voy a cantar.
Siempre se debe escuchar
Lo que dice la razon,
Cuanti más si el corazón
Dita el verso a aquel que canta,
Y en su palabra levanta
Los ecos del sentimiento,
Poniendo su pensamiento
En la voz de su garganta.

Paisanos: — Una mujer
De las de ustedes, campera;
Una amiga y compañera
En el sufrir y el querer,
Quiere hacerles conocer
Algo güeno en su favor;
Lo que, gracias al Señor,
Ella en persona ha probao
Habiendolé resultao,
De lo güeno, lo mejor.

Ya el paisano de esta edá,
No debe ser como antaño,
Arisco, dejao, huraño,
Viviendo en la soledá:
Sin pensar en la fealdá
De vivir sin ilusión,
Sin más deseo u pasión
Que ser vicioso y matrero,
Mientras conserva su cuero,
Enemigo del jabón.

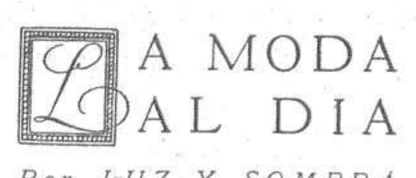
Hoy el hombre debe ser,
Sobre todo, limpio y fuerte.
Si es que sueña con la suerte
Del amor de una mujer.
Naides debe pretender,
Si es pobre como un carancho,
Formar redepente un rancho
Con la mujer más bisoña,
Si anda cubierto de roña,
Porque es sucio como un chancho.

El hombre debe lavarse,
Que pa eso Dios ha hecho el agua,
Y ya sea viejo u *guagua*,
Su cuerpo debe limpiarse:
Con güen jabón jabonarse
En el charco u el arroyo,
Y salir como un pimpollo,
Fresco y de güen parecer,
Como después de llover
De una lechuga el cogollo.

Pues güeno: siendo eso ansina
Escuchen con atención
Que voy a hablar de un jabón,
Qu'es una cosa divina.
Lo que les dice esta china
Sin andar con dilaciones,
Ni menos ponderaciones,
Es cosa qu'ella ha probao:
«¡Es el Reuter afamao
«El jabón de los jabones!»

Usandoló, solamente
Se conoce su valor,
Pues del cuerpo hace una flor,
Cuyo olor qu'es ecelente,
Dende lejotes se siente
Como si juera una rosa,
Y uno mira cada cosa,
Más mejor y con más brillo,
Pues lo mesmo que un potrillo,
El corazón le retoza.

¡Velay! Con ese jabón,
Que no ceso de cantar,
Se debería lavar
Todo gaucho, en la ocasión
En que ufana la nación
Alza su rostro divino,
Y en que sería hasta indino,
A su lado presentarse,
Sin con el Reuter lavarse,
Todo el que sea argentino!



LA MODA AL DIA

Por LUZ Y SOMBRA

Dos cosas buenas tienen las italianas: el sentido de la práctica y la afición para el detalle. Al primero se debe la extraordinaria boga del traje tailleur durante las medias estaciones. Roma, en estos días, parece no conocer otro atavío callejero femenino más que el traje sastre. Sacos cortos y sacos largos a godets, ceñidos y sueltos, de piel y de género para verano — toda esa variedad, ese contraste de colores y calidades, característica de la media estación en todas partes, pero con la invariable nota dominante: el tailleur. — Sin duda las mujeres italianas prefieren sobre todo lo práctico. Desde hace tiempo han abierto las puertas de sus grandes casas de moda a la influencia anglosajona, influencia que resiste a los tiempos y a los adversarios, como recientemente lo ha demostrado el fracaso de las tentativas de tendencia española.

La italiana, en casa, luce una elegancia que nosotros no dudaríamos en definir rebuscada; pero en la calle desenfunda todo su instinto práctico, y sigue la moda en relación directa con sus medios y sus ocupaciones.

De mañana, el traje sastre exclusivamente; más o menos elegante, pero siempre de corte irreprochable; con pechera de seda fantasía o con blusa inglesa de cuello alto y corbata negra. Es este último un conjunto que no ha agradado nunca a las elegantes argentinas, las que creen que el uso de la corbata es una detestable invasión del campo masculino.

Personalmente, yo opino en favor de la blusa inglesa, que no quita al tailleur su verdadero carácter; pero dice el refrán:

«Paese in che vai, usanza che trovi.»

Por la tarde la mayoría es aún de trajes sastre, pero en los paseos — y a Villa Borghese especialmente — se ven pasar elegantes siluetas de línea absolutamente recta, talle casi largo, bata cruzada con moño del mismo género, y pollera a tres volados ,o pollera recta con «ampleur» a un lado.

Como se puede observar por lo antes dicho, Roma tiene un invierno templado, y en muchos días el tapado de piel es un peso insoportable, reservado a las casadas, mientras que las esbeltas señoritas prefieren el zorro blanco o el cuello de piel de skungs sobre el grueso tailleur inglés o el tapado de velours. El pueblo italiano, tanto en el arte como en las mujeres, ama la línea mórbida y esbelta, el perfil delicado y los fuertes contrastes de colores; de ahí ese afán para el detalle, que fué ya tanto del arte itálico y es hoy instinto en estas mujeres. El fieltro blanco, con el ala levantada delante, es actualmente el sombrero — diremos — reglamentario para con el tailleur; el detalle consiste en un pinche de esmeralda, o en una diminuta plumita verde que asoma por entre la copa y la cinta; en fin, en una cinta que tiene a veces el valor de una alhaja pero con la modesta apariencia de una cinta.

Dos innovaciones importantes ha impuesto la elegante italiana a su atavío: las tiras de oro y las medias de hilo. La media de seda ha decaído definitivamente, quedando limitada al ambiente de las empleadas y costureras.

La media de hilo, finísima, muy transparente, y por lo general gris para zapatos negros, viste admirablemente la bien torneada pierna que la mujer italiana sabe ostentar con disimulo, favorecida por el muy escaso vuelo del moderno tailleur.

Las medias de seda de alto precio se ven solamente en las reuniones de gran elegancia, para acompañar la creación de París. A título de pura curiosidad para mis lectoras diré que las medias de hilo cuestan catorce liras el par, y las de seda de calidad superior, treinta y cuarenta liras. Este detalle viene a confirmar aun más lo que dije a propósito del sentido práctico italiano, pues la media de hilo tiene una duración infinitamente superior y evita la desagradable sorpresa de «la malla corrida». Desde el punto de vista estético no tiene tampoco desventaja, pues siendo hilo muy fino da sobre la pierna el aspecto de un velo tenue como el humo de un cigarrillo.

Las tiras de oro a las que he hecho alusión, han venido — hace ya unos cuantos meses — a substituír la cintita de seda de la combinación. Son dos pedazos de cadena de impertinente o de las antiguas largas cadenas de reloj; de malla fina pero no finísima, del largo de las epaulettes comunes y terminadas en sendas extremidades por un ganchito como el de la cadena de reloj. Esos cuatro ganchitos sujetan la combinación como ya las cintas. Superfluo es decir que esas epaulettes de oro, sobre los hombros de alabastro, que, en los movimientos, el vestido de crepé o seda negro escotado a bateau descubre, son de una elegancia exquisita, y no hay seguramente quien lamente la desaparición de las cintas, siempre poco estéticas y poco sentadoras.

Esta innovación, como mis lectoras habrán comprendido, está relacionada solamente con los modelos de vestidos que no tienen epaulettes, pero sí escote amplio y, preferiblemente sin mangas.



El grabado presenta un modelo de las carreras de los Parioli (Roma) en el verano último.

Es un vestido de crepé blanco, con moño del mismo, plissé a un costado, y amplia capa haciendo juego, terminada por ancha guarda de bordado blanco en relieve.

Obsérvese el detalle del moño del vestido y del cuello de la capa, que recuerdan las conchas, original motivo para verano.



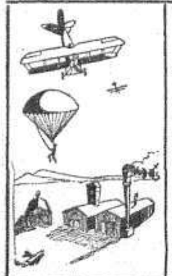
ESTOS PRECIOS SE IMPONEN
$ 13.90
Regalamos a todo comprador
esta preciosa mascota de suerte, un GATITO NEGRO en esmalte fino. ¡Aprovechar, pues, la oportunidad!
$ 8.50
N.º 530. — RELOJ DE PLATA 800, tres tapas, máquina Suiza, garantido, con cadena, a pesos........ 13.90
N.º 530.—GEMELOS cincelados, 18 kil. Fix, precio excepcional, el par $ 10.00
N.º 531. — DE NIQUEL, máquina Suiza, con cuadrante fantasía, con cadena, a $ 8.50
ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos cada uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo........ $ 30.-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a título de propaganda, por sólo.. $ 45.-
N.º 175.—¡MAS QUE BARATO! Platinados con hematite, por sólo $ 2.90
N.º 124.—ANILLO de oro 18 Fix, con química, a......... $ 9.00
N.º 93. — DE ORO y piedras simili, a pesos........... 5.90
N.º 173. — ¡CASI REGALADO! Platinado y hematite, a pesos....... 2.50
N.º 120. — PLATA 900, nombre que se desee, en esmalte, a pesos............ 3.50
El mismo, de oro 18 kil., sellado, macizo, pesos 16.-
N.º 506.— DE ORO 18 k., sellado, cincelado y monograma grabado, a pesos 25.-
N.º 529. N.º 527. ALTA FANTASIA, plata vieja con piedra de color, a elegir el par pesos........... 3.00
PULSERA de seda, con placa de plata 900, nombre que se desee en esmalte.. $ 5.00
La misma, de oro 18 kil. sellado, maciza $ 15.—
DE ORO 18 kil., maciza, para nena, por sólo...................... $ 10.—
N.º 528. — PLATA 900, gancho de oro, piedras marquesitas, a $ 7.50
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER
N.º 142. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, a..... $ 4.90
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES
N.º 141. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte, a... $ 5.00



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



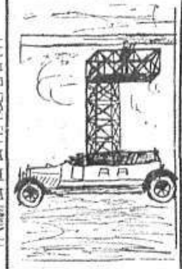
1613 — El paracaidista.
OSCAR MORGAN.

FARMACIA

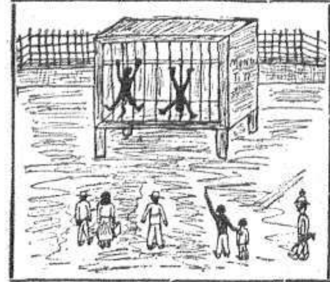
1614 — Un accidente.
JUAN FERNÁNDEZ.



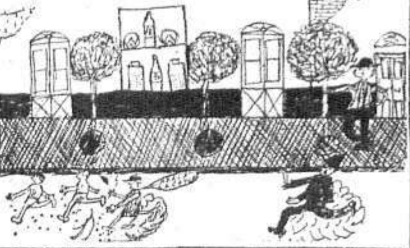
1615 — Jugando al truco.
ISIDRO A. TALAY.



1616 — Arreglando los cables.
JUAN FERNÁNDEZ.



1617—Susana y Eduardo en el Jardín Zoológico.
ELSA MORATELLO.



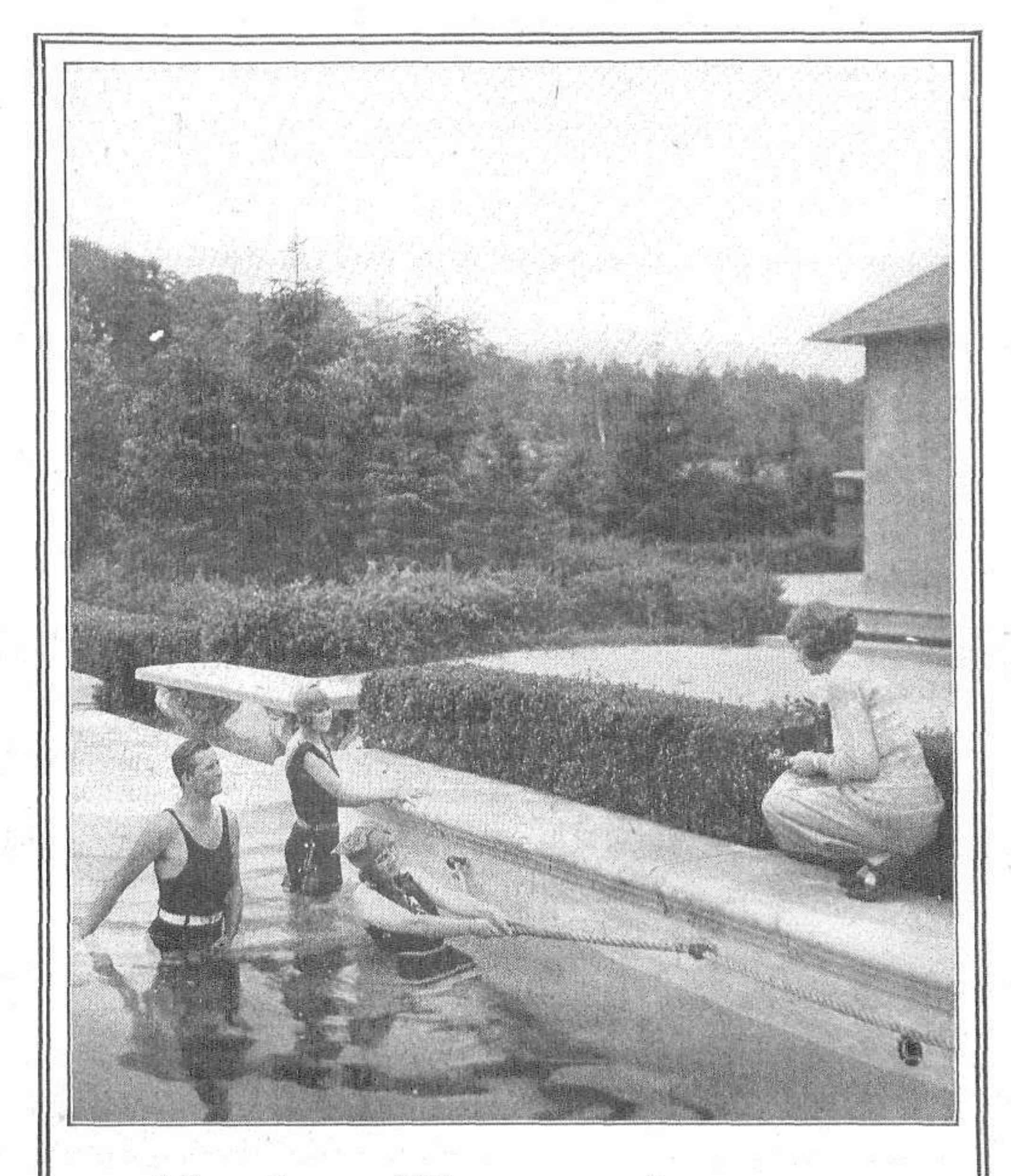


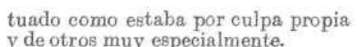
1618 — Por jugar a las bolitas.
ELISEO URQUIZA.



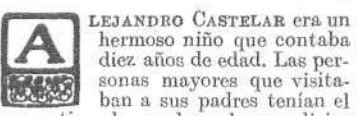
1619 — Selo monta en un carnero.
EMILIO LÓPEZ.

— **¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!**





VANIDOSO ARREPENTIDO



ALEJANDRO CASTELAR era un hermoso niño que contaba diez años de edad. Las personas mayores que visitaban a sus padres tenían el poco tino de ponderar las condiciones físicas del chico en su propia presencia. Claro está que Alejandrito se sabía apuesto y hermoso por todas esas manifestaciones, y se creía superior a los demás niños.

Para cierta festividad, Alejandro llevaba un lujoso traje que le sentaba muy bien, según opinión de cuantos le vieron. El niño se pavoneaba ufano, sin comprender que no había ningún mérito en ser lindo porque es un don de la naturaleza, y en tener un vestido lujoso, porque con dinero cualquiera lo adquiere. Pero, él no entendía nada de estas cosas, infatuado como estaba por culpa propia y de otros muy especialmente.

Alejandro, que habitaba en una suntuosa casa de departamentos, aquel día subía y bajaba la escalera continuamente, con el propósito de que lo vieran los niños vecinos.

En un momento en que se encontraba en el descanso del piso superior, vió que subían la escalera una joven señora que llevaba de la mano a una niña jorobada, enjuta y fea.

—¡Oh! — pensó Alejandro — quiero hacerme admirar de esta jorobada. Todos dicen que tengo una figura elegante, especialmente con este vestido. ¡Voy a ver qué efecto le hago a esta maltrecha! Y bajó la escalera. Cuando estuvo cerca de la jorobadita que subía despacio, despacio, él también acortó el paso para que al pasar junto a ella, pudiera contemplar mejor su figura. Un resto de pudor le impidió decir las palabras insolentes, crueles que le venían a los labios. Pero la niña y la madre comprendieron su pensamiento.

La madre lo miró en forma tan severa que Alejandrito bajó la cabeza. La niña tuvo primero como una especie de contracción y sus ojos se nublaron, después se apretó más a su mamá y pasó delante del niño que descendía la escalera mohino y abochornado. Cuando dieron vuelta por la parte de la escalera que conducía al otro piso, Alejandro, oyó una voz dulce que decía: Mamá, no llores, yo lo perdono y perdonaré siempre a todos.

Fué entonces cuando Alejandrito sintió asomar las lágrimas a sus ojos, y corrió hacia la niña y le pidió perdón.

Poco después entraba nuevamente en su casa donde halló una señora de visita que al verlo comenzó a elogiar su personita y su vestido a la última moda. No obstante, Alejandro, se sentía pequeñito, pequeñito, y comprendía que la verdadera nobleza no depende de la belleza, ni de la gracia, ni de la elegancia, pero sí de algo que él no poseía y que tenía, en cambio, la niña defectuosa y de aspecto ridículo. La sentía muy superior a él.



ADELIA DI CARLO

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

El tratamiento verdaderamente eficaz y rápido para enfermedades secretas de las vías urinarias.

INYECCION 918



No tiene similar. Es electroactiva. No ataca el canal urinario y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.

Dos inyecciones diarias durante 8 a 15 días bastan para casos recientes de **gonorrea, blenorragia, uretritis, orquitis, prostatitis, catarro vesical, flujos varios, etc.** Casos crónicos necesitarán algo más tiempo pero el resultado es seguro en todos los casos.

Empleo sencillo y cómodo; no necesita régimen especial.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Si su farmacéutico no la tiene, pídalo directamente a los

Laboratorios Farmacéuticos D'Inzeo, Lda.

Departamento de distribución: GARAY, 339 - Bs. Aires.

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO

Precio del frasco $ 5.50 m/n. franco de porte.



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

Diez y Seis Alimentos en Uno

En el alimento hay diez y seis elementos que los adultos debieran tomar y los niños necesitan tomar para obtener salud, vigor y desarrollo.

Siete de ellos son minerales para formar los huesos, los dientes y la sangre, etc. Algunos son elementos de formación del organismo y otros son para infundirle vigor.

Los hombres de ciencia y los médicos de todo el mundo afirman que esos diez y seis elementos se encuentran en el QUAKER OATS.

Como alimento para los niños en estado de desarrollo, nada puede comparársele; no tiene igual para los enfermos y personas débiles; ningún otro alimento produce tanto vigor y vitalidad como el QUAKER OATS.

Todo el mundo necesita QUAKER OATS todos los días.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado, único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



LA MUERTE DE HORACIO BERMEJO

Se me ha acusado de haber sido la causa de la muerte de Horacio Bermejo. Yo rechazo tal acusación con todas mis energías. Si no lo hiciera me sentiría hondamente agraviado como hombre y como amigo predilecto que fuí de él. Horacio Bermejo no ha muerto por mí. No. Yo no tengo testimonios que me defiendan. Lo sé. Pero si hay todavía un poco de fe en este mundo, pido fervorosamente que se la emplee para creerme. Yo no tengo la culpa, insisto. Pero, ¿por qué se cree que sí? ¿Por lo que anda divulgando por ahí ese imbécil de Pepe Torres, que trató a Bermejo en el Chaco? Total, todo se reduce a nada; a unas inconsistentes desavenencias que se habían producido últimamente entre mi malogrado amigo y yo. ¿En qué consistían? Yo las recuerdo.

Una noche salíamos de una fiesta. Horacio había tenido suerte amorosa, y me hablaba de ello jactanciosamente. Pretendía que Adelina Edwards, la mujer que había bailado con él, le amaba extraordinariamente. Yo me sentí molestado por su tono y le respondí con ciertas reservas. Le dije que exageraba las proporciones de los hechos y que la Edwards no era mujer de amores extraordinarios.

— Hablas por asociación de recuerdos — me dijo entonces. — Estarás pensando en tu Amanda...

Naturalmente que una alusión de esa índole no podía pasar inadvertida para mis nervios y alentado por ellos advertí:

— No hagas comparaciones precipitadas. Es mucho saltar desde Amanda a Adelina...

Horacio Bermejo, que era de natural irascible y altanero, tuvo para mí palabras fuertes. Yo me puse a tono. Y nos despedimos fríamente.

Y no podía suceder de otro modo. ¡Cualquiera no reacciona al sentirse cacheteado como galán y ofendido como novio!

No vi a Bermejo hasta dos semanas después de aquella noche. Yo me había olvidado de aquel ligero incidente, y supuse, claro está, que a él le había pasado lo mismo. Pero, con gran sorpresa, advertí que volvía a tocarlo.

— ¿De modo que crees que Adelina Edwards no me ama extraordinariamente?

Yo quise eludir la respuesta, pero él insistió:

— Responde.

Por un momento pensé en ser consecuente con mi actitud de otra vez, pero comprendí que llevaría demasiado lejos las cosas, y dije, simplemente, convencido:

— Eres tú quien amas a Adelina extraordinariamente.

Horacio sonrió despectivamente.

—¿Yo? ¡Cualquiera diría que me conoces desde ayer! ¡Yo amarla! En todo caso me dejo amar, pero nada más — indicó.

— No hablemos más del asunto — pedí fastidiado.

Pero él no cedió.

— Lo que más me ha llamado la atención aquella noche era tu indignación al hacer yo las comparaciones...

No pude contenerme ya y le espeté:

— No tienes conciencia de lo que dices. Quieres nivelar dos imposibles.

Amanda es una muchacha de una conducta íntegra, en cambio Adelina...

Comprendí que no debía decirle lo que iba a decir, y me contuve. Pero Horacio, encrespado, insistió, y yo tuve entonces que agregar.

— En cambio Adelina es susceptible de caer en los primeros brazos que se le tiendan.

Horacio Bermejo quiso pegarme. Yo me di efectivamente cuenta de que había dicho demasiado, pero no pude retroceder. ¡Yo no podía dejar pisotear, así como así, mi amor propio! ¿No es verdad?

Ibamos a separarnos, cuando el mozo me detuvo.

— Ya que crees esto, ¿por qué no me haces el favor de demostrármelo? — inquirió, aparentemente calmado.

— Escucha, Horacio: dejemos esto — propuse.

— No, porque eres mi amigo y tienes el deber de hacerlo; calcula: me sacarías de un engaño...

Yo me di perfectamente cuenta de que no íbamos a poder separarnos sin adoptar una actitud para en lo sucesivo, y esperé que continuara.

— Figúrate que tengo la pretensión de creer que Adelina me quiere como no ha querido ni querrá a ningún hombre; tú crees lo contrario; crees hasta que con sólo proponerte podrías quitármela, ¿no es así?...

Iba a contestarle ya que había adivinado efectivamente mi pensamiento, pero le dejé hablar aún.

— Crees hasta que no hay puntos de comparación entre ella y tu Amanda...

Yo no pude ya tolerarle. Y le contesté casi a gritos:

— Yo te sacaré del engaño cuando quieras. Sí. Te demostraré que puedo quedarme con la Edwards cuando se me antoje...

— Hazlo — me interrumpió.

— Sí, lo haré — dije, pensando lo contrario. Yo vacilé y él continuó:

— Te doy amplias facultades para hacerlo. Puedes cortejar a la muchacha, puedes emplear todos los recursos, leales, que tengas a mano para ello; no te estorbaré. Demuéstrame mi engaño...

Nos separamos y no nos volvimos a encontrar hasta la noche en que la «Sociedad de Protección a la Infancia Desvalida» dió su periódico festival en el «Prince George's Hall».

— Ven a tomar una taza de te con Adelina — me invitó, al notar que yo estaba distanciado de él y como ajeno al reto que habíamos cambiado.

— No estoy con ánimo — le confesé. — Haría un pésimo papel.

— ¿Ya te acobardas? — me preguntó con sorna.

Yo me sentí molesto y desconcertado. Efectivamente, yo no estaba aquella noche para meterme en líos en los que no intervenía otro sentimiento que el de la vanidad. Tenía una preocupación que me afectaba más; hacía cuatro días que no había recibido cartas de mi Amanda...

— Te explicaré — intenté objetarle.

— Ya ves

si podía tomar en cuenta tus bravatas — me dijo desdeñosamente.

Yo ya no hice reparo alguno, y le indiqué:

— Vamos a tomar el te.

Ya en el «buffet», comencé a hacerle la corte a la muchacha, y, en verdad, lo hacía de una manera bastante cómica. Afanoso en seducirla rápidamente, en demostrarle a Horacio su error cuanto antes, en vengarme, yo le endilgaba los más apasionados disparates. Adelina se reía de mí. Pero cuando volvimos a la sala, yo tuve la certidumbre de que me había hecho simpático a ella.

Al reanudarse el baile, la invité a un «shimmy» y no se opuso. La orquesta ejecutó una «jawa» y también me acompañó. Iba ya a retirarme, creyendo que ya había castigado a Horacio, pero antes de que pudiera hacerlo oímos los primeros compases de un «Boston», y Adelina en persona me propuso:

— ¿Quiere que lo bailemos?

Y como hubiera sido descortés negarme, la tomé del talle.

Mientras bailábamos, yo me fijé en Horacio. Sonreía. La sonrisa no se apartaba de sus labios. Pero me resultaba una sonrisa nerviosa, de irritación. Yo me sentí inquieto e insinué un pretexto de despedida a la Edwards.

— Tengo que irme. Mañana debo levantarme temprano.

Adelina se sintió contrariada, y no se preocupó de disimularlo.

— Se baila tan bien con usted — me dijo.

Al terminar el «Boston» nos acercamos a Horacio.

— Forman una pareja ideal ustedes — nos dijo con una forzada exclamación.

Yo me sentí extremadamente incómodo e insistí en irme, reforzando el pretexto:

— Imagínense que a las siete de la mañana debo estar en la estación del Once — dije.

Adelina volvió a exteriorizar su contrariedad, y Horacio, que lo había notado, se puso de su parte.

— ¡No! ¡Qué te vas a ir! ¡Y si tienes que estar a las siete despierto, nada mejor que no acostarte — me dijo, con aparente sinceridad.

La Edwards, por su parte, también habló.

— Horacio tiene razón — me dijo. — Nadie pierde la vida por un par de horas de sueño.

Yo me empeciné en irme, pero Horacio me apartó y me dijo:

— Yéndote, me ofendes. Supondría que lo haces para «perdonarme la vida»... ¿Comprendes?... Y eso no lo puedo admitir... Quédate. Quédate y baila con ella, si en algo me estimas... Mantengo en pie el desafío, y ahora como nunca.

Quise objetar. Quise darle a entender la ridiculez de nuestra conducta; pero él me detuvo hiriéndome en lo más vulnerable de mis sentimientos.

— Demuéstrame la superioridad de tu Amanda... — me indicó con una entonación de voz que me obligó a cerrar los puños. — Suplántame — siguió. — Pon en evidencia las comparaciones...

Yo me quedé y bailé con Adelina. Bailé con ella casi todas las piezas del carnet de baile. La muchacha me acompañaba con gusto. Sólo en alguna que otra pieza acompañó a Horacio; y también, a mi ver, con desgano, para cumplir con él... Intensifiqué mis disparates, me mostré con ella aplastadoramente galante. Aquello era un delirio de galantería. Ella apretaba cada vez con más fuerza mi mano, con intención más significativa, diría.

Al terminar la fiesta me dijo:

— Espero verlo pasado mañana en mi casa a la hora del te.

Yo me excusé.

— Lo comprometo a ello — me dijo con firmeza.

Al salir de la sala, y después de las despedidas, Adelina se fué con sus padres y Horacio se vino conmigo.

— Adelina me ha invitado a su casa — dije.

— ¡Y tú irás! — me indicó Horacio.

— ¡Quién sabe! — respondí, indeciso.

— No. Tú irás — me respondió con violencia.

No volvimos a hablar. El se fué a su casa y yo a la mía.

Así siguieron las cosas. Fuí al día siguiente a tomar te a la casa de la joven, e instigado por Horacio continué haciéndola la corte. Mi amigo se valía de recursos perversos para obligarme a ello. Había comprendido el gran amor que yo sentía por mi novia y lo explotaba para sus propósitos. Muchas veces lo desafié a una explicación franca, a una conciliación definitiva, pero nunca conseguía una respuesta satisfactoria. Yo me daba exacta cuenta que ese estado de cosas le hacía sufrir, y hasta un día se lo señalé.

— Pareciera — le dije — que sientes voluptuosidad en provocar esas situaciones.

El me contestó con su orgullo habitual. Estaba seguro del amor de Adelina; sus coqueteos para conmigo no tenían importancia, puesto que eran propios de toda mujer; y si yo dudaba que se lo preguntase a Amanda...

Entretanto, Adelina era cada vez más mía. Llegó un momento en que no tuvo reparo en confesarme que le bastaría mi conformidad para que se decidiera a desligarse de Bermejo.

En vano intentaba yo convencer a mi amigo sobre la liviandad del corazón de su amada. No me oía. La Edwards, quieras o no, seguía siendo para él la más fiel, la más íntegra de las mujeres.

Y, sin embargo, estoy seguro que íntimamente él no creía así, que no le pasaban inadvertidas las atenciones que Adelina tenía para conmigo.

Para evitar que las cosas llegasen a un alcance extremo, y aprovechando una coyuntura propicia, hablé a Horacio con franqueza.

— Adelina — le informé — me pidió mi consentimiento para romper contigo. Eso te prueba que tu confianza en ella estaba mal fundamentada. Déjala. No quiero decirte que la preferencia que tenga por mí pueda ser definitiva. Mañana vendría otro que me suplantaría a mí...

Horacio se sulfuró. Me dijo que yo era un jactancioso. Que él tenía pruebas irrebatibles del amor que Adelina sentía por el. Y remató su discurso hiriendo gravemente el sentimiento que yo tenía para mi Amanda...

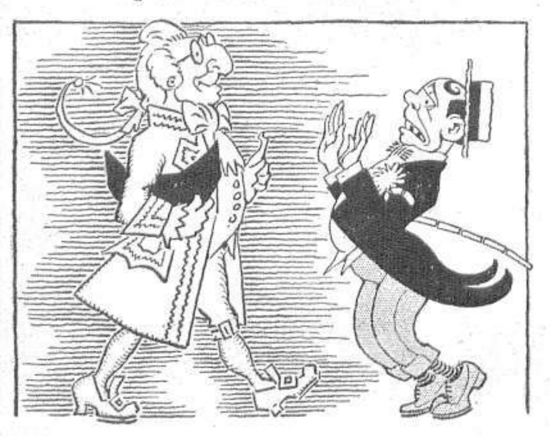
Yo confieso, sí, que pensé en la venganza;

SARRASQUETA TURISTA



VIAJES DE PLACER

Programa. — Vista de la Intendencia con su aguja hueca. Pórtico de la Catedral. Los grandes Bancos y los otros chicos de solo tres asientos. El Cabildo destorrado porque antes tenía una torre. La Casa sonrosada y las cuatro fuentes gemelas que completan la botonadura de monumentos de la gran plaza. También se ven las estrellas en pleno día. Instrucción-Recreo-Emoción.



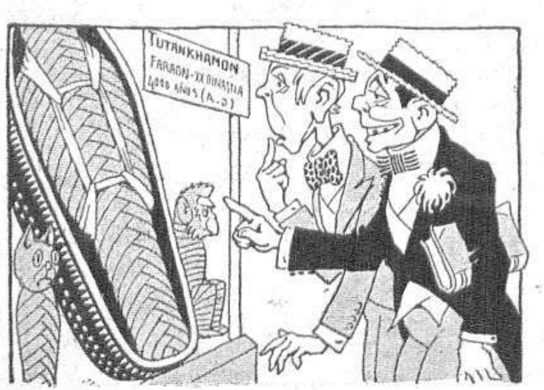
¡NO HAY QUE ASUSTARSE!

— No se asuste Sarrasqueta que no le voy a pinchar, soy tan solo un inofensivo dibujo modernista imitando a los antiguos.



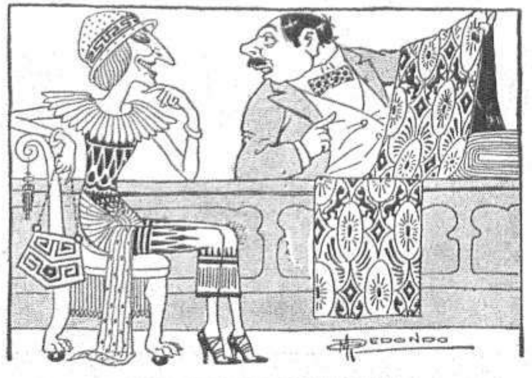
SARRASQUETA ENAMORADO

Sarrasqueta. — ¡Adiós! Tutan - kha - mona.
Dama. — ¡Agente! proceda contra este mico que me ha faltado al respeto llamándome mona y tute-ahn - dome.



EN EL MUSEO DEL CAIRO

Sarrasqueta. — ¿Primo, ves este grupo de tres figuras? la del centro es la momia en conserva del gran rey Tute - khamon.
Primo. — ¡Si que es un gran grupo! Ese es un fardo de bacalao sin espinas.



GALANTERIA COMERCIAL

Señora. — ¡Cómo me entusiasma todo lo que fabrica Tutenkhamon. Investigue dónde vive, deseo ser presentada para conocerle y admirarle.
Dependiente. — ¡Cómo, señorita, aún no le ha tratado; si es de su época siglo más o menos!


A todo hombre le deleita que su esposa sea fuerte, robusta y cariñosa y nada sino abundante salud puede dar esas cualidades. Si esta salud falta, ahí está la verdadera fuente de robustez para los debilitados, la justamente famosa
EMULSION DE SCOTT


LIGAS PARIS
Busque usted la marca de fábrica de Ligas Paris.
Le garantiza a usted completa satisfacción en las ligas.
MADE IN U.S.A.
PARIS GARTERS
No metal can touch you
las venden en todas partes los comerciantes de conciencia que procuran darle a usted los mejores artículos. Saben que las Ligas Paris le sirven a usted más tiempo y más a su gusto. Esos comerciantes merecen la confianza y la clientela de usted.
Pida usted siempre las Ligas Paris
A. STEIN & COMPANY
Chicago, U.S.A. - New York, U.S.A.
NO ACEPTE IMITACIONES



Baile en el Savoy Hotel organizado por la Comisión Directiva del "Fisherton Tennis Club", en honor de sus asociados.

Comisión de damas que integraron la Comisión organizadora de la kermesse pro "Barrio Alberdi" y autoridades que asistieron el día de la inauguración.

Señoritas que atendieron el kiosco "Las Flores", en la kermesse realizada a beneficio del Colegio Rosario.





LA CONFESION DEL DOMADOR



En el pórtico adornado con banderitas y farolillos de colores, se hallaba «Cascabela», el payaso grotesco, ridículo, haciendo descoyuntamientos con el cuerpo y gestos estrambóticos con todas las facciones de su cara, y dirigiendo la palabra al concurso, que acudía a la entrada del barracón titulado «Circo ecuestre del Universo y *de Europa*».

— Mariposa, señores y caballeros, — decía — la aérea fantástica, e *incomparabilísima* artista ecuestre Mariposa; aplaudida en los circos de París, Viena, Madrid, San Petersburgo, Berlín, Bilbao y otras capitales, se halla en esta ciudad, y por el módico precio de dos reales entrada general y cuatro asiento de *preferencia*... pueden ustedes admirar ese portento.

La voz del payaso seguía en un mismo tono, largando el hilo interminable de su cháchara encomiástica y llamativa; de tiempo en tiempo un grito, una mueca, un dicharacho con pretensión de chiste, o una voltereta, provocaba la hilaridad o el entusiasmo de la muchedumbre, que, paseando por el ferial, habíase detenido a escuchar al clown.

— Mamarracho, canalla, imbécil; ¡el hazme-reir ese! ¡Chillando todo el día y toda la noche! De buena gana iba allá y te molía a puñetazos.

Estas eran las murmuraciones que en voz sorda hacía en el barracón situado frente al del circo, un hombre de gran estatura, alto, vestido de negro, con bota alta charolada y frac de botones de oro: era Damián Robert, el domador, dueño de aquella barraca, llamada «Galería Zoológica con fieras de todas las latitudes y *especies conocidas*».

En los negros ojos de aquel hombre brillaban relámpagos de odio.

Ni el circo perjudicaba al barracón zoológico, ni éste a aquél. El público concurría a los dos, puesto que no bien se salía del espectáculo ofrecido por el uno podía asistirse al que el otro preparaba; además, en ambos se ofrecían cosas que, aunque diversas, eran de igual modo interesantes.

El odio que Damián el domador tenía a Cascabela el payaso, dueño y empresario del «Circo ecuestre del Universo y de Europa», no se fundaba en la competencia del negocio, ni tal vez en algún oculto sentimiento de envidia; se fundaba en los celos; el rudo, el terrible domador, aquel hombre feroz y arrojado que jugaba con los leones y los tigres como un niño con un perrillo o un gatito mimados, aquel domador al cual todo el mundo pronosticaba que habría de morir devorado por las fieras estaba enamorado. Su pasión era dominadora y ardiente; estaba enamorado de Mariposa, la linda acróbata favorita del público que acudía a la barraca del circo.

Mariposa, este era el nombre de guerra que usaba la artista acróbata, había nacido en Portugal, hija de un saltimbanqui del Brasil y de una cantarina inglesa; Mariposa era bohemia de sangre.

Damián había visto en la feria de un pueblo de Castilla a Mariposa, la había obsequiado, a la manera tosca pero generosa que se acomodaba mejor a la varonil aspereza de un domador; había hecho más, se había declarado a ella, haciéndola brillantísimas proposiciones.

Añadiré a mi galería zoológica, — dijo a la joven — un circo ecuestre y los dos espectáculos, ofre-

ciendo a la gente dobles atractivos nos proporcionarán dobles ganancias.

Mariposa aplazó la respuesta. Prefería sin duda vivir esclavizada por un contrato a aquel odioso empresario, a aquel feo, más que feo, horrible payaso. No obstante, Damián hubo de quedarse un día sorprendido: vió un día a Mariposa dando el brazo a un joven de regular estatura, de rostro hermoso y mirada serena y dulce; era el payaso Cascabela despojado de sus grotescos disfraces y de su abigarrado y risible aspecto de clown.

Cascabela se reía descaradamente de Damián, de aquel gigante, atlético, de aquel hombre dotado de un valor sereno y audaz. Se reía Cascabela, mirábale con ojillos burladores y a veces en las chavacanas peroratas que dirigía al público, solía hacer alusiones al Barracón de las fieras, y dirigir pullas de payaso al domador, al que se habrían de comer crudo sus *amables* huéspedes el día menos pensado.

— Cobarde payaso, tú sí que habrás de acabar por quedarte descoyuntado en una de esas volteretas de mono, decía Damián.

Entretanto, Mariposa seguía haciendo dengues y piruetas lindísimas, levantando la pierna y luciendo en el aire el zapatito blanco, quedándose en un pie sobre los lomos del caballo, rompiendo aros de papel, saltando bandas, y con singular coquetería moviendo la graciosa cabecita rubia y aceptando los aplausos y despidiéndose del público con hacer como que enviaba besos con las manos a las sillas, a los palcos y a las gradas del circo.

Mariposa, a pesar de su afabilidad y monería, y de hacer que Cascabela pensara que era preferido a Damián y Damián que a su vez era preferido a Cascabela, a pesar de esto, Mariposa no quería ni al uno ni al otro.

Una mañana Mariposa, muy contenta, llamó al barracón de Damián.

— ¿Se puede entrar?, dijo:

Los rugidos de los leones y los espantosos maullidos de las hambrientas panteras, resonaban de una manera formidable en el barraócn.

— Adelante, exclamó con remilgamiento y finura el domador; y al propio tiempo no pudo menos de manifestar su alegría al ver que iba también Cascabela con Mariposa.

Luego se le ocurrió a Damián hacer ver a Mariposa la superioridad que él tenía sobre el payaso.

— En honor de usted, señorita, voy a entrar en la gran jaula, dijo el domador, pero antes voy a enseñársela a ustedes.

Y el domador, precediendo a Mariposa y a Cascabela, penetró en la gran jaula. A un lado y a otro de ésta se veían los pasadizos que ponían en comunicación aquel escenario con las jaulas de las fieras.

Mariposa vió aquello, sentíase acobardada, y, sin embargo, veía enjauladas y a gran distancia las fieras; quiso salir en seguida y apenas hubo salido Damián cerró la puerta antes de que pudiera salir también de allí el pobre Cascabela.

— ¡Diablo; se ha cerrado la puerta! — exclamó Damián: — aquí nos quedamos; podremos pasarlo muy bien, añadió dirigiéndose a Cascabela, del cual se había apoderado un miedo terriible.

— ¿Qué vas a hacer? — dijo lleno de recelos a Damán.



— Voy a soltar el león grande y la pantera; ¿te amedrenta la idea? ¡Ah, pobre diablo! ¿de qué te sirven ahora tus chistes? prueba a reirte.

— Por Dios, Damián, no hagas una locura, dijo Cascabela con aire compungido y suplicante.

— ¿Por Dios y por los santos? Yo no creo en Dios ni en los santos, pobrete; soy un espíritu fuerte...

— Oh, yo te lo ruego, Damián. Este es un espantoso abuso de confianza, — repetía aterrado Cascabela.

— Nada te vale, infeliz; es preciso que nos pruebes que eres un valiente, replicó Damián; y al decir esto abrió las comunicaciones de las jaulas del león y de la pantera con la gran jaula.

La pantera penetró; ágil y con rápido paso llegó a la gran jaula; poco después llegó también el león majestuoso y aterrador. ¡Ah! el bravo Damián se lució pasando la mano con suavidad ora por uno, ora por otro de los lomos de las fieras, atronando a éstas con terribles gritos como rugidos; y vanidoso y satisfecho lució su valor y su maestría, para imperar sobre ellas.

Mariposa, llena de pavor y maravillada a la vez, contemplaba con asombro la figura altiva de Damián, que burlándose de Cascabela, blasfemando, sarcástico y terrible, se enorgullecía de tener avasallados a sus pies al enorme león y a la feroz pantera.

Cascabela sudaba, sentía corrientes de frío y de calor por la médula espinal... de pronto vé abierto uno de los pasadizos que daban a las otras jaulas y huye de allí movido por una idea de venganza; recordó entonces que Damián tenía miedo a los fantasmas, que educado en Africa era ignorante, y en fin, que siempre se lamentaba con terror supersticioso de haber abusado de su habilidad de esgrimidor en un desafío en el cual dió muerte a su camarada Juan.

Damián seguía entre el león y la pantera. De pronto oye un quejido como de voz humana, angustiada; pregunta quién ha lanzado aquel grito, y tanto Mariposa como Cascabela aseguran no haber oído nada. Este hecho se repite varias veces, hasta exaltar primero y preocupar después a Damián; porque los quejidos unas veces parecían partir de la pantera, otras del león. Va a herir a éste, y del León parte una voz, que dice: «¡Reza por Juan!» — A Damián se le erizan los cabellos de terror, los ojos parece que se le saltan de las órbitas; se dirige a la pantera, y ésta le grita «¡asesino!». No cabía duda, aquellos animales hablaban.

— ¿Qué queréis de mí? — les dice con espanto.

Entonces el león le manda arrodillarse; Damián se arrodilla angustiado; el león le interroga:

— ¿Te confiesas, cobarde?

— Sí — replica el domador, — en el colmo del espanto.

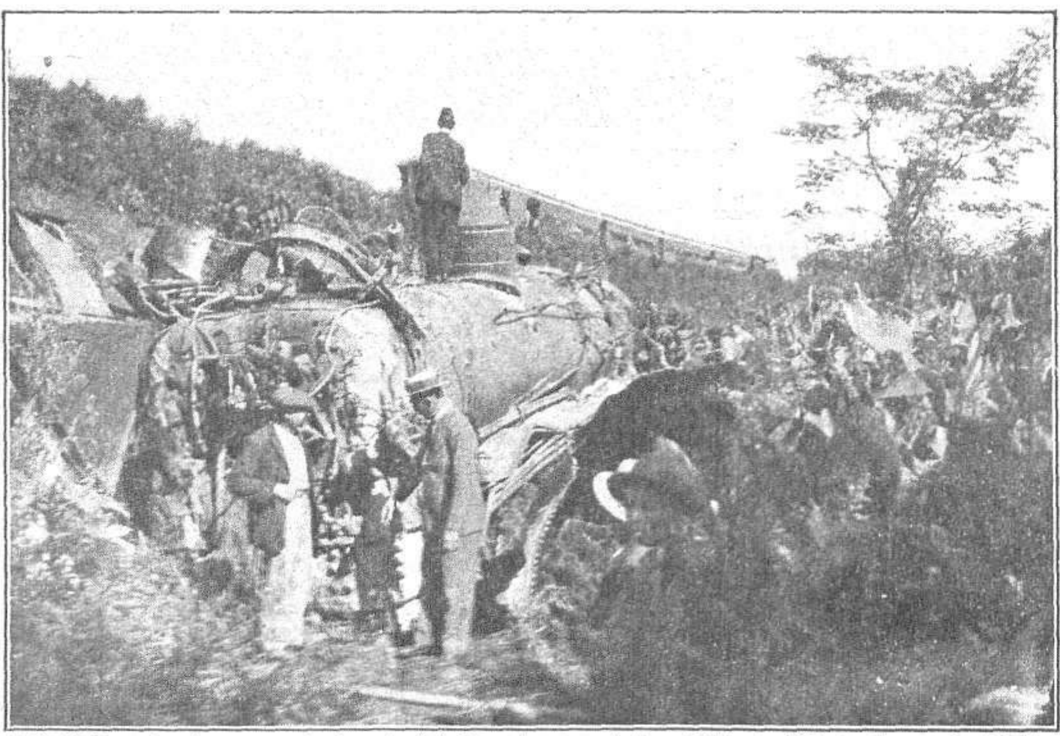
Entretanto, el león y la pantera seguían contemplándole inmóviles, tal vez aterrados por los movimientos del medroso domador que ellos seguirían tomando como por imperiosas amenazas.

— Confiesa — dijo otra voz que ni partía del león, ni de la pantera, que eres una gallina, y que el clown Cascabela es un admirable ventrílocuo.

Cascabela era quien hablaba.

Se oyó una carcajada aguda y sonora lanzada por Mariposa, que pocos meses después había dejado a Damián y a Cascabela por cobardes y se había fugado con un viejo de gran valor... en moneda.

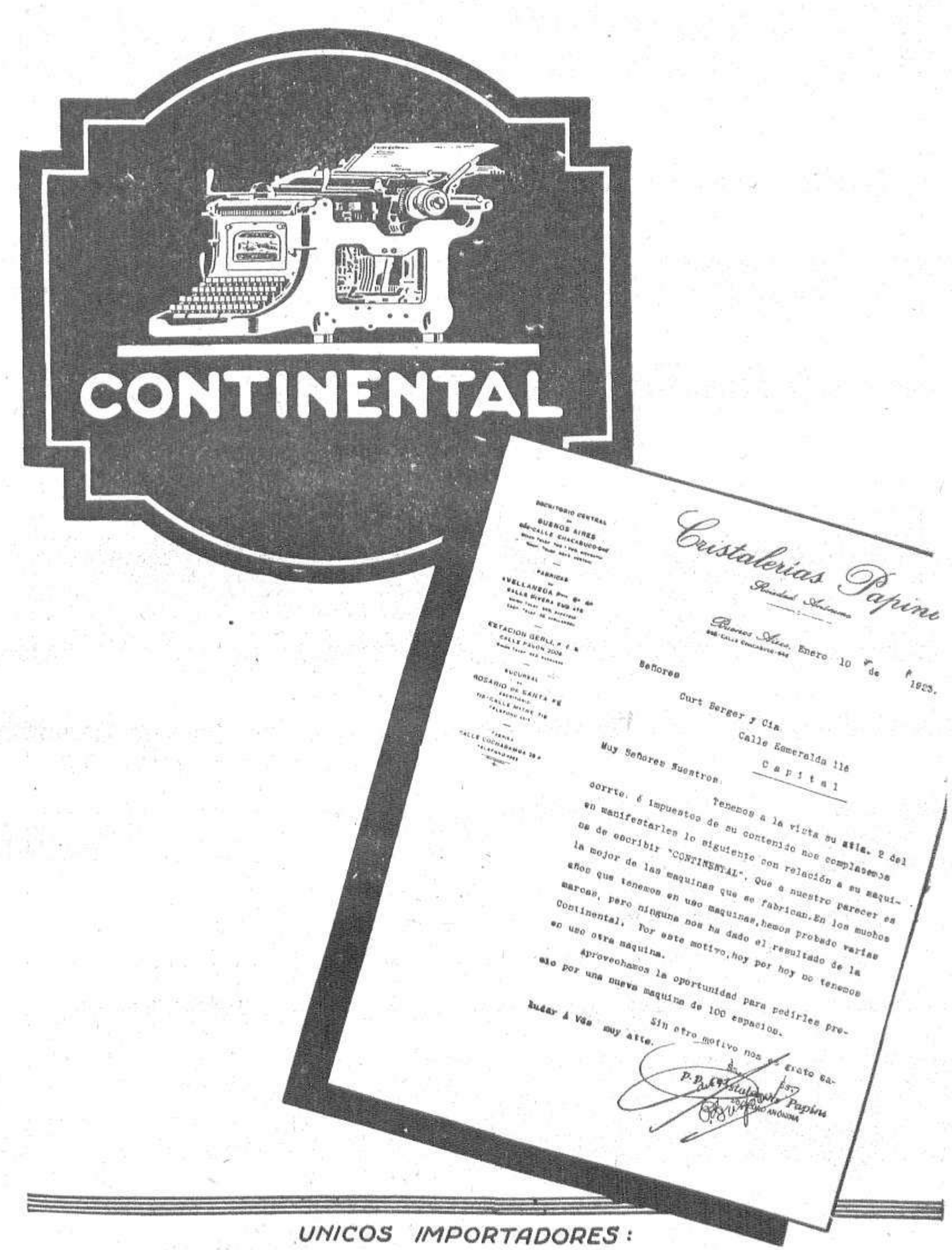
JOSÉ ZAHONERO



TAFI VIEJO. — Aspecto que presentan los restos de la locomotora que explotó en el kilómetro 807 de los Ferrocarriles del Estado (parada Curva de los Vegas). El combustible que alimentaba dicha locomotora era petróleo; la explosión, según el informe técnico se produjo por la falta de agua que dió lugar a un recalentamiento excesivo produciéndose una evaporación brusca determinante del hecho. Perecieron a consecuencia, el maquinista Abelardo Pacheco, el foguista José López y el inspector Juan Carlos Garofato, que viajaba en el miriñaque. Los pasajeros no sufrieron daño alguno.

PARA HACER CESAR LOS DOLORES DE ESTÓMAGO

La fermentación de los alimentos debida al exceso de acidez estomacal, es la causa de los sufrimientos digestivos, que congestionan después de las comidas, causan dolores de cabeza, acideces, gases, etc. Para desembarazarse de estos desarreglos gástricos hay que combatir la acidez, hacer cesar la fermentación, o, en otros términos, suprimir la causa del mal. Para obtener este resultado nada igual a la Magnesia Bisurada porque neutraliza la acidez, hace cesar la fermentación y esto permite que el estómago efectúe su trabajo sin dolor y de manera normal. Id pues a la farmacia hoy, y procuraos un frasco de Magnesia Bisurada, tomad media cucharadita de las de café en un poco de agua, y entonces podréis tomar las comidas sin temor a desarreglos ni dolores gástricos.



ESCRITORIO CENTRAL
BUENOS AIRES
868-CALLE CHACABUCO-868

FABRICAS
AVELLANEDA
ESTACION GERLI, F. C. S.
CALLE PAVON 2006

SUCURSAL
ROSARIO DE SANTA FE

Cristalerías Papini
Sociedad Anónima

Buenos Aires, Enero 10 de 1923.

Señores

Curt Berger y Cia.

Calle Esmeralda 116

C a p i t a l

Muy Señores Nuestros:

Tenemos a la vista su atta. 2 del corrte. é impuestos de su contenido nos complacemos en manifestarles lo siguiente con relación a su maquina de escribir "CONTINENTAL". Que a nuestro parecer es la mejor de las maquinas que se fabrican. En los muchos años que tenemos en uso maquinas, hemos probado varias marcas, pero ninguna nos ha dado el resultado de la Continental. Por este motivo, hoy por hoy no tenemos en uso otra maquina.

Aprovechamos la oportunidad para pedirles precio por una nueva maquina de 100 espacios.

Sin otro motivo nos es grato saludar á Vds. muy atte.

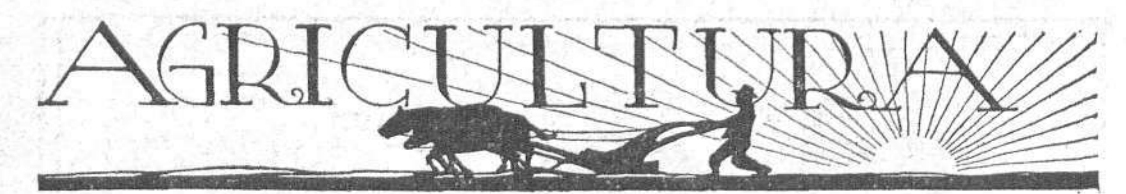
P. P. Cristalerías Papini
Sociedad Anónima

El interventor, doctor Gondra, en el salón blanco de la Gobernación recibiendo a la Comisión de Comerciantes que fué a saludarle como homenaje a su actuación.

El interventor municipal, señor Manuel Martínez, rodeado del personal de la intervención.

Egresados de la Escuela de Farmacia rodeando al decano de la institución.


PRODUCTOS
SUPREMA
SUPREMA
¿Está Vd. satisfecha de su belleza natural?
Si natura no ha sido muy pródiga con su físico, no desespere por ello. Vd. llegará a ostentar una belleza encantadora y envidiable, con un pequeño cuidado de su parte y con la ayuda de los excelentes
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO
Adherente, de gran finura y delicadamente perfumado.
AGUA COLONIA
De perfume exquisito y duradero, es ideal para el baño y el tocador.
Se venden en todas partes.
Sociedad General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía. — Bolívar, 1725
BUENOS AIRES
GRATIS remitimos muestra del
Polvo Grasoso SUPREMA
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
SUPREMA



LA TAREA DEL MES: LA PRIMERA ARADA

Terminada la trilla de los cereales de invierno, el agricultor inteligente tiene ante sí una tarea ineludible, improrrogable: la roturación de los rastrojos, que debe efectuar en seguida de levantar la cosecha de semillas finas.

Esta operación es de las más importantes y beneficiosas como preparatoria del éxito de la cosecha venidera; podríase decir que con ella se elabora, en su cincuenta por ciento o más, su resultado satisfactorio.

Es costumbre inveterada entre la mayor parte de los chacareros, la de dejar los rastrojos para pastoreo de los animales, con lo cual si bien se beneficia ese poco de pasto natural que ofrecen algunas gramíneas espontáneas o guachas que se reproducen, lo único que se consigue es que las malezas, libres del cereal que dificultaban su desarrollo, crecen, se levantan y semillan; quitan elementos nutritivos y humedad al suelo; y en fin, el pisoteo continuado de los animales, apelmaza su superficie, formando una costra dura que se opone a que las lluvias que abundan en verano, penetren en las capas profundas almacenándose en ellas, corriendo, en cambio, por los declives naturales y perdiéndose inútilmente; y al llegar la época de la arada, antes de la siembra, la tierra dura y seca dificulta esta operación y a veces la aplaza con los perjuicios derivados de una siembra tardía o inoportuna.



Un rastrojo invadido por las malezas.

En cambio, arando los rastrojos después de levantar la cosecha y rastreando en seguida, las malezas dadas vuelta, con sus raíces al sol, se secan, sus restos descomponiéndose se se incorporan al suelo y se evita que semillen y se reproduzcan para el año próximo.

Entretanto, el terreno arado beneficia de la acción fertilizadora de los agentes atmosféricos; el calor y el aire ejercen su rol oxidando las materias minerales y descomponiendo los organismos; y, lo que más importa, las aguas de lluvia penetran y filtran fácilmente hasta las capas inferiores formando un depósito de reserva para la próxima cosecha, para el cultivo siguiente.

Si después de una lluvia abundante y continuada pasamos la rastra sobre el rastrojo arado, habremos completado la obra de una manera admirable, porque removiendo la capa superficial del suelo, se interrumpe la evaporación del mismo, impidiendo que se pierda el agua almacenada en las capas profundas, formándose como un manto cohibente y protector que guarda en el suelo el precioso depósito de humedad que las aguas de lluvia almacenan y acopian.

Esta operación es indicada para todas las tierras, pero más beneficioso aún resulta para las arenosas y sueltas, como son las del Oeste de la provincia de Buenos Aires, La Pampa y San Luis; y es del todo indispensable para las zonas áridas, donde debe practicarse el cultivo de secano, como el Sud de la provincia de Santiago del Estero, en las que debe sembrarse temprano, antes de que empiece el invierno; y en cuanto al modo, puede efectuarse dando una reja superficial, liviana, a efectos de romper la costra y enterrar las malezas; se hace con arado doble y también, para que resulte más económica, muchos usan la rastra de discos de dos cuerpos, bastante cerrada, que realiza un buen trabajo y sumamente rápido, pues abarca tres metros de ancho.

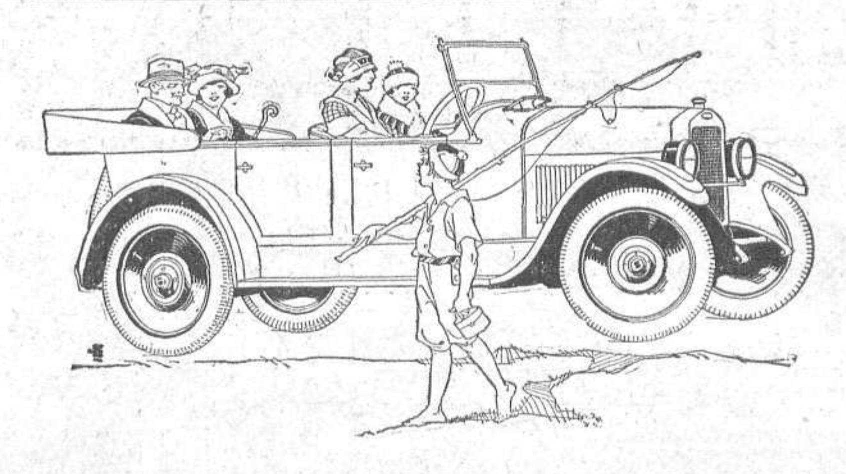
La roturación de los rastrojos ofrece otra ventaja de efectos apreciables, y es que facilita en sumo grado la segunda reja, preparatoria a la siembra; porque sucede que, generalmente durante el invierno, en las zonas mencionadas, como así mismo en las provincias de Córdoba y Santa Fe, las lluvias son escasas y a veces imperan las sequías continuadas y al llegar la época de la siembra, esas tierras, que desde enero hasta junio han sido pisoteadas por los animales en pastoreo, resultan tan secas y duras que es imposible romperlas con el arado, por lo que suele suspenderse la siembra hasta las primeras lluvias, con grave perjuicio de la cosecha venidera; en cambio, el agricultor que tiene sus rastrojos roturados desde temprano, encuentra la tierra suelta y puede prepararla tranquilamente sin verse obligado a arar al trote, o de noche, sin cansar demasiado sus animales y podrá en fin, realizar un trabajo bien hecho y en tiempo oportuno y útil.



Roturación de los rastrojos con rastra de discos.

Y, en fin, la siembra que constituye el objetivo final de estos trabajos preparatorios, se podrá efectuar en las mejores condiciones, porque la semilla, estando la tierra más fresca y húmeda, por la mayor reserva de agua de lluvia almacenada en las capas profundas del suelo, podrá germinar en seguida y en el tiempo más oportuno; y las raíces de las plantas, encontrando una tierra asentada y madura, como suele decirse vulgarmente, tendrán un crecimiento normal y completo, desde sus primeros períodos vegetativos. Si en los once millones de hectáreas de tierra sembrada con semillas finas, durante el año agrícola que termina, se aplicara el procedimiento cultural que acabamos de explicar en esta breve nota de vulgarización, no sería arriesgado asegurar que su producción aumentaría quizás en un treinta por ciento de lo que comúnmente suelen dar; vale, pues, la pena de aplicarlo y generalizarlo; si así fuera no se oiría hablar más de sequías, de tierras duras y de siembras tardías.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO.



MULTEDO y BERLINGIERI únicos importadores del auto OAKLAND, anuncian la llegada del nuevo modelo 1924 de *seis* cilindros con frenos en las *cuatro ruedas.*

Debe observarse que el OAKLAND de *seis* cilindros de 1924 es un coche enteramente nuevo; tiene un nuevo motor, nuevo bastidor, nueva carrocería y nuevo sistema de frenos en las *cuatro* ruedas. No es una simple mejora de modelos anteriores: es el producto acabado de una empresa que desde 1912 ha estado consagrada a la fabricación de automóviles de seis cilindros. El coche está construído con un grado de precisión que no tiene rival entre los que, en cuanto a precio, pertenecen a la misma clase.

NECESITAMOS AGENTES DE RESPONSABILIDAD

UNICOS IMPORTADORES:

MULTEDO & BERLINGIERI

CANGALLO, 1430 U. T. 35, LIBERTAD, 2040. BUENOS AIRES

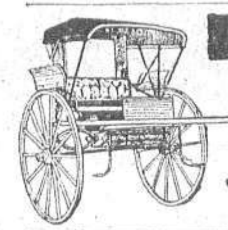


De San Luis

"Te despedida", realizado en el local de la Escuela Normal de Maestras por las alumnas egresadas con el título de maestras.

El señor Carlos Hortd, director de la Escuela Lafinur, rodeado del personal docente del establecimiento, en el homenaje de despedida que se le tributó al retirarse del puesto que desempeñaba.







CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



Y usted, doctor, ¿qué piensa de la Providencia?

El doctor T., el eminente alienista así interpelado, alzó los hombros, depositó en el cenicero lo que quedaba de su cigarro y respondió:

— ¿Qué quiere usted que piense de una fuerza ciega que nadie conoce entre nosotros? Cuando más podría indignarme contra esa tendencia que se tiene generalmente, a no atribuír a la Providencia sino los acontecimientos agradables. ¿Evítase una desgracia? ¡Se debe a la intervención de la Providencia! ¿Os sucede algo inesperado y feliz? También la Providencia ha intervenido en ello. Sin embargo, se debería una vez poi todas hacérsela responsable también de las catástrofes. Sí, amigos míos, la Providencia es con frecuencia buena, pero suele tener refinamientos de crueldad que turban la razón y desorientan nuestro juicio...

— ¡Oh! ¡Oh! doctor, he aquí un début que promete una historia — alguien dijo.

— Efectivamente, replicó el doctor — en apoyo de lo que afirmo puedo contarles una historia; una historia tan terrible como verdadera, de la cual sacarán ustedes una conclusión concerniente a esa Providencia... si lo consiguen.

«Tengo desde hace dos años, en mi servicio del asilo de Vancluse, un enfermo llamado Pedro Scott, atacado de la locura más horrible que haya yo encontrado en el curso de mi larga carrera.

«Ese desgraciado no está loco en el sentido estricto de la palabra, pues todas sus ideas son perfectamente coordinadas y sus actos habituales perfectamente razonables, pero tan solo la vista de un niño es suficiente para ponerle fuera de sí y arrojarlo en una crisis espantosa; ruge, echa espuma, se precipita sobre el pequeño ser inofensivo y lo ahogaría sino se le arrancara de sus brazos.

«Lo más atroz es que Scott, una vez pasado el ataque, tiene completa conciencia de su estado, *sabe* que en cuanto ve un bebé *deberá obedecer* a esa fuerza misteriosa que lo domina y que se apoderará en el instante preciso de su voluntad, por lo cual me suplica que lo mantenga encerrado. No puedo siquiera autorizarlo a pasearse por el parque, y él mismo me pide no hacerlo, pues el año pasado estuvo a punto de despedazar al hijo del jardinero, un niño de tres años, ante los ojos del propio padre.

«¡Oh! señores, el estudio de las enfermedades mentales ha hecho, desde algunos años a esta parte, inmensos progresos, pero ¿llegaremos jamás a sorprender los secretos de esa materia gris que constituye el cerebro? Lo dudo, porque si bien la locura, según hoy se la cree, es causada por una lesión cervical ¿cómo se explica que sea necesario, indispensable, para producir súbitamente un ataque de locura? Porque, retengan ustedes esto: Scott *quiere* a los niños, habla de ellos con ternura y se complace en admirar sus fotografías, pero desde que ve un niño *vivo*, se acabó: el ataque se manifiesta imperioso, inmediato.

«¿Conocen ustedes algo más terrible que el sufrimiento moral de ese desventurado que se da cuenta a la vez de su involuntaria crueldad y, por consiguiente, de la necesidad de su reclusión?

«Y bien, mis amigos, ese hombre de treinta años, perfectamente constituído, de quien yo he estudiado con el mayor cuidado los antecedentes inmejorables hasta cinco generaciones; ese hombre que no es ni alcoholista, ni degenerado, cuya vida ha sido ejemplar, ese hombre que *hubiera, normalmente,* debido ser el último de los candidatos a la locura, soporta sus actuales tormentos en recompensa de un acto heroico.

— En recompensa de un acto heroico. ¡Pero eso es atroz!

— ¡Eh, pardiez! bien sé que es atroz. Escuchen:

«Pedro Scotti vivía feliz. Casado con una joven que lo adoraba, tenía además la suerte de poseer un hijo, lindísima criatura, que acababa de cumplir *diez meses en la época del suceso que os refiero.*

«Scotti ganaba ampliamente su vida como empleado de la Compañía Parisiense del Gas, y su mujer, muy hábil, muy laboriosa, hallaba el medio, sin descuidar a su bebé, de confeccionar en su casa modelos para una modista de la calle de la Paz.

«Habitaba el joven matrimonio en Batignolles, calle de las Damas, un coqueto departamento, y ante él se abría la vida sonriente y clara.

«Un hermoso domingo de septiembre, la señora de Scotti, aprovechando la presencia de su marido cerca del niño, partió hacia las tres para llevar ella misma algunos sombreros de urgencia a la casa de modas y, como el tiempo estaba soberbio, se convino en que volvería en la imperial del tranvía eléctrico de Saint-Ouen y que Pedro iría a su encuentro paseando al chiquillo por la Avenida de Clichy. No le costaría nada reconocerlos desde lejos y bajar del tranvía para regresar tranquilamente a pie con ellos.

«Scotti, encantado con la combinación, orgulloso de pasear a su hijo, lo instaló en su coqueto cochecito capitoneado de blanco y partió contento.

«El bebé, sano, maravillado, sonreía a todas las cosas que desfilaban por delante de sus ojos deslumbrados y extendía, a intervalos, los brazos a su padre, gorjeando como lo hacen los niños que no hablan todavía.

«¡Ah, había de verse al padre, radiante, inclinarse sobre su hijo, hablarle, excitarle a reir, detenerse a veces para enderezarle las almohadas, para proseguir después, empujando suavemente sin choques ni barquinazos el cochecito que llevaba su tesoro!

«En la Avenida Clichy tomó Pedro el borde de la vereda y comenzó a espiar la llegada de los tranvías de Saint-Ouen; varios pasaron sin que reconociera a su mujer entre los viajeros de la imperial. Por fin la divisó haciéndole señas desde lo alto de uno de los pesados vehículos, pero, habiendo bajado los ojos, he aquí que Scotti nota en medio de la calzada, entre los rieles, a veinte metros del tranvía que avanza, una niñita como de dos años que miraba, inconscientemente, para todos lados.

«¡En el acto Pedro Scotti se lanza, levanta a la niña y salta al otro lado de la vía!

«¡Era tiempo! Un segundo más y ambos hubieran sido destrozados.

«Mientras tanto, clamores de pavor levántanse en la calle, dominados por un grito más agudo, desgarrador, que parte de la imperial del tranvía:

—¡Pedro! ¡Mi Pedrito!

«¿Qué había sucedido?

«¡Ay! Pedro Scotti, para cumplir su valiente salvamento, debió abandonar el cochecito de su hijo, el cual, siguiendo el declive de la vereda, fué a estrellarse bajo las ruedas.

«¡Toda esta escena no duró cinco segundos y nadie pudo interponerse!

«La señora Scotti lo vió todo desde la imperial, lanzando un grito hendió el aire con sus brazos y cayó luego repentinamente muerta.

«En presencia de esa doble catástrofe tan inmerecida, Pedro fué presa de un temblor nervioso seguido de una rabia ciega que se apoderó de él con extraordinaria violencia y, asiendo por la garganta a la niña que acababa de salvar y a quien tenía todavía de la mano, la estranguló con sus dedos crispados. Fueron necesarios seis hombres para arrancarle su víctima.

Una fiebre intensa se declaró. Scotti permaneció ocho días entre la vida y la muerte. Poco a poco curó, pero la necesidad de estrangular a los niños que *ve* le es siempre imperiosa.

«¿No le hubiese más valido cien veces la muerte?

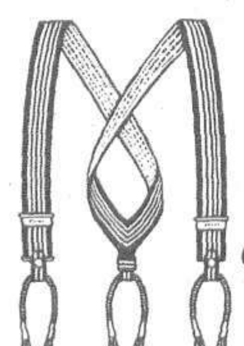
«Y bien, señores, concluyó el doctor T... ¿qué dicen Vds. de la Providencia en esta historia?

J A I M E   D E N T U


Galletitas
OPERA
OBLEAS CON CREMA
"BAGLEY"
M.S. BAGLEY & CIA LTDA
GALLETITAS
OPERA
(OBLEAS CON CREMA)
Se imitan
pero no se
igualan.
(10 gustos diferentes)
ELABORAMOS 52 VARIEDADES



SON MUY BUENOS



LIVIANOS
Y CÓMODOS

PROLIJA
CONFECCIÓN

GRAN VARIEDAD EN
GUSTOS y PRECIOS
EXAMINELOS ANTES DE
COMPRAR OTRA MARCA
VD. LOS ADOPTARÁ



Cuando el sistema se halla desequilibrado, cualquier esfuerzo anormal causa la sensación de agotamiento, síntoma precursor de la **Anemia, Clorosis, Debilidad física y mental**, etc.
Un corto tratamiento con la

Bioforina Liquida de Ruxell

mantiene al enfermo en pleno equilibrio orgánico, hace recuperar el apetito y las fuerzas, sintiendo, desde los primeros frascos, que una nueva energía invade en su organismo.

De venta en todas las farmacias.

Concesionario:
FEDERICO TAUBER
Sáenz Peña, 890 - Bs. Aires.

Para las madres que crian

Fibrol

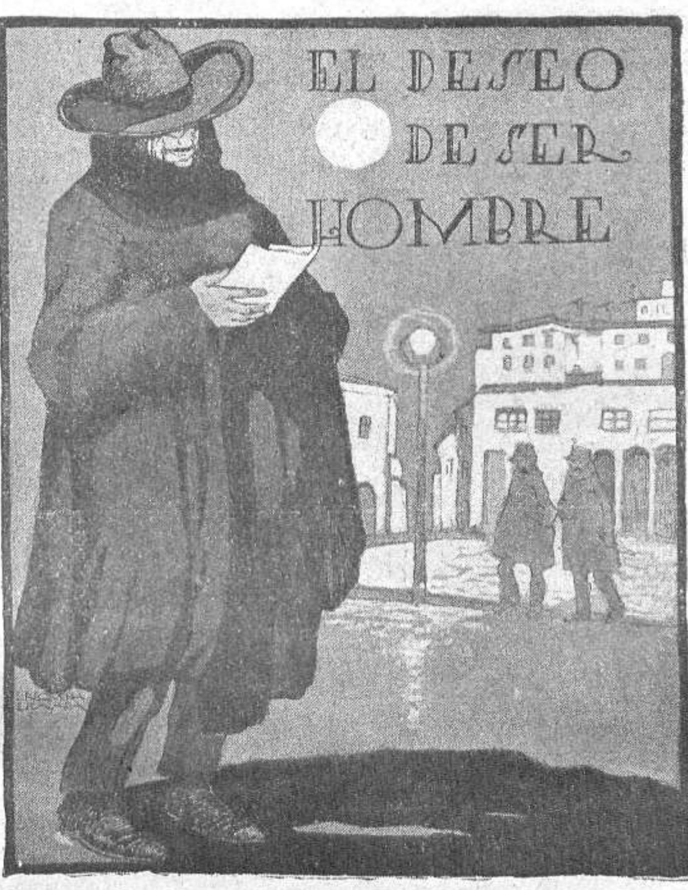
Tonifica y Nutre

3.50

En las farmacias

Uno de esos hombres ante los cuales la naturaleza puede erguirse y decir: «¡He aquí un hombre!»

SHAKESPEARE: *Julio César.*



SONÓ la medianoche en la Bolsa, bajo un cielo lleno de estrellas. En aquella época las exigencias de la ley militar pesaban todavía sobre los ciudadanos, y después de la orden de *cubrefuego* los mozos de los establecimientos, aun iluminados, se daban prisa en cerrar.

Sobre los bulevares, en el interior de los cafés, las mariposas del gas, una a una se iban raudamente y se perdían en la obscuridad. Se oía desde fuera el ruido de las sillas elevadas por docenas sobre las mesas de mármol; era el instante psicológico en que cada camarero juzga necesario, dirigiéndose a los últimos consumidores, indicarles, con el brazo empavesado con una servilleta, las horcas caudinas del cierre medio echado.

Este domingo silbaba el triste viento de octubre. Algunas hojas amarillas, polvorientas y murmurantes, volaban con las ráfagas, chocaban con las piedras y rasaban el asfalto; después, semejantes a ratas, desaparecían en la sombra, despertando la idea de los fugaces días ya vividos. Los teatros del bulevar de Crimea, en que durante la noche se habían apuñalado entre sí todos los Médicis, todos los Salviati y todos los Montefeltre, se convertían en guaridas del silencio, con las mudas puertas guardadas por cariátides. Coches y peatones resultaban de minuto en minuto más raros; aquí y allá, escépticas linternas de traperos lucían sus fosforescencias, atraídas por los montones de basura sobre los cuales erraban.

En lo alto de la calle Hauteville, bajo un reverbero, en el ángulo de un café de muy lujosa apariencia, un paseante de fisonomía saturniana, barba afeitada, con andares de sonámbulo, largos cabellos grises, bajo un sombrero género Luis XIII, enguantado de negro, bastón con puño de marfil, envuelto en una vieja hopalanda azul, forrada de dudoso astrakán, se detuvo como si hubiese maquinalmente tratado de franquear la calle que le separaba del bulevar Bonne Nouvelle.

Este personaje retrasado ¿volvía a su casa? Los azares de un paseo nocturno ¿le habrían conducido a este rincón de la calle? Resultaba difícil adivinarlo sólo por su aspecto. Al advertir a su derecha uno de esos estrechos y largos adornos de cristal, especie de espejos públicos, que abrillantan a veces los vanos de las portadas de los cafés, hizo un alto brusco, se colocó de frente a su imagen, midiéndose deliberadamente de arriba abajo; luego, quitándose el sombrero con un gesto que copió en el acto su otro yo, se saludó con amanerada cortesía.

Su cabeza descubierta así de improviso, permitió entonces reconocer al ilustre actor trágico Esprit Chaudval, *né* Lepeinter, llamado Monauteuil vástago de una muy digna familia de pilotos maluínos y que los misterios del destino habían inducido a transformarse en un gran primer actor de provincia, atracción de programas para el forastero, y rival (a menudo feliz) de nuestro Federico Lemaitre.

Mientras que se estudiaba con aquel raro estupor, los mozos del café endosaban los gabanes a sus últimos parroquianos, les descolgaban los sombreros, en tanto que los otros camareros removían ruidosamente los cacharros, los vasos y las tazas, o apilaban con cierto arte sobre las mesas las monedas de cobre de la jornada. Este apresuramiento, este susto, los originaba la presencia amenazadora de dos guardias, que, de pie sobre la acera, con los brazos cruzados, dirigían una fría mirada al patrón retardatario.

Bien pronto los tableros que defendían las ventanas y las puertas del café fueron sujetados con sus listones de hierro, a excepción del que amparaba el cristal del vano, olvidado en la precipitación general.

El bulevar quedó silencioso, y Chaudval solo, indiferente al cierre, seguía en su actitud extática en el rincón de la calle Hauteville, ante el cristal olvidado.

Este espejo, sin azogue, lívido y lunar, parecía dar al artista la sensación que hubiese experimentado bañándose en un estanque. Chaudval tiritó pensando en ello.

¡Ay!, digámoslo: en ese cristal cruel y sombrío acababa de percatarse de su envejecimiento.

Comprobaba que sus cabellos, ayer todavía canos, tornábanse claros de luna: ¡se había acabado! ¡Adiós llamadas y coronas; adiós rosas de Talía, laureles de Melpómene! ¡Era preciso despedirse para siempre, con los puños cerrados y las lágrimas en los ojos, de las Leonoras y Lauras, de los disfraces y las pelucas, de los Dugazones y las ingenuas!

¡Era forzoso descender de prisa del carro de Tespis, y verle alejarse llevando a los camaradas! Después, desaparecer con el crepúsculo en el recodo de la ruta.

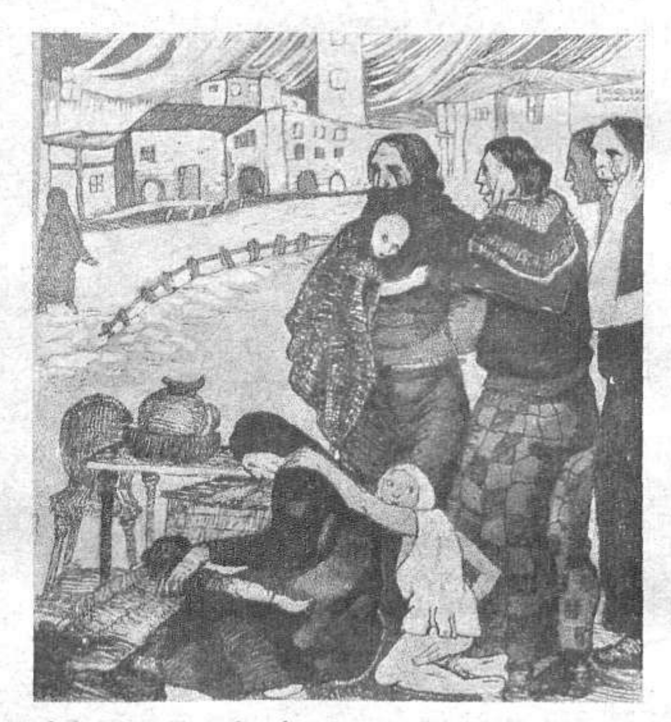
Chaudval, bruscamente percatado de la trage-

dia, suspiró. Un resplandor pasó ante sus ojos; una especie de fiebre invernal le invadía, y la alucinación dilataba sus pupilas.

La fijeza temerosa con que sondeó el espejo providencial acabó por dar a sus ojos facultades de agrandar los objetos y saturarlos de esa solemnidad que los fisiólogos tienen comprobada en los individuos heridos por una emoción muy intensa.

El largo cristal se deformó bajo sus ojos cargados de ideas turbadoras. Recuerdos de la infancia, de playas y flotas argentadas, danzaron en su cerebro. Y este espejo, sin duda a causa de las estrellas que ahondaban su superficie, le sugirió la imagen del agua dormida de un golfo. Luego, cambiando todavía, gracias a los ensueños del viejo, el cristal revistió el aspecto de la alta mar libre y de la noche, los dos antiguos amigos de los corazones vacíos.

Se embriagó durante un largo rato con esta visión; pero el reverbero, que daba tonos rojos a la neblina fría que se dilataba detrás de él y por encima de su cabeza, le pareció que se reproducía en el fondo del terrible cristal, como el fulgor de un *faro* color de sangre que indicaba el camino del naufragio al barco perdido en su ruta.



Rechazó este vértigo y se irguió en toda su elevada estatura, con un golpe de risa nervioso, falso y amargo, que conmovió, bajo los árboles, a los dos guardias. Por suerte, los guardias, creyendo en un borracho vagabundo o en algún enamorado mal correspondido, continuaron su paseo oficial, sin conceder ninguna importancia al miserable Chaudval.

— ¡Bien, renunciemos! — dijo sencillamente y en voz baja, como el condenado a muerte que, súbitamente despertado, dice al verdugo: «estoy a su disposición, amigo mío».

El viejo comediante se aventuró entonces en un monólogo interminable, melancólico, desengañado.

— He obrado prudentemente cuando encargué la otra noche a la señorita Puison (que puede acercarse hoy al oído y aun a la almohada (1) del ministro) que me obtuviese entre sus fogosas confesiones la plaza de guardián de faro, desempeñada por sus padres en las costas del Poniente. ¡Ahora comprendo el efecto extraño que me ha producido el reverbero en el cristal!... Era mi última preocupación. Puison va a enviarme mi nombramiento, estoy seguro. Iré a retirarme a mi faro. Alumbraré los barcos lejanos sobre el mar. ¡Un faro! Esto da siempre un aire digno. Soy solo en el mundo: es el asilo más conveniente para mis últimos días.

De repente, Chaudval interrumpió su ensueño.

— ¡Ah! — dijo tanteándose el pecho bajo la hopalanda; — en esta carta que aun no he querido leer, porque es demasiado fuerte ver realizado o ver irrealizado mi proyecto, está mi sentencia.

Se detuvo un momento indeciso; después, apoyándose en un farol, abrió el sobre de la carta, y leyéndola de una sola mirada, exclamó:

— ¡Mi faro! ¡Mi nombramiento!... «¡Salvado, Dios mío!» — añadió, por una vieja costumbre maquinal, con una voz de falsete tan brusca, tan diferente de la suya, que miró alrededor creyendo en la presencia de un tercero.

— ¡Vamos, calma, hay que ser *un hombre!* — repuso en seguida.

Pero a esta palabra Esprit Chaudval, *né* Lepeinter, llamado Monauteuil, se detuvo como transformado en estatua de sal; esta palabra parecía haberle inmovilizado.

— ¿Eh? — continuó después de un silencio. — ¿Qué acabas de desear? ¿Ser un hombre?... Realmente es algo que ambicionar.

Se cruzó de brazos, reflexionando.

— Hace cerca de medio siglo que yo *represento*, que yo *finjo* las pasiones de otros sin experimentarlas jamás, porque en el fondo yo no he experimentado nunca nada.



¡No soy, pues, el semejante de los «demás» sino para divertir! ¿No soy pues, más que una *sombra*? ¡Las pasiones!, ¡los sentimientos!, ¡los actos reales! ¡REALES!: He aquí lo que constituye al HOMBRE propiamente dicho! Ahora, puesto que la edad me fuerza a volver a entrar en la Humanidad, debo procurarme pasiones o algún sentimiento *real*... ¡ya que es la condición esencial por la que podría pretender el título de Hombre. Esto está sólidamente razonado: esto se cae de su peso. Probemos, pues, a ser aquello que esté más en relación con mi naturaleza, al fin resucitada.

Meditó, añadiendo después melancólicamente:

— ¿El amor?... Demasiado tarde. ¿La gloria? ¡La he conocido! ¿La ambición?... Dejemos esta pamplina a los políticos.

Dió de pronto un grito:

— ¡Ya está! — dijo: — *¡el Remordimiento!*... He aquí lo que sienta a mi temperamento dramático.

Se miró en el cristal adoptando una actitud convulsa, contraída como por un horror sobrehumano.

— ¡Esto es! — concluyó. — ¡Nerón! ¡Macbeth! ¡Orestes! ¡Hamlet! ¡Eróstrato! ¡Los espectros!... ¡Oh!, ¡sí! ¡Yo también quiero ver los espectros *verdaderos!*, como esas gentes que tienen la suerte de no poder dar un paso sin encontrarse con sus espectros.

Se golpeó la frente.

— Pero *¿cómo?* ¡Si soy inocente como el cordero que acaba de nacer!

Y después de una nueva pausa:

— ¡Ah! ¿Por qué no ser criminal? — repuso; — ¡quien quiere el fin quiere los medios!... ¡Tengo el derecho de volverme a todo precio lo que debo ser! ¡Tengo derecho a la humanidad! ¿Para expe-

rimentar remordimientos es preciso haber cometido crímenes? Pues bien: los cometeré si es preciso, desde el momento en que obro por... por buenos motivos. Sí... ¡Sea! (Se pone a sostener un diálogo.) Voy a perpetrar horrores. ¿Cuándo?... En seguida. No lo dejemos para mañana. ¿Cuáles? — ¡Uno solo!, ¡pero grande!, extraordinario; ¡capaz de hacer salir del infierno a todas las furias! ¿Y cuál? Diablo, lo más fulgurante... ¡Bravo! ¡Ya está!: *¡El Incendio!* ¡No tengo más que el tiempo preciso para incendiar, hacer mis maletas y volver acurrucado detrás del vidrio de un coche, gozar de mi triunfo en medio de la muchedumbre espantada y recoger las maldiciones de los moribundos...; después ganar el tren del Noroeste, con los remordimientos en las maletas, para el resto de mis días! ¡En seguida iré a ocultarme en mi farol!, ¡en la luz!, ¡en pleno océano!, donde la policía no podrá, por consecuencia, descubrirme jamás, siendo mi crimen *desinteresado*. Y allí bramaré solo. (Chaudval se yergue improvisando este verso de corte absolutamente corneliano:)

¡Me libra de sospechas la [grandeza del crimen!

Decidido. Y ahora — acabó el gran artista, cogiendo una piedra después de haber mirado alrededor para asegurarse de la soledad circunstante — y ahora tú, tú, no reflejarás ya a nadie.

Y lanzó la piedra contra el cristal que parecía haberle descubierto el destino, y que se rompió en mil fragmentos brillantes.

Cumplido este primer deber y poniéndose en salvo apresuradamente, como satisfecho de una primera pero enérgica y ruidosa acción, Chaudval se precipitó hacia los bulevares, donde, algunos minutos después y por su orden, un coche se detuvo, le recogió y desapareció.

Dos horas más tarde las llamas de un incendio horroroso brotaban de los grandes almacenes de petróleo, de aceites y fósforos, repercutiendo sobre todos los vidrios del «faubourg» del Temple. Bien pronto numerosos escuadrones de bomberos, provistos de sus armas de combate, en sus carros de guerra, acudieron de todos lados difundiendo con sus trompetas esa lúgubre alarma que penetra en las alcobas de todos. Innumerables pasos precipitados sonaban sobre las aceras: la multitud inundaba la gran plaza del «Chateau d'eau» y las calles inmediatas. En menos de un cuarto de hora un destacamento de tropas formó un cordón alrededor del incendio. Los policías, al fulgor sangriento de antorchas, contenía a distancia la masa humana.

Los coches, obstaculizados, no circulaban ya. Todo el mundo vociferaba. Se oían gritos lejanos entre crepitaciones terribles. Las víctimas aullaban, aprisionadas en este infierno, y los techos de las casas se desplomaban sobre ellas. Un centenar de familias, las de los obreros de los talleres que se incendiaban, se veían, ¡ay!, sin recursos y sin asilo.

Más abajo un solitario coche, cargado con dos gruesas maletas, se hallaba estacionado detrás de la multitud detenida en «Chateau d'eau». Y en ese coche estaba Esprit Chaudval, *né* Lepeinter, llamado Monauteuil, que de vez en cuando alzaba la cortinilla y contemplaba su obra.

— ¡Oh! — se decía muy bajo, — ¡cómo siento horror de mí mismo ante Dios y ante los hombres! Sí, he aquí, he aquí la figura de un réprobo.

La cara del buen viejo comediante resplandecía.

— ¡Oh, miserable! — gruñía, — ¡qué insomnios vengadores voy a gustar rodeado de los fantasmas de mis víctimas! ¡Siento en mí sordamente el alma de los Nerones incendiando a Roma por exaltación de artista!; ¡de los Eróstratos incendiando el templo de Efeso por amor de la gloria!, ¡de los Rostopchines incenciando a Moscú por patriotismo!; ¡de los Alejandros quemando a Persépolis por galantería, por un *deber* inexcusable, porque no contaba con otro medio para defender mi existencia! ¡He incendiado porque me debo a mí mismo!... ¡Me voy! ¡Qué hombre voy a ser!... ¡Cómo voy a vivir! ¡Sí, sabré, en fin, lo que se experimenta cuando se es atormentado!... ¡Qué deliciosamente voy a pasar las más magníficas noches de horror! ¡Ah!, ¡respiro!, ¡renazco!... ¡Existo!... ¡Cuando pienso que he sido comediante!... Pero como no soy ahora a los groseros ojos humanos más que carne de patíbulo, huyamos con la rapidez del rayo! Vamos a encerrarnos en nuestro faro para gozar en paz de los remordimientos.

A los dos días, por la noche, Chaudval llegó a su destino sin obstáculo; tomó posesión de su viejo faro desolado, situado en nuestras costas septentrionales: farola en abandono sobre una edificación en ruinas: que la compasión ministerial había reanimado para él.

Apenas si la señal podía ser de utilidad para alguien; no era más que una superchería, una sinecura, una morada con una luz sobre la cabeza, de la que todo el mundo podía prescindir, salvo Chaudval.

Allí, el digno trágico, habiendo transportado su equipaje, víveres y un gran espejo para estudiar sus efectos de fisonomía, se encerró en seguida, al abrigo de toda sospecha humana.

Alrededor se quejaba el mar, donde el viejo abismo de los cielos bañaba sus estelares claridades. Miraba las olas asaltar su torre bajo los embates del tiempo, como el Estilita podía contemplar a las arenas embestir su columna en los días tempestuosos en que se despertaba el simún.

A lo lejos seguía, con una mirada sin ideas, el humo de los vapores y las velas de las lanchas pescadoras.

A cada instante, este soñador olvidaba su incendio, subiendo y bajando la escalera de piedra.

La noche del tercer día, Lepeinter, como le llamamos nosotros, sentado en su aposento, a sesenta pies sobre las olas, releía un diario de París en que se relataba la historia del gran siniestro sucedido la antevíspera.

Un malhechor desconocido había arrojado al-

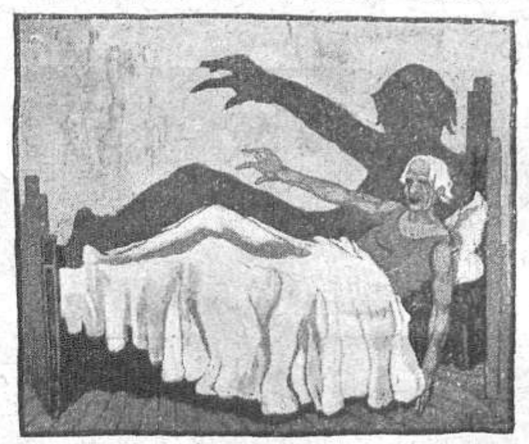
gunos fósforos en los depósitos de petróleo. Un monstruoso incendio, que había tenido de pie toda la noche a los bomberos y a los vecinos de los barrios circundantes, se declaró en el «faubourg» del Temple. Cerca de cien personas habían perecido, y numerosas familias habían quedado sumidas en la más negra miseria.

Todo el barrio, todavía humeante, estaba de duelo. Se ignoraba el nombre del miserable que había cometido esta maldad, y, sobre todo, el *nombre* del criminal.

A tal lectura, Chaudval saltó de gozo, y frotándose febrilmente las manos, gritó:

—¡Qué éxito! ¡Qué maravilloso asesino soy! ¿Seré suficientemente atormentado? ¡Qué de espectros voy a ver! ¡Sabía bien que yo llegaría a ser un Hombre! ¡Ah!, el medio de que me he valido ha sido duro y cruel, lo confieso. ¡Pero era preciso!... ¡Era preciso!

VILLIERS DE L'ISLE ADAM



Releyendo el periódico parisiense, y viendo que se organizaba una representación extraordinaria a beneficio de las víctimas, Chaudval murmuró:

—¡Diablo! ¡Qué hermoso sería que yo prestase el concurso de mi talento a beneficio de mis víctimas! ¡Constituiría mi noche de despedida! ¡Naturalmente, yo escogería *Orestes*, y llegaría en la declamación de mi papel adonde nadie llegó!

Desde entonces Chaudval empezó a vivir en su faro.

Y las noches pasaron y se sucedieron.

Una cosa asombraba al artista. ¡Una cosa atroz!

Contra sus esperanzas y previsiones, su conciencia no le angustiaba con ningún remordimiento. ¡Ningún espectro se mostraba! ¡No experimentaba *nada, absolutamente nada!* No podía creer en el silencio.

¡A veces observaba en el espejo que su cabeza bonachona no había cambiado! ¡Furioso, entonces, trastrocaba las señales que hacía, con la radiosa esperanza de hundir a lo lejos alguna embarcación, a fin de ayudar, de activar, de estimular los remordimientos rebeldes!, ¡de excitar a los espectros!

¡Trabajo perdido!

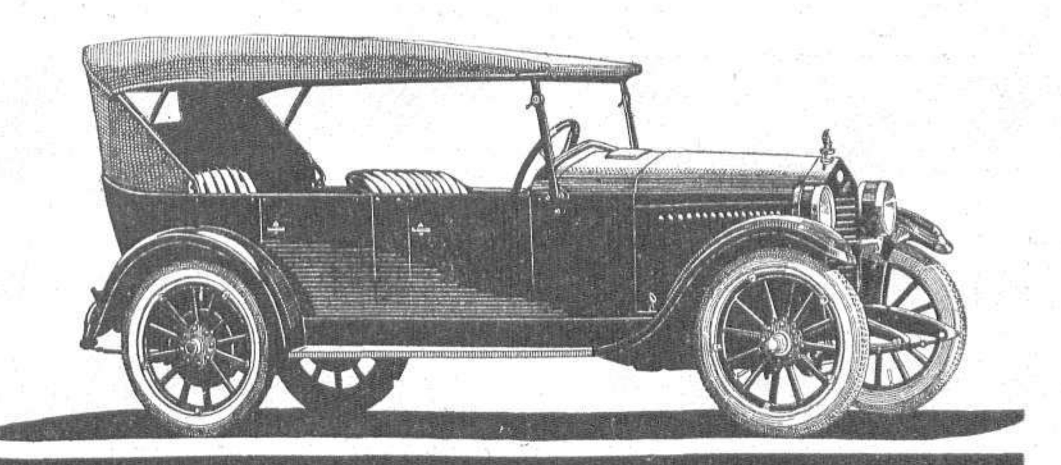
¡Atentados estériles! ¡Vanos esfuerzos! No experimentaba *nada*. No veía ningún fantasma amenazador. No dormía ya: tanto le ahogaban la *vergüenza* y la desesperación. Una noche, habiéndole atacado una congestión cerebral en su soledad luminosa, tuvo una agonía en que gritaba, en medio del ruido del océano, y mientras los fuertes vientos azotaban su torre perdida en el cielo:

—¡Los espectros!... ¡Por el amor de Dios!... ¡Que yo vea aunque sólo sea un espectro! *¡Bien me lo he ganado!*

Pero el Dios que invocaba no le concedió este favor y el viejo histrión expiró declamando siempre con su antiguo y vano énfasis su gran deseo de ver espectros... *sin comprender que era él, él mismo, lo que buscaba.*

---

(1) Juego de las palabras *oreille* y *oreiller*, intraducible.



Necrología



Señorita María Elena Musacchio. — Capital.



Señora Carmen Montero, viuda de Resua. — Capital.



Señor Angel L. Carotini. — Montevideo.



Señor Juan Carlos Casas. — Rosario.



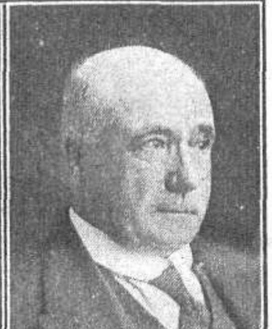
Señor Albino Verdini.—Capital.



Señor Domingo Costa. — Capital.



Señor Gerónimo Timossi. — Capital.



Señor Pedro Cartirigoyen. — Capital.







"Lleve las recetas a lo de GIBSON si las quiere preparadas tal cual ordena la prescripción".

He ahí una frase que se ha vulgarizado entre todos aquellos capaces de reconocer que una receta médica deja de tener toda su eficacia si el farmacéutico no la prepara con exactitud y productos puros y frescos. Porque siempre ha sido nuestro mayor cuidado responder fielmente a la confianza que nos dispensan nuestros clientes y porque ejercemos nuestra profesión con la altura que su delicadeza e importancia nos reclama, médicos y enfermos prefieren nuestros servicios a cualquier otro.

Haga suya, para su propio beneficio, la frase vulgarizada entre los entendidos: "Lleve las recetas a lo de GIBSON si las quiere preparadas tal cual ordena la prescripción".



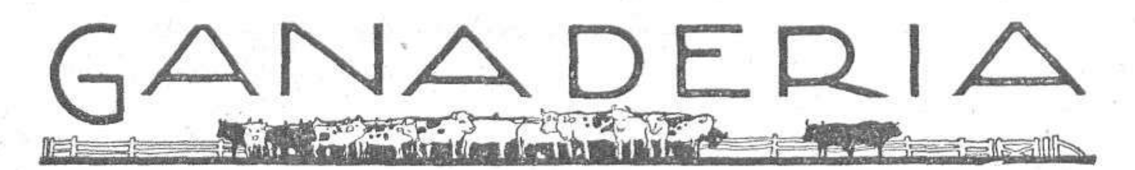
192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telef. del 5921 al 5925, Avenida.





Lo que significa la fiebre aftosa como plaga de la ganadería

Urgente necesidad de un remedio eficaz

De todas las epidemias que suelen aquejar a la ganadería, puedo afirmar sin temor a equivocaciones que ninguna ha dado tanto que hacer a la ciencia como la fiebre aftosa.

Otras grandes plagas que diezman el ganado son la *rinderpest*, o enfermedad de la morriña; el cólera; el carbunclo, y la pleuro-pneumonía; pero para cada uno de estos males se ha descubierto un *serum*, y existen tratamientos tanto preventivos como curativos.

Sin embargo, los expertos veterinarios franceses, alemanes, británicos, españoles, norteamericanos, suizos, italianos y argentinos, lo mismo que los institutos y oficinas de investigaciones científicas, han fracasado hasta ahora en sus perseverantes y costosos esfuerzos para descubrir un seguro antídoto contra la fiebre aftosa.

Tal enfermedad, puede asegurarse, constituye actualmente una plaga en la Argentina, y hasta donde ha podido investigar el que suscribe, recurriendo a fuentes autorizadas, fué introducida en el país con el arribo de una partida de vacunos, hace ya más de veinte años.

Como consecuencia de ello, y desde el momento en que tal ganado enfermo ocupó una estancia, la fiebre aftosa comenzó a desparramarse en todas direcciones a razón de diez leguas por día, según buen cálculo; y a partir de entonces ni la Argentina ni el Uruguay se han podido ver libres de dicha peste.

Es verdad que transcurren meses *sin que se registren nuevos casos*, pero de repente la epidemia hace su aparición en forma benigna o severa, y es muy frecuente en este país que los vacunos sean atacados por ella dos o tres veces en un período de 8 a 12 meses.

Debo recordar, puesto que ahora es oportuno, un lote de novillos que vendí a la empresa que, en aquella fecha, se llamaba The La Plata Cold Storage Co, y en la actualidad Swift y Cía. Dos días antes de su envío estalló la fiebre aftosa entre ellos. Inmediatamente adquirí una gran cantidad de *molasses* y cubrí con ellos completamente los bebederos de piedra, cubriendo, además, con piedralumbre los lugares adyacentes a los molinos mientras se tomaban otras precauciones en la conducción de los animales, de modo que caminaran lentamente a través de una tranquera cuyo suelo estaba cubierto con una capa de cal de 6 a 8 centímetros de espesor.

Como resultado de estas medidas y de lo rápido del tratamiento, los novillos reaccionaron con rapidez, registrándose sólo dos muertos entre 483 cabezas. Sin embargo, la epidemia trajo muchos perjuicios en aquella zona, y en un período de ocho meses y medio los mismos novillos se enfermaron tres veces, muriendo algunos otros y no logrando engordar debidamente 37 de ellos, que hubieron de venderse en una feria local muchos meses después a bajos precios.

En varias ocasiones, durante la última década, el cable nos transmitió noticias de Francia y de otros lugares, en las que se nos informaba que el tan esperado remedio acababa de ser descubierto; pero igual que pasó con el *serum* preventivo que fué manufacturado por una sociedad local, los largos y costosos experimentos hechos resultaron ineficaces. Así siguieron las cosas. ¡Cuántos desembolsos se han hecho por parte de muchos gobiernos y también de particulares, en países extranjeros, con objeto de descubrir un antídoto eficiente que acabara con la terrible peste! Pero hasta el presente no se ha obtenido éxito. Ojalá que muy pronto la ciencia y la paciencia investigadora vean coronados sus esfuerzos para bien de la ganadería en general. Así lo desean fervientemente todos los más o menos vinculados con tan rica industria en todas partes del mundo.

Durante los dos últimos meses se ha observado una recrudescencia de dicha epidemia en muchos puntos de la república, combinada con una repentina aparición en Inglaterra, desde agosto último, lo que indujo al que suscribe a llamar la atención acerca de la gravedad que revestía tal peste en forma aguda.

En recientes ediciones de diarios londinenses y de otros puntos de Inglaterra, se ha suscitado una controversia concerniente a la causa que determina la infección y sus medios de propagarse. Después de interesantes y prolijos argumentos, suscritos por los más destacados escritores, entre los que se cuentan expertos, veterinarios, hacendados, importadores y exportadores de hacienda y también prominentes hombres públicos, he podido formarme un criterio que conceptúo discreto: que el pasto seco juega una parte muy principal en la diseminación de la epidemia por la introducción del virus de áreas infectadas en los distritos sanos.

Resulta bastante natural que el virus, una vez introducido, se manifieste por los innumerables medios de diseminación, a cuyo contagio local contribuyen los métodos ineficaces y dilatorios de las personas encargadas de evitarlo, debiéndose sobre la marcha restringir los transportes locales de las haciendas. Personas conocedoras han sostenido que las emigraciones de aves han acarreado la infección en Inglaterra, pero en ayuda de mis opiniones debo mencionar una carta de un criador de responsabilidad, residente en Crewe, Inglaterra, el cual me anuncia enfáticamente que el origen del reciente desastre, debido a la difusión de la fiebre aftosa en su distrito, consistió en la introducción de una vaca que había sido alimentada principalmente con basuras y restos de legumbres importadas del continente europeo. *De esta vaca fué llevada la peste por un hombre a los establos de Fleetwood*, y de este lugar a los remates públicos de las ferias de Crewe.

Por otra parte, se sostiene, por escritores al parecer competentes, que por lo menos una media docena de epidemias de aftosa se han iniciado en la Gran Bretaña debido al virus introducido con el pasto seco o con el pasto que suele utilizarse para embalar mercaderías importadas del extranjero, de donde se sabe que tal peste se produjo esporádicamente.

Un escritor de una publicación ganadera de Londres hace notar la cuarentena que se aplica en el puerto de Buenos Aires.

He aquí un extracto de su artículo:

«Nosotros somos los más antiguos exportadores de ganado de pedigree en el Río de la Plata y también somos criadores de Shorthorns en la Argentina. Otros exportadores sudamericanos acaso no nos creerán si les aseguramos, tomando como ejemplo un año con otro, que la mitad del ganado importado de Inglaterra contrae la peste de las patas y de la boca durante el período de 30 días de detención que establece la cuarentena en Buenos Aires.

«Ahora bien; estos lugares se hallan a muchas millas de distancia de donde se encuentra el ganado argentino, y el personal no tiene ningún contacto con el del país. Está absolutamente reconocido por las autoridades de allí, y además corroborado por los exportadores, que el pasto seco traído del interior lleva los gérmenes de la enfermedad a la estación de la cuarentena. Lo mismo podría decirse de Montevideo, aunque la de este puerto no está tan aislada como la de la Argentina.»

Es interesante hacer notar aquí que la primera epidemia de fiebre aftosa aparecida en los locales de la Exposición de la Sociedad Rural de Palermo, fué atribuída a la introducción del virus en la alfalfa seca traí

da de un zona extremadamente afectada.

Cada año, a contar desde que se presentó el mal por vez primera, ha habido una recrudescencia de dicha enfermedad en Palermo, y esto reafirma lo sostenido por expertos europeos: que la demolición y el fuego son los únicos procedimientos eficaces para extirpar la peste de donde haya hecho su aparición, como suelen ser los galpones que han alojado reses enfermas o que guardan pasto seco.

Claro que la demolición e incendio de los hermosos edificios existentes en la Exposición de Palermo, así como convertir en una hoguera la estación de cuarentena, sería una empresa costosa, y quién sabe si con ello se conseguiría un gran bien, teniendo en cuenta la rápida propagación que alcanza la peste entre los campos ganaderos. Se necesitarían millones y millones de pesos oro para conseguir un control razonable de la terrible enfermedad, y siento bastante confesar que la fiebre aftosa estará siempre entre nosotros.

Exactamente lo que le costó a Inglaterra la lucha contra esta plaga, es imposible calcularlo. Bastará decir que desde su aparición en agosto 15 del año pasado, de 30.000 a 40.000 cabezas de ganado hubieron de sacrificarse, lo que significó una pérdida de dos millones de libras esterlinas, siguiendo la peste desarrollándose todavía.

En una reunión celebrada en Londres por el Consejo de Agricultura británico, hace pocos días, el ministro de Agricultura de aquella nación declaró que las experiencias del gobierno demostraban que el aislamiento en larga escala resultaba ineficaz, y que en aquellos países extranjeros donde se ha intentado eso, la peste se ha convertido en permanente. Añadió que el gobierno británico estaba preparado a seguir una política de pago de compensaciones, lo que tendía a facilitar la muerte de los animales en las zonas infectadas.

En estos precisos momentos, los deseos de los hacendados de la Gran Bretaña se inclinan del lado de la curación y del no sacrificio de las reses, pero debido al excelente servicio de informaciones del British Board of Agriculture y a sus métodos y procedimientos prácticos, se confía con fundamento en que será contenido el desarrollo de la epidemia en un futuro no lejano.

Allí existen, naturalmente, un crecido número de criadores y un numeroso público que se opone a lo que ellos llaman la matanza, sin razón, de valiosos ejemplares, y sostienen que los rebaños y criaderos no pueden serles restaurados, tanto en la producción de leche como de carne, con la misma rapidez con que se pretende destruirlos.

Y aquí está, en mi opinión, un punto a explicar muy importante: aunque es perfectamente cierto que la repoblación de las haciendas puede sólo realizarse con el tiempo, sostengo que es mucho más patriótico y económico extirpar efectivamente la parte dañada para sostener menores pero más sanos rebaños, que correr el riesgo de tener la epidemia en forma permanente, como es el caso de este país.

Hoy es el día que nosotros, en la Argentina, nos venimos a dar cuenta de lo que significa padecer una peste con carácter epidémico. Diez años atrás no se registraba una extraordinaria mortandad a consecuencia de la aftosa donde los pastos eran buenos y abundantes, y los métodos empleados para aliviar a los animales atacados eran razonables. También es cierto que en los casos de vacas enfermas en estado de preñez, las crías morían poco después de nacer, y algunas veces las madres. Vacas o vaquillonas amamantando sus terneros o siendo ordeñadas en tambos con propósitos comerciales, sufrían también de diversas maneras por quedarse con las «tetas muertas» o con las ubres defectuosas, etc., pero en años posteriores han aparecido nuevas consecuencias de esta enfermedad.

Discutiendo este tema con un estanciero del Tandil, el otro día, me hizo notar el hecho, que cada vez se hace más remarcable, de que, después de cada repetido ataque de fiebre aftosa, un diez por ciento del ganado enfermo vuelve a adquirir la salud normal. Se quedan con su *pelo* de invierno durante una larga parte del verano, y en los días de calor húmedo numerosos de estos animales afectados aparecen exhaustos, como atacados de un género de apoplejía calurosa, y andan siempre buscando los lugares cercanos al agua, y si éstas son bastante profundas, se sumergen en ella hasta que se sienten casi anegados, permaneciendo así hasta que el sol se pone, dando preferencia a las barrancas formadas por lagunas o ríos; y, aunque parezca extraño decirlo, se ha comprobado que por este medio, que los animales enfermos se procuran instintivamente, pueden soportar temperaturas verdaderamente cálidas.

En el *Veterinary Record*, de fecha septiembre 28 de 1923, apareció lo siguiente, debido a la pluma de una autoridad francesa, y que se refiere a la enfermedad cardiopulmonar, que es, evidentemente, la misma faz de la enfermedad como nosotros la conocemos en la Argentina:

«La manifestación de la enfermedad cardiopulmonar en los animales, así como sus efectos en la fiebre aftosa, ha sido clasificada por sus resultados por el competente especialista Hamoir.

«Se nota en ciertos animales, después que se han restablecido aparentemente de la aftosa, que empiezan a debilitarse y a sufrir uno o dos meses de respiración dificultosa, siendo de advertirse los espasmos y la sofocación. Después de transcurrido más tiempo, y no importa cuál sea la estación, los animales enfermos presentan una apariencia desagradable, con el pelo espeso como si siempre fuese invierno. Estas son las características que ofrece la enfermedad.

Tales animales pierden fuerza, y algunos mueren. Por constantes inmersiones en el agua, logran prolongar sus vidas, pero difícilmente consiguen restablecerse y engordar, y cuando se trata de hembras, muy rara vez tienen crías pesadas.»

La experiencia actual, adquirida durante los últimos años en este país, confirma la diagnosis citada; es ahora reconocido que, en general, las vacas y vaquillonas que han sufrido varios ataques de aftosa no paren con regularidad, y también que un gran porcentaje pierde poder de resistencia en ciertas épocas de sequía y suelen morir en grandes cantidades en inviernos crudos. Asimismo es sabido que los toros pierden su fortaleza después de haber padecido los ataques de la peste.

Otra razón por la cual se justifica que cualquier país emplee grandes sumas de dinero para asegurarse de que una epidemia no arraigue en forma permanente, es la que, como consecuencia de sus estragos, la enfermedad prende y aparece en los productos más refinados y en los animales más débiles y por consiguiente más propensos a la infección.

Es de advertir cuánta importancia adquiere aquí, en la Argentina, todo lo expuesto; en un país donde las vaquillonas de excelente clase han sido atacadas diferentes veces en edades que fluctúan entre los 6 meses y los 2 años, animales que nunca se desarrollan hasta ser grandes vacas como lo fueron sus madres y que, a pesar de hallarse en condiciones de crecimiento, no logran engordar como sus progenitores, ni siquiera alimentar a sus terneros debidamente por deficiencia de leche.

«Vivir para aprender» es un viejo pero verdadero adagio, y aquí en la Argentina nosotros estamos aprendiendo por diversos medios y por nuestra propia cuenta. Si se hubieran adoptado estrictas medidas de precaución desde hace veinte años, aunque ello hubiese significado un costoso sacrificio, me atrevo a decir que la fiebre aftosa no hubiera echado las profundas raíces que hoy día tiene en todo el país.

Es frecuente escuchar el grito: «¿No se podrá hacer algo todavía? ¿Acaso es muy tarde?»

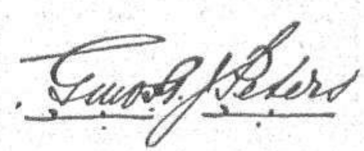
Me asusta pensar lo que costaría a la Argentina estar libre de la tantas veces citada epidemia, tal como lo están algunos países que conozco. Hay que decir que Inglaterra está prestando un gran servicio a su pueblo y al mundo entero en general con la brava lucha que ahora sostiene contra el desarrollo de la peste.

Los estancieros de la Argentina, así como también el Gobierno Nacional, harían bien en acordar una liberal ayuda financiera a las investigaciones científicas sobre el particular.

Tales planteles trabajan y se esfuerzan, estudian y se desvelan con el honrado y plausible propósito de hallar el remedio que contrarreste y extermine la tremenda plaga diezmadora de la ganadería.

Urge, pues, que se les imparta ayuda eficiente.

Y basta por hoy.





PATAGONES. — *El gobernador interino, señor Orfilio J. Campana, y comitiva oficial que asistieron a la inauguración del puente sobre la laguna "El Juncal".*

PATRIOTISMO

Pocos países ofrecen tantos ejemplos de patriotismo como los pueblos descendientes del Latium.

El condestable de Borbón, despechado por el trato recibido en Francia pasó al servicio de España, donde un noble español tuvo que hospedarle en su mansión señorial de orden del emperador Carlos V; pero tan luego como salió de aquella casa, incendió su castillo, por haber servido de morada a un renegado de su patria, peleando contra ella, es decir, a un traidor.

Ese castigo merece todo aquel que menosprecia el suelo donde vió la primera luz y la maldición pesa sobre su conciencia hasta que una tierra extraña, porque ya ninguna puede ser la suya, oprime su cuerpo con desprecio y anatema.

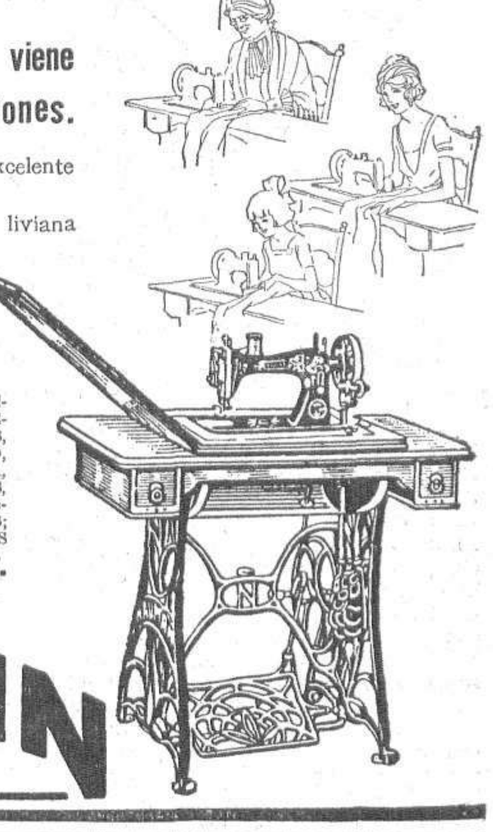
El *sentimiento de amor para toda* la humanidad, es quizá la llamada universal que nos reserve el porvenir glorioso del hombre sin rivalidades y sin preocupaciones; pero mientras llegue ese día, el patriotismo será la luz y la esperanza para las almas generosas y honradas.

De Territorios. — Misiones

El Gobernador interino de Misiones, cuyas patrióticas *iniciativas han dado ocasión* a que la tribu Caingüa ocupase *tierras fiscales en los yerbales viejos*, incorporándose así a la vida civilizada.

El cacique Caingüa, Gregorio Moreyra, goza de gran prestigio entre los *suyos* a quienes indujo a dejar la vida nómada para dedicarse a la agricultura.

La Máquina "NAUMANN" se viene imponiendo a través de tres generaciones.



—**Porque** posee todas las ventajas exigibles a una excelente máquina para coser y bordar.

—**Porque** su manejo es sencillísimo y su marcha liviana y silenciosa.

—**Porque** es cómoda, durable y puede obtenerse al contado o a plazos.

—**Porque** se dan lecciones gratis hasta merecer el diploma correspondiente.

PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República, o en los siguientes locales de venta: BUENOS AIRES, Carlos Pellegrini, 326, San Juan, 3653, Asamblea, 338, Corrientes, 4615, Triunvirato, 875 y Montes de Oca, 819; BELGRANO, Mendoza, 2468; FLORES, Rivadavia número 8326; AVELLANEDA, Mitre, 933; PIÑEIRO, Galicia, 735; LANUS, J. C. Paz, 263; LOMAS, Laprida, 257; QUILMES, Rivadavia número 311; SAN ISIDRO, Centenario y Alsina; TIGRE, «La Numancia»; LA PLATA, calle 6 N.º 870; ENSENADA, La Merced, 453; o a sus UNICOS INTRODUCTORES

KIRSCHBAUM & Cía. — Independencia, 401/37.

Unión Telefónica 0293, Avenida — BUENOS AIRES



En toda la República



hállanse diseminadas nuestras sólidas **PUERTAS y VENTANAS de CEDRO** en razón directa de que por su calidad y óptima fabricación dan resultados espléndidos y son más económicas que las de madera inferior.



Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1 - 2 - 3 - 4 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22
23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

PUERTA VIDRIERA para PATIO N.º 2
De 2.40x1.10 $ **80.-**
» 2.20x1.10 » **78.-**
» 2,00x1.00 » **75.-**

Acordamos 5 % de descuento.

VENTANA N.º 14
De 2.00x1.00 $ **66.-**
» 1.80x0.90 » **61.-**
» 1.60x0.80 » **57.-**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

SOLICITE CATALOGO

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — · — Buenos Aires



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACION)

Media hora hacía que su tía se despidiera dejándola al parecer tranquila. Al dirigirse al piso alto para entrar en su dormitorio, se dejó caer en un sillón y se apretó la frente con sus febriles manos. La atormentaban encontrados y confusos pensamientos y su cabeza se puso a repasar, proyectándolos como en una cinta cinematográfica, todos los hechos en que participara, desde la hora en que atendiera al extraño visitante Lacy hasta la de la tenebrosa muerte de François Lesœur y la detención de Bent seguida del molesto interrogatorio a que fuera sometida por Sánderson y las descortesías de su vecino el shériff John Gerlach.

¡Cuán indelicadamente, cuán brutalmente había actuado el sheriff en el asunto!

No se explicaba, satisfactoriamente para la honradez de la primera autoridad del pueblo, una conducta tan hostil. Además, ¿por qué retuvo al detective neoyorquino y le encomendó el esclarecimiento del crimen?

¿Por qué haber solicitado los servicios de un extraño, confiándole el primer puesto en las averiguaciones?

— ¿Quién hubiera sospechado, un año después del fatal accidente ocurrido a Jim Armstrong, que éste no había sucumbido víctima de un accidente fortuito, sino de un extraño y misterioso crimen?

Esta pregunta que se formuló in mente acarreó la siguiente:

— *¿Por qué* alguien pudo haber asesinado a su entonces prometido?

No conseguía poner en orden sus alborotados pensamientos.

Sacudió la cabeza varias veces, como abrumada por los esfuerzos cerebrales que hacía en vano para comprender.

Si solamente hubiera podido explicarse una de las muchas interrogaciones que la perturbaban, es seguro que se sentiría aliviada.

Pero ni encontraba solución para ellas ni, lo que la afligía mucho más, esperaba en aquellos momentos que tuvieran explicación.

Siguiendo el hilo de sus cálculos, lamentábase de que François Lesœur, aquel ser asustadizo y nervioso que fuera acuchillado poco tiempo después de su imprevista visita a su casa, no hubiera hablado claro, declarando lo mucho que parecía saber. Ella misma y su marido, teniendo por consejeros a Doyle, habríanse aprovechado de los preciosos datos que se llevó a la tumba. Por otra parte, quedaba Frank Lacy, el testigo ya en libertad, el hombre de perfil de pajarraco, que resultaba un enigma desconcertante; mas lo que este último declarara— al menos así se le antojaba a ella — era indudable que en nada beneficiaría la crítica situación porque atravesaba Bent.

Sin embargo, ocurriera lo que ocurriera, hacíase necesaria una aclaración; persiguiendo la verdad por todos los caminos la justicia acabaría por desenredar la enmarañada madeja y su corazón le decía a gritos que no abrigara temor alguno por la suerte de su esposo, de cuya inocencia estaba ahora persuadida.

Quizá el hombrecillo Lacy, entre las varias informaciones que las autoridades desconocían, pudiera no favorecer a Bent; pero la perspicacia de los detectives consistía precisamente en aclarar aquello que ofreciera dudas, y su abogado, hombre de probada experiencia, aprovecharía todas las oportunidades para velar por su cliente.

Asimismo parecíale evidente que las primeras declaraciones de tal sujeto habían influído en el arresto de Bent; y como si al recordar de nuevo a Lacy una onda telepática lo acercara, poniéndole a su alcance, el timbre del teléfono comenzó a sonar, y al responder ella al llamado, reconoció en seguida la voz del «evocado».

— Señora Reverly: ¿puede usted reconocer quién le está hablando? — transmitió el aparato. — Bueno; no mencione nombres. Es probable que haya «alguien» escuchando en su línea en estos precisos instante. Bien; recuerde dónde hemos tenido nuestra segunda conversación. Allí mismo espero hallarla a usted dentro de media hora.

— ¿Para qué? ¿Por qué? — exclamó ella sorprendida. — No comprendo...

— Supongo que usted desea saber, más que nada en este mundo, todo lo relacionado con «este» asunto. ¿No es así? — interrumpiéronle. — Bien; yo estoy preparado para decírselo todo; yo tengo mis razones, pero quiero hablar con usted necesariamente, y que ello sea cuanto antes. Me parece que su casa estará ahora muy vigilada, de modo que usted deberá salir lo más rápida y sigilosamente que le sea posible, evitando que alguien pueda verla ni sentirla. Le advierto que cualquiera que estuviese a su lado, la entrevista fracasaría. No me vería usted. Es con usted sola con la que deseo hablar. ¿Irá usted al sitio convenido?

— Iré — prometió ella.

Colgó el aparato y de nuevo repiqueteó el timbre al cortarse la comunicación.

Por fin, Ruth tenía oportunidad de entrar en acción, de intervenir en algo, con lo que conseguiría espantar la avalancha de pensamientos tristes que la invadían.

El pasarse las horas muertas cavilando se le hacía intolerable.

Mas cuando se apartó del teléfono, las dudas volvieron a asaltar su espíritu. La cita que acababan de darle era de un carácter tan extraordinario y novelesco, que se preguntaba ansiosa si sería o no conveniente concurrir a ella.

Lacy parecía ser un hombre en extremo atrayente aunque, de sus dos anteriores entrevistas con él, sacara la impresión de que se trataba de una persona a quien no parecían importar ni poco ni mucho las leyes establecidas ni los convencionalismos sociales.

Parecíale que si Lacy no era, juzgado legalmente, lo que se llama un criminal, sí aparentaba ser un individuo capaz de realizar actos penados en el Código. Además, sus vinculaciones con gentes de dudosa conducta hacíanla deducir que, llegado el caso, tampoco opondría reparos en llegar hasta el asesinato.

No obstante todas estas consideraciones, Ruth no abrigaba la idea de que Lacy estuviera comprometido en la muerte de Jim Armstrong. Por el contrario; creíalo ajeno a cualquier complicidad en este asunto, pero juzgándolo conocedor del mismo, al menos en parte.

Acaso el hombre no conocería personalmente a los perpetradores del crimen; de lo que le parecía a ella indudable era que conocía los motivos, lo que consideraba de gran transcendencia para el total esclarecimiento de los acontecimientos en que su tranquilidad y buen nombre se hallaban envueltos.

Ahora había un hombre de probables propensiones criminales que deseaba verla en seguida, dentro de media hora, y eran ya casi las diez de la noche. La cita se verificaría en un lugar desierto, sin testigos posibles.

¿No correría ningún riesgo al encontrarse con tal personaje a tal hora y en semejante lugar?

Su rostro se sonrojó de vergüenza, como molesto por su cobarde pensamiento. Lacy poseía valiosas informaciones. Nada menos que una autoridad como Patrick H. Doyle lo declaraba así. Era, pues, una cuestión vital, según dijera el detective, evitar que Lacy se diera cuenta de que era espiado.

Hallándose su marido bajo la inflexible custodia de la policía, es claro que Ruth pensara en su personal seguridad. Supongamos que lo que Lacy pretendía era tenderle un lazo para llevarla a un lugar aislado; supongamos que él mismo pretendiera alguna violencia contra ella.

Los peores supuestos no podían arredrarla.

En primer término, la libertad de Bent bien merecía exponerse a la entrevista; en segundo lugar, ella se sentía muy capaz de luchar contra el hombrecillo, defendiéndose de sus presumibles asechanzas.

No quiso pensarlo más. Subió corriendo las escaleras hasta llegar a su dormitorio, sintiéndose repentinamente ágil y fuerte. Era verdad que las tribulaciones del día la habían agotado, pero ahora la esperanza galvanizaba sus músculos cansados, prestándoles la normal elasticidad.

De su coquetón armario extrajo unos pantalones bombachos de montar y algunas otras prendas, recordando, mientras verificaba esta operación, que estaba seguramente vigilada al decir de Lacy.

CAPITULO XVI

CONTINUACION DEL ANTERIOR — EL FRACASO DE LAS INVESTIGACIONES DE RUTH DURANTE SU EXCURSION NOCTURNA EN BUSCA DE INFORMACIONES QUE FAVORECIERAN A SU MARIDO.

Durante tres o cuatro minutos estuvo luchando su espíritu entre la cobardía y el valor, entre decidirse o renunciar a la entrevista. Por fin se decidió a enfrentarse con Lacy en el sitio indicado. Por cierto que tendría que deslizarse tan sutilmente, que nadie advirtiera su partida ni mucho menos el objeto de ella. De acuerdo con esta decisión, se vistió tal como si fuera a jugar al golf en los «links» del Club, atavío que le permitía mayor libertad de movimientos y de defensa.

Con febril rapidez se calzó zapatos y medias de lana y estuvo lista, y a no ser que alguien, dentro de su propio hogar, la estuviera vigilando, o bien a la salida, estaba segura de lograr su nocturna escapatoria sin ser advertida por persona alguna.

Bajó las escaleras de puntillas y de un perchero próximo descolgó una capa que pertenecía a Bent y que se colocó sobre sus hombros. Con gran precaución abrió una de las ventanas bajas de la sala y silenciosa y desembarazadamente se descolgó por ella, cruzando la terraza apresurada y como una sombra. Luego ganó los fondos del edificio y allí se detuvo un instante.

Oyó distintamente al chófer Mike que conversaba con Clara, la mucama, pero ningún otro ruido se escuchaba a no ser el de las hojas de los árboles balanceadas por la brisa.

Veinte yardas más allá existía un grupo de árboles copudos y en tal dirección se dirigió para protegerse entre sus sombras.

Recostándose en uno de los troncos y conteniendo su respiración, intentó oir si se producía algún rumor sospechoso, de carácter humano; sus ojos, agrandados por un temor febril, oteaban en la obscuridad. Los bultos que de trecho en trecho percibía antojábanseles fantasmas, pero, con un poderoso esfuerzo de su voluntad, reaccionaba y adquiría el control de sus nervios.

Ya la voz de Mike y de la criada no llegaba a sus oídos; el silencio más completo la rodeaba. Su corazón latía con violencia, no a causa de la carrera para guarecerse entre el follaje, sino por la emoción que la embargaba.

Después de unos cortos minutos de descanso, para recobrar nuevos ánimos, inició su segunda etapa teniendo cuidado de deslizarse entre la espesura. A doscientos metros de distancia el pequeño bosque remataba en una planicie despejada. La luna, perfilándose tras un nubarrón, la previno para no cruzarla por aquel descampado, y retrocediendo hasta los árboles, cortó por otra dirección, al parecer más propicia, y atravesó los «links» del golf. De este modo pudo llegar hasta el precipicio de Dyce's Head, donde las aguas del océano se habían encargado de barrer todo vestigio de vegetación, excepto el trocito de césped que correspondía al natural acantilado y donde había tropezado con el trozo de gemelo roto, el pequeño objeto dorado que le hiciera dudar de la honradez de su marido.

Entonces la luna dejó de espiarla, ocultándose entre dos nubes. Sombras y silencio prestaban impresionante majestad al árido paisaje.

Los seres humanos, aun en las más críticas situaciones, sabemos, por instinto de nuestra sabia naturaleza, aguzar nuestros sentidos. Ruth, aunque temblando, comenzó a ejercitar sus ojos y a distinguir en las tinieblas.

Frotándose los párpados y dilatando sus pupilas, tendió su mirada de manera que nada pudiera escapársele en derredor. Así podría ver cualquier sombra que se le aproximara.

Su temperamento de mujer delicada y la misteriosa aventura a que se sometía por natural afecto a su marido, agitaban su alma y la conturbaban hasta el extremo de dominarla bajo el influjo de la noche y de la espera.

De sobra sabía que Lacy no trataba de favorecerla en la persona de Bent si, en compensación, no recibía otras ventajas.

Por de pronto se hizo el propósito de permanecer allí, como enclavada, cerca de la arboleda, y se dió ánimos escuchándose su propia voz, lo que parece fortalecer en las situaciones de aislamiento y peligro.

Haciéndosele dilatadísimo el tiempo de la espera, comenzó a monologar:

«Ruth Balfour de Reverly: eres una cobarde pusilánime. Pretendes ver en cada pulgada de estos contornos algo que se mueve y avanza y, en realidad, no ves nada. Y todo esto te pasa porque temes abandonar estos lugares. Tú sabes perfectamente que míster Lacy no esperará mucho, y como no vayas a su encuentro, luego no tendrás ninguna razón para decir que te ha faltado tiempo suficiente. Ya ha pasado una buena media hora desde que te ha telefoneado el hombre. ¿Qué aguardas?»

Estimulada por este discurso y haciendo acopio de todas sus fuerzas, se alejó de los pinos que la rodeaban y cruzó la faja de terreno hasta tropezar con el borde de las rocas. Allí se detuvo; ya no se atrevía a nuevos avances, a nuevas exploraciones por aquellas orillas.

No estaba lejos Dyce's Head y dos caminos se le presentaban para llegar a su base: uno partía del grupo de árboles bajo los cuales se cobijara y el otro de la parte baja de la playa. Indudablemente, Lacy sólo se atrevería a venir por el camino de los árboles.

Otra vez el miedo a los espacios «descubiertos» la sobrecogió y, profiriendo una sorda exclamación, desanduvo varios metros para acogerse a los troncos protectores.

Ya no la invadía un temor «razonable»; ahora era el espanto agudo, el temblor inconsciente a lo desconocido lo que sobresaltaba su corazón.

Se sentó sobre el nudoso tronco de un pino caído. Estaba segura de que, si alguien se acercara a ella, sentiría sus pisadas a treinta yardas de distancia.

Así esperó la aparición del extraño personaje.

Poco a poco, el viento de la noche, fresco en demasía, hizo mella en su pecho, resfriándola. Se sintió helada, presa de escalofríos.

El tiempo antojábasele detenido; creía ya llevar horas aguardando cuando oyó las campanadas del reloj de la torre de la iglesia unitariana. Contó once.

Años después, según la cuenta de ella, oyó las doce de la noche, esa hora misteriosa a cuya influencia es difícil substraerse en las circunstancias en que ella se encontraba.

Decidió marcharse. Bastante — demasiado — tiempo esperara.

Un sentimiento de alivio y a la vez de contrariedad hizo presa en su mente. Algo inexplicable para ella le había ocurrido a Lacy, impidiéndole concurrir a la entrevista. Probablemente no había podido librarse del espionaje a que estaba sin duda sometido por los subalternos del detective Doyle. De ser así, Ruth deploró amargamente que su amigo el pesquisante hubiera empleado ayudantes tan incompetentes para dejarse sorprender.

En fin; Ruth no quiso enredarse en vanas suposiciones. Lacy no estaba allí, eso era lo cierto, y no podía ya esperar que compareciera.

Se levantó de su rústico asiento, y se encaminó derecha a su casa con paso seguro. Ya no tenía interés para ella el que alguien la viera aunque no lo deseaba. Aquella vital curiosidad nerviosa por acudir a la cita había desaparecido para ser reemplazada por una indiferencia rayana en la decepción.

Al cruzar nuevamente los «links» del golf tomó un sendero que la conduciría muy cerca de las casas de la colonia de veraneantes.

Detúvose poco después frente a un edificio, una de cuyas ventanas hallábase iluminada, lo que le sorprendió en extremo por tratarse del «cottage» que habitara su prometido Jim Armstrong y que debiera estar deshabitado.

La casa le pertenecía; constituía parte de la herencia que el muerto le donara, y no se había preocupado de alquilarlo.

¿Cómo explicarse que hubiera luz dentro?

Apenas se formuló esta idea desapareció la claridad artificial que advirtiera al través de los vidrios.

— No — dijo a media voz; — he visto visiones; no puede haber nadie dentro; mis ojos están cansados de la obscuridad y ahora perciben brillos que no existen.

Pero como para desmentir su razonamiento, la luz volvió a iluminar parte de la casa, esta vez en la planta baja.

Todavía no se dió por vencida.

Los metros que la separaban de su propiedad la hacían tomar por luces a las luciérnagas.

Sin embargo, no se trataba de animales luminosos; la luz permanecía alumbrando de tal modo, que ya no cabían dudas acerca de su naturaleza. Alguien, dentro de la casa, usaba una linterna eléctrica.

¿Pero quién podía ser?

¿Con qué derecho cualquiera, y especialmente a hora tan sospechosa, osara penetrar en el «cottage» que perteneciera a Armstrong?

Venciendo sus temores e impulsada por la curiosidad, avanzó resueltamente hacia el edificio, cuidando de apagar el ruido de sus pisadas.

Al detenerse para recobrar la respiración normal y decidir lo que tendría que hacer ante tan imprevisto acontecimiento, alguien, como surgido de la tierra, oprimió uno de sus brazos a la altura del bíceps.

En una fracción de segundo sintió que se le helaba la sangre en las venas, y en un arranque en que el instinto era el solo motor, desprendióse con inusitada violencia de la garra que la sujetaba y sacudiendo enérgicamente sus manos atinó a golpear sobre el rostro del asaltante, imposible de reconocer en la densa obscuridad.

Un brusco movimiento, más bien un salto, fué la respuesta del golpeado. Con uno de sus brazos logró alcanzar la cabeza de la mujer, asiéndola de los cabellos para soltarlos en seguida mientras exclamaba:

— ¡Señora Reverly!

Ruth, todavía en actitud hostil, reconoció la voz de Lacy.

— ¿Por qué no concurrió usted a la cita? — le preguntó con acritud. — Le he estado esperando como dos horas.

— ¡Santo Dios! Como pude yo imaginarme que llevaría usted pantalones? La divisé desde lejos, pero hubiera jurado que se trataba de un hombre... de un espía. La vigilé, observando todos sus pasos, y cuando abandonó usted la orilla del mar tomé esta dirección. Comprenda; he de tomar todas las precauciones imaginables; no quiero ser víctima de... Bueno; tengo un automóvil a media milla del bosque. Yo pensé que usted sería uno de los hombres apostados por Doyle para vigilar mis idas y venidas. En cuanto a la señora Ruth, acabé por imaginarme que no se había atrevido a salir

de su casa, y como ya le digo que la confundí con un espía, resolví seguir sus pasos y acometer delante, lo que a veces es más seguro.

—¿Entonces, no estaba usted cuidando mientras los hombres registraban esa casa? — inquirió Ruth, tratando de leerle en el pensamiento.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer semejante papel? Ahora es cuando sé que hay gente dentro, porque usted me lo dice.

—Esa es la casa que perteneció a míster Armstrong. Eso es todo. Y yo acabo de ver una luz como de linterna eléctrica a través de las ventanas, primero en el piso superior y luego en la planta baja. La casa me pertenece y venía a enterarme de lo que ocurre.

—¡Y yo que llegué a creerla miedosa, sin atreverse a salir de su hogar! — exclamó el hombre, sin disimular su admiración. — Pero, ocurra ahí lo que ocurra, yo le aseguro que no es ni la mitad de importante comparado con lo que tengo que comunicarla.

En esto se abrió la puerta del «cottage».

Se podían distinguir los pasos de dos hombres al hollar el pavimento de la terraza.

No tardaron en destacarse dos sombras que partían del frente del edificio y que avanzaban hacia el sitio donde ambos se encontraban.

Ruth sintió que los dedos de Lacy le apretaban los suyos en muda señal de silencio. Conteniendo el aliento permaneció inmóvil, y cuando las dos sombras se deslizaron cerca de ellos, su corazón palpitaba con extraordinaria vehemencia, como próximo a un estallido: tal era su tensión.

Pudo escuchar rumor de voces aunque los desconocidos hablaban con cautela. Las palabras no se entendían, pero el tono le acusó que provenían de los labios del detective Sánderson y del shériff John Gerlach, los «enemigos» de Bent.

Cuando pasaron a muy corta distancia, lo mismo ella que Lacy pudieron comprobar que las figuras correspondían a los supuestos, el uno alto y delgado, el otro corpulento.

Notó Ruth que Lacy, que había permanecido a su lado, en contacto con una de sus manos, se separaba repentinamente, y al intentar hablarle para comentar el suceso y oir sus informaciones, el hombrecillo ya no estaba allí.

Su extrañeza iba tornándose en malestar a medida que se daba cuenta de su inexplicable desaparición, tal como si se hubiera hundido en el suelo.

¿A qué obedecería tan misteriosa maniobra?

Al principio, en tanto que paseaba su mirada por aquellos terrenos, creyó que el hombre, ante el temor de ser descubierto, habíase escondido allí cerca; pero, cuando transcurridos dos minutos, ya Gerlach y Sánderson habían caminado lo suficiente para no distinguir la imprevista vigilancia, nadie le respondió a sus gritos de llamada, ni tampoco pudo dar con el desaparecido en cincuenta yardas a la redonda.

Se quedó pensativa y desconcertada.

Acaso, por motivos solamente conocidos por él, se propusiera seguir a los dos representantes de la ley, sin que ella adivinara por qué camino.

Esperó durante media hora sin resultado alguno; luego, contrariada y molesta, se dirigió hacia su hogar.

Las excitaciones del día y las tenebrosas aventuras de la noche acabaron por rendirla, así de cuerpo como de espíritu. Todo le resultaba cada vez más enredado y misterioso, más complicado y pesimista.

No podía casi andar y su único anhelo consistía en meterse en el lecho y reposar hasta el día siguiente, sin pensar en nada.

Penetró en su dormitorio y se despojó de sus ropas casi a tirones, entre irritada y soñolienta.

Lacy — pensó mientras con hábil manejo se arreglaba los cabellos — tiene importantes informaciones que suministrarme.

Y su contrariedad crecía al considerar que, habiéndose arriesgado a una cita nocturna, solamente consiguiera que el hombre la confundiera con un espía para luego dejarla plantada apenas hiciera su brusca aparición ante la casa de Armstrong.

No conseguía sino martirizarse: Lacy le prometía informaciones y Lacy desaparecía sin dejar rastro. Sánderson y Gerlach, semejantes a dos malhechores, habían registrado una casa deshabitada y que no les pertenecía...

La conducta del uno y de los otros escapaba a todo cálculo lógico.

Se acostó, extendiendo sus cansados miembros entre la frescura de las sábanas. Los párpados se le cerraban, pero los pensamientos seguían martilleándole el cerebro y el sueño reparador no quería envolverle en sus brazos.

Absorta por las mil interrogaciones que la desvelaban, no llegó a formularse una pregunta de relación, de esas que asaltan la mente de cualquier profesional avispado.

La pregunta debió ser la siguiente:

—¿La desaparición de Lacy, tendría algo que ver con la identidad de los dos nocturnos visitantes del «cottage»?

Era tarea de Doyle, el singular investigador, descifrar a la mañana siguiente la cuestión.

El cacareo de los gallos, coincidiendo con el alba, resonó retador en la quieta soledad de Beaulieu cuando el dios Morfeo se dignaba posesionarse de Ruth.

CONTINUARÁ EN EL RRÓXIMO NÚMERO

SUMARIO DE NUESTRO NUMERO PROXIMO

Comentarios

Del sur volvió Gallardo, y el doctor
Le Breton preguntóle:
— ¿Hace calor
por allí?
— Por allí
me helé casi ¡ay de mí!
— ¿Y qué vió de notable por el sur?
— Pues un pingüino que me dijo: ¡Abur!
Y me dijo además:
«Recuerdos al ilustre don Tomás».

* * *



Grita un vegetariano
que se quiere casar este verano:
— Es en vano que trates,
Romualda, de tacharme de ambicioso,
pues, para ser dichoso,
me basta con tu amor y dos tomates.

* * *

— El Vaticano...
— Bueno.
No quiero fruta del cercado ajeno.
Hábleme de otra cosa.
Hábleme de que el cielo está sereno
y de que al ver sus nubes color rosa,
Sagarna entusiasmado
compone una balada deliciosa.
Hábleme de Molina
que hasta a los ordenanzas tiene inquina
y les rebaja el sueldo miserable,
fiero e inexorable.
Hábleme del calor de este verano.
Hábleme de que Gallo no se altera
y sigue tan tranquilo y tan ufano.
Hábleme usted, señor, de lo que quiera;
pero no me hable usted del Vaticano.

* * *



Aplasta a su suegra, después pulveriza
al suegro inocente, le da una paliza
al hijo más grande, a Rosa, su esposa,
la obliga a beber
dos vasos de cierta ponzoña asquerosa,
les da con un hierro
y mata a su nuera, a un primo y al perro.
— ¿A qué te refieres?
— Al crimen de ayer.

Las moscas zumban. Con su zumbido
quieren decirnos, a no dudar:
— ¿Será Irigoyen el preferido?
¿Lo será Alvear?
Ciertos caudillos en el Congreso
dicen con cauta moderación:
— Hasta las moscas piensan en eso.
¡Qué situación!

* * *

Un autor muy fecundo
que llenó de novelas medio mundo,
en el mar se bañaba
Y un sabio calamar que le observaba
exclamó furibundo:
— ¡Váyanse! ¡Huyan ligeros!
¡Nos va a dejar sin tinta, compañeros!

* * *



Uno que la moda acata
y sus decretos respeta
dice:
— Voy a Mar del Plata
a bañarme en la ruleta.

* * *

— ¿Qué dicen de Noel?
— Nadie se ocupa de él,
pues en vez de brillar como intendente,
brilla como elegante solamente.
— ¡Quién nos iba a decir que la elegancia
resultase actualmente
de tan poca importancia!

* * *

Ella hace versos vibrantes
y él imita a Víctor Hugo,
viviendo, unidos y amantes,
de puré de consonantes
y octosílabos al jugo.

* * *



— Mi artículo fué admitido,
pero no fué publicado.
Y estoy algo fastidiado
con lo que me ha sucedido.
Porque preferible es,
estimado compañero,
que lo rechacen primero
y lo publiquen después.

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla.

J. P. — Buenos Aires. —
El tema es, realmente, vasto
y lo desarrollaremos
el día que publiquemos
las «Memorias del canasto».

D. I. S. — Buenos Aires. —
Se nos figura que los lectores
opinarían:
— ¡Qué truculento!
Ese que escribe tales horrores
es un cuentista sanguinolento.

M. T. — Buenos Aires. —
Escribe en el papel de la oficina
y, lleno de emoción,
habla de la belleza peregrina
de su amada divina.
¡Si se entera el patrón!

P. E. C. — Buenos Aires. —
«Al adocenado adulto
que discurre como un bólido,
unos le llaman estulto
y otros le llaman estólido».
Muy bien.

Pabo. — Buenos Aires. —
Hecho un tigre se enoja e insulta
al que no le creyó una lumbrera.
Injuriar de ese modo resulta
un deporte como otro cualquiera.

C. Z. Z. — Buenos Aires. —
Ya lo dijo el salmista:
— La mujer menos lista
consigue entusiasmar
con su literatura epistolar.

Bladdy Hamet. — La Sábana. — No.

Plesiosaurio. — Neuquen. — ¿Qué entienden de sonetos los plesiosaurios?